



“Historiografía soviética iberoamericanista (1945-1960)”

p. 23-160

Juan A. Ortega y Medina

*Obras de Juan A. Ortega y Medina, 5. Historiografía y teoría de la historia*

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2018

572 p.

Figuras

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-0615-6 (volumen 5)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/697/historiografia\\_teoría.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/697/historiografia_teoría.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

# HISTORIOGRAFÍA SOVIÉTICA IBEROAMERICANISTA (1945-1960)

A la memoria de mi querido e inolvidable  
maestro don Miguel Othón de Mendizábal (†1945),  
en abono de una deuda intelectual  
que jamás podrá ser saldada completamente.



## Presentación

25

Pues toda verdad se convierte en un absurdo cuando se la exagera; más aún, en esa condición se convierte necesariamente en un absurdo.

Lenin

|

En el año de 1955, en Roma, y en el de 1960, en Estocolmo, se efectuaron, respectivamente, sendos congresos internacionales de Historia, en los cuales se puso un interés especial en los temas generales de América y en los particulares de la América Latina. Por desgracia aunque a uno y a otro congreso acudieron representantes nuestros, nada se ha sabido hasta la fecha, ni por modo oral ni por escrito, sobre los asuntos importantes que se discutieron y resolvieron en el seno de dichas asambleas (salvo alguna que otra opinión dejada caer en íntimo corrillo de historiadores), a pesar de que los temas históricos iberoamericanos fueron los que constituyeron la médula de los debates, ponencias y comunicaciones. La *novedad* máxima en estos dos congresos ha sido la presencia de nutridas delegaciones de historiadores soviéticos, los cuales, como era de esperarse, dieron color y fogosidad a las batallas ideológicas y metodológicas que sostuvieron contra sus colegas, los

historiadores liberales burgueses –particularmente los norteamericanos–, en torno a los diversos problemas de la historia iberoamericana. En ambas reuniones internacionales los historiadores soviéticos utilizaron los datos y las fuentes ya conocidos; mas los presentaron reelaborados y reinterpretados a la luz del marxismo. Por supuesto las réplicas estuvieron principalmente a cargo de los historiadores estadounidenses; secundariamente fueron los vaticanistas los que, afirmados en su típico dogmatismo, aceptaron el reto de los no menos dogmatizantes rusos. Ni qué decir tiene que lo que dio carácter a estos encuentros o torneos historiográficos fue el fondo filosófico radical que separa a la corriente liberal burguesa de la marxista: el diálogo ruso-americano. En 1955 la historiografía oficial soviética latinoamericanista presentó por vez primera su reto formal antiimperialista (es decir antiyanqui) a la escuela latinoamericanista de Norteamérica; de paso la escuela soviética ampliaba su cartel de desafío a todo el resto de la historiografía liberal burguesa interesada en los temas históricos latinoamericanos. Desde el punto de vista de la historiografía soviética latinoamericanista, los historiadores norteamericanos se han empeñado en disimular o tergiversar las agresiones imperialistas de Estados Unidos a Iberoamérica, como lo prueban en primer término las obras estadounidenses que se refieren a la historia de México: Independencia, Reforma y Revolución. En el congreso celebrado ha pocos meses (agosto de 1960), los historiadores soviéticos siguieron planteando y replanteando sus temas, y atacando insistentemente a sus oponentes. El congreso de Estocolmo, como antes el de Roma, se convirtió en un nuevo Campo de Agramante de las pugnas ideológicas. El congreso de historia se transformó curiosamente en un congreso de historia de las ideas, sobre todo de las filosóficas que alimentan peculiar y distintivamente a los dos bandos. Vaticanistas y soviéticos se encontraban en un ambiente conciliar que les es familiarísimo; los norteamericanos, entrenados al fin y al cabo en el juego de la democracia política estadounidense, intervenían también de buena gana en las polémicas; empero los que verdaderamente estaban muy desconcertados y no sabían en qué pararía todo aquel maremágnum eran los historiadores eruditos y archieruditos, que paciente e ingenuamente habían preparado sus anotadas comunicaciones científicas, y no hallaban quiénes les hicieran caso. Conviene apuntar esto porque precisamente la escuela mexicana que trabaja sobre la historia de las ideas, que tan maltratada y criticada ha sido en México por parte de la escuela historiográfica positivista, no estuvo representada

en ninguno de los dos congresos, siendo que en ellos urgía su presencia para hacer sentir su interesada opinión. En el gran diálogo historiográfico ruso-americano en el que se debatían cuestiones que nos atañen muy de cerca, la corriente historiográfica mexicana que en verdad podía y debería haber intervenido, porque es la única que tiene algo importante que decir, no pudo hacerse oír..., porque no estaba presente.

El historiador Moisés González Navarro ha escrito recientemente en *Historia Mexicana* (v. 36, p. 609) que nuestra historia la están escribiendo los norteamericanos, y que de hecho ya no podremos escribir nada propio sin contar con ellos. Nuestro joven historiador tiene razón, y la situación va siendo crítica si no es que grave, porque junto al hecho denunciado hay que poner además este otro: desde ahora en adelante –para ser exactos desde 1945– tendremos que contar también con la historiografía soviética latinoamericanista (mexicanista). Los dos colosos que hoy se enfrentan, se atacan y defienden ideológicamente utilizando para ellos los temas cruciales de nuestra historia decimonona. Este hecho es sin duda halagador; pero debemos permanecer atentos y estar alerta a las inevitables repercusiones exteriores e interiores que produce este dramático coloquio historiográfico en el que, aun sin quererlo, nos estamos jugando o, por mejor decir, se están jugando, nuestro ser histórico. Es obvio que los más interesados en investigar y en escribir sobre nuestra historia seamos nosotros mismos; esta tarea ineludible y perentoria es la única que puede librarnos del colonialismo intelectual extraño que nos amenaza. Nuestra parcela histórica debe ser cultivada preferentemente por nosotros, y nuestra cosecha y frutos son los que deberían de servir a la digestión cultural de los otros. Es un campo en el que, aunque permitamos amablemente los cultivos no indígenas, tenemos nosotros que cultivarlo preferentemente para evitar el imperialismo cultural, que es tan peligroso o incluso más que el económico y el político.

Creemos que ha quedado bien claro, para el lector, que en este decisivo diálogo histórico nuestra historia es el pretexto para atizar la hoguera de la discordia filosófico-política. Al presente, desde un estricto punto de vista historiográfico, estamos al margen del tremebundo diálogo activo ruso-americano; mas se nos plantea la urgente necesidad de comprenderlo, de seguirlo y de interrumpirlo –haciéndonos oír– cuando haga falta. Tenemos también la obligación de conocer los contrapuestos puntos de vista para evitar que se conviertan ya en nocivos instrumentos de la reacción imperialista, ora en

nociones instrumentales alimentadoras de la demagogia seudorrevolucionaria; en suma, hay que impedir que las ideas que están en juego caigan en manos ingenuas o malvadas, torpes o ignorantes. Ni siquiera estamos plenamente preparados, a lo menos por lo que respecta al idioma ruso, para escuchar y traducir directamente sus palabras; para entenderlas, tenemos que recurrir a las versiones oficiales u oficiosas soviéticas, que más o menos gratuitamente son puestas en circulación con vista a la propaganda un tanto, sí un tanto, no desinteresada. En nuestra Facultad de Filosofía (UNAM) lo más que tenemos son unas cuantas cátedras de lengua y cultura rusas a las que asisten muy pocos alumnos; también tenemos un curso general de historia rusa que languidece asimismo penosamente falto de estímulos. En la Facultad de Economía y en la de Ciencias Políticas ocurre algo parecido; nuestra Universidad no cuenta, pues, con un departamento completo de ruso en el que preparar y orientar a los futuros historiadores, economistas, diplomáticos, funcionarios o filósofos duchos en el conocimiento del idioma, de la cultura y de la historia eslavas. La Escuela Normal Superior, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y las universidades de provincia están todavía en peores condiciones; prácticamente ignoran el problema. Por fortuna, a partir del año entrante se paliará en parte tan terrible inopia. El Colegio de México inaugurará su flamante Centro de Estudios Internacionales, en donde los alumnos mexicanos e hispanoamericanos, todos de tiempo completo, podrán cumplir la tarea de “enseñanza [e] investigación en materia de relaciones internacionales” y la de “ilustrar a la opinión pública de habla española sobre esas mismas relaciones”.<sup>1</sup> Estamos seguros de que en dicho centro se prestará una atención especial a los problemas que nos plantea en general la importancia internacional adquirida por la Unión Soviética, y en particular la que tiene para nosotros en función de la situación dramática que hemos descrito. El ideal sería poder contar en el más breve tiempo posible con alumnos doctorandos que, poseyendo el ruso y siendo dueños de toda la información necesaria sobre la cultura rusa y la filosofía marxista, puedan participar en el famoso encuentro, aportar sus luces y establecer condiciones. Ésta sería la única vía legítima para poder participar con éxito en el caldeado coloquio: la Universidad tiene la palabra.

1 Véase el folleto-anuncio, México, 1960, p. 7.

## II

Cumpliendo aunque sea en mínima parte con los obligados deberes de información, presentamos aquí tres estudios que ilustran adecuadamente el panorama que en páginas atrás hemos descrito.<sup>2</sup> El primer trabajo que ofrecemos a la consideración del lector es una reseña o resumen bibliográfico comentado del historiador judío-alemán Manfred Kossok (de filiación marxista), sobre el Estado de la historiografía soviética referente a la América Latina.<sup>3</sup> Kossok, profesor de las universidades de Berlín y de Leipzig (Humboldt y Carlos Marx), es bien conocido en los centros intelectuales de la República Democrática Alemana (RDA: Alemania Oriental) por sus trabajos bibliográficos e historiográficos sobre Iberoamérica.<sup>4</sup> El resumen crítico del profesor marxista alemán nos pone de manifiesto la importancia cuantitativa y cualitativa de los trabajos de los historiadores soviéticos latinoamericanistas. Los

2 En realidad cuatro, porque hemos creído oportuno añadir una reseña sobre el último libro de Rudenko-Alperovich, que más adelante citamos.

3 “Zum Stand der sowjetischen Geschichtsschreibung über Lateinamerika”, sobretiro de la *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* [Revista de Ciencias Históricas], Rutten & Loening, Berlín, VII, 2 (1959), p. 426-441 (sobretiro).

4 M. Kossok y W. Morkov, “Konspekt über das spanische Kolonialsystem“ [Examen del sistema colonial español], *Wissenschaftliche Zeitschrift der Karl-Marx-Universität, Gesellschaft und Sprachwissenschaft Serie*, Leipzig, año 5, cuaderno 2 (1955-1956), p. 121-200. M. Kossok, “Grundzüge der sozialökonomischen Struktur der Vizekönigreiches Rio de la Plata” [Estructura económico-social del virreinato del Río de la Plata], *Wissenschaftliche Zeitschrift der Karl-Marx-Universität, Gesellschaft und Sprachwissenschaft Serie*, Leipzig, año 5, cuaderno 4, p. 341-385. (Traducido y publicado recientemente en Buenos Aires.) W. Markov y M. Kossok, “Zur Stellung der Philippinen in der Spanischen Chinapolitik” [La posición de las Filipinas en la política española de cara a China], *Wissenschaftliche Zeitschrift der Karl-Marx-Universität, Gesellschaft und Sprachwissenschaft Serie*, Leipzig, año 5, cuaderno 1 (1958-1959). Véase también una publicación reciente: *Latin America in Soviet Writings, 1945-1958. A Bibliography*, compilación de Leo O. Okinshevich y Cecilia J. Gorokhoff, Washington, Slavic and Central European Division and the Hispanic Foundation, Reference Department, Library of Congress, 1959. De un total de 2 385 registros, los comprendidos entre 900 y 950 son clasificados como históricos. En el prólogo, Sergius Yakobson escribe que los escritos soviéticos de la posguerra sobre Latinoamérica “difícilmente contribuyen por sí mismos a proporcionar un correcto conocimiento o incluso una mejor comprensión general de las naciones latinoamericanas (XII. Editor). Cfr. Warren Schiff, “An East Survey Concerning Recent Soviet Historical Writings on Latin America”, *The Hispanic American Historical Review*, XL, I (1960), p. 70-71.

temas correspondientes a la historia mexicana constituyen una buena parte de este acervo general historiográfico, y entre ellos destaca, según Kossok, un prólogo del historiador Rudenko, que fue nuevamente publicado (ampliado y retocado) en 1956, al cual dedicamos, como verá el lector, nuestra atención crítica en la tercera sección de este libro, la que va acompañada asimismo del examen de los trabajos de Lavrov y de Alperovich. Kossok subraya como hecho notable el gran incremento historiográfico experimentado en la Unión Soviética en relación con los temas latinoamericanos. Lo que antes no merecía sino la escasa y ligera atención de un reducido grupo de investigadores se ha convertido hoy día en una febril actividad historiográfica en la que está empeñado todo un equipo entusiasta de destacados historiadores soviéticos. El trabajo del censor no es, con todo, exhaustivo; él mismo admite que ha seleccionado los títulos. Como su tarea crítica desborda los límites tradicionales acordados a la información bibliográfica, hace suya la idea de algunos autores soviéticos de rescatar o liberar los temas de la Conquista y la Independencia de las interpretaciones reaccionarias y clericales de España. Pero como expresa el ya citado profesor W. Schiff (*supra*, nota 4), el empleo que a veces hace Kossok de las fuentes requiere un escrutinio crítico.<sup>5</sup> Es decir, Kossok obtiene de sus fuentes y materiales ciertas conclusiones que, a pesar de toda la buena voluntad del mundo, no puede uno ciertamente inferir tras una lectura cuidadosa y meditada de dichos materiales. Él acepta con Lavretskii, por ejemplo, que el clero colonial “fue un elemento necesario para la eficaz sujeción y dominación de los indios”; pero esta declaración, que nos parece obvia desde un punto de vista estrictamente marxista, no lo es tanto cuando se quiere con ella insinuar que en el clero colonial existía no ya sólo esa actitud, sino la intención de esa actitud. Porque no hay que olvidar que sólo con el desarrollo de la sociedad burguesa emancipada vino a considerarse la relación entre gobernantes y gobernados como una explotación: expresión de la lucha de clases. Al utilizar este término tan caro al marxismo, supuesto que esta *lucha* es el factor que *determina* el curso de la historia, no debemos pasar por alto que una cosa es la explotación, y sufrirla o ejercerla, y otra tener conciencia de ella. Kossok también llama la atención sobre el cambio de perspectiva de la historiografía soviética en su enjuiciamiento de Bolívar; un cambio cuya importancia analizaremos más adelante. Por la reseña que nos presenta el

5 *Loc. cit.*, p. 71.

historiador alemán podemos darnos cuenta de que el enfoque historiográfico soviético se dirige por una parte al estudio del imperialismo norteamericano en Latinoamérica, y por la otra al análisis de nuestra revolución. La historia del movimiento obrero latinoamericano atrae asimismo, y mucho, a los estudiosos de la URSS. Esta súbita curiosidad historiográfica surgida después de la Segunda Guerra Mundial (1945) obedece, según Kossok, y no anda errado en ello, a que “el rostro específico de los Estados latinoamericanos y su importancia en la política y en la economía mundiales han crecido considerablemente”. Por nuestra parte creemos, e insistimos más adelante sobre este punto, que la historia de la América Latina durante el siglo XIX y lo que corre del presente se presta a las mil maravillas para ser utilizada por los soviéticos contra su oponente ideológico y económico político: el imperialismo yanqui. Levantando en alto la bandera de la liberación política y económica de Latinoamérica, están seguros de arrastrar tras ellos no sólo a las masas de nuestros pueblos, sino también a las masas de las nuevas naciones asiáticas y africanas.

Nuestra traducción directa del alemán la hemos realizado sobre una separata de la revista citada en la nota 4. Las dificultades del texto alemán, que creemos haber vencido, consistían en el típico lenguaje político marxista (pobre, filológicamente inadecuado, pero sin embargo efectivo como lenguaje de masas), y en las equivalencias, ya sancionadas en español, que resultan en su mayor parte tan impropias como las alemanas, impropiedad que en ambas lenguas creemos que se deba al hecho de ser tributarias de los términos político-históricos consagrados por los rusos.

El segundo trabajo que presentamos es el del crítico e historiador soviético I. R. Lavretskii. El lector interesado podrá comprobar, por la nota editorial primera puesta a su ensayo, que se trata de un verdadero especialista en el campo de la historia latinoamericana. Sus temas abarcan variadas regiones historiográficas; mas su atención mayor se centra en el tema del papel representado por el clero católico en el desenvolvimiento histórico de Iberoamérica. El artículo “Un análisis crítico de la *Hispanic American Historical Review* (1956-1958)”, escrito por Lavretskii, es una feroz revisión de los estudios y ensayos norteamericanos publicados en dicha revista entre los años de 1956 y 1958. Antes de proseguir, conviene aclarar que nosotros hemos retraducido del inglés el artículo del severo crítico soviético. Como desgraciadamente somos absolutamente imperitos en lengua rusa, por fuerza tuvimos que recu-

rrir a la versión inglesa.<sup>6</sup> El texto inglés refleja, según parece, el contenido del ruso, e incluso deja sin limar casi todas sus asperezas. La traducción inglesa de la *HAHR* va precedida de una breve introducción de J. Gregory Oswald (“A Soviet Criticism of the *Hispanic American Historical Review*”, Una crítica soviética a la *HAHR*). Este autor norteamericano reconoce que desde 1945 se ha publicado en la Unión Soviética “un impresionante número de monografías y de trabajos colectivos relacionados con los problemas de Latinoamérica” (p. 338-339). Según Oswald, esta explotación histórica de la América Latina por los profesores soviéticos, que está condicionada por la situación socioeconómica latinoamericana, es parte de un gigantesco plan que tiene por objeto atraer hacia el campo del socialismo a las viejas y nuevas naciones subdesarrolladas, por medio de la interpretación marxista de la historia de dichas naciones; más aún, el comentarista norteamericano prevé que en el futuro se incrementará la tarea historiográfica soviética de carácter propagandístico, especialmente sobre el área política de la América Latina, y que el tema dominante será la intervención del imperialismo yanqui en los asuntos internos iberoamericanos.

Los editores norteamericanos de la *HAHR*, que según Lavretskii son los agentes intelectuales del imperialismo estadounidense, patrocinador de la revista, no han tenido inconveniente en publicar en el lugar de honor el ensayo virulento del crítico soviético. Valdría la pena preguntarse ahora si un ataque semejante, empero de signo contrario, que bien podrían desencadenar –si quisieran– los historiadores norteamericanos contra la tendenciosa historiografía soviética latinoamericanista tendría cabida, por ejemplo, en las páginas de la revista *Voprosy Istorii (Problemas de la Historia)*. Creemos sinceramente que no; en cambio, el mundo liberal-burgués norteamericano puede permitirse estos audaces lujos, porque con todo y sus tremendos pecados imperialistas tiene que ser fiel a la antigua consigna de libertad, tolerancia y democracia. Infortunadamente no se puede decir lo mismo de la URSS ni de los agentes intelectuales de la expansión ideológica soviética. La arremetida de Lavretskii contra la revista norteamericana no es historiográfica sino fundamentalmente política. La historia, de acuerdo con la interpretación

6 “A Survey of *The Hispanic American Historical Review*, 1956-1953” (traducción de J. Gregory Oswald y revisado por Matthew Smith), *The Hispanic American Historical Review*, XL, 3 (1960), p. 340-360.

soviética marxista, es decir de acuerdo con el materialismo histórico, es simplemente una rama de la política: justificación de la *verdad* marxista-leninista y de los éxitos logrados por el PC soviético y sus líderes. Esta politización de la historia se patentiza en casi todos los trabajos de los académicos soviéticos, y el lector la verá confirmada, sobre todo, en el resumen crítico de Lavretskii. El historiador alemán ya citado, Manfredo Kossok, escribe que el historiador V. M. Mirosevskii desarrolló el latinoamericanismo soviético, y que fue el que “compuso la parte latinoamericana de la *Nueva historia de los países coloniales y dependientes*” (nota 11). Efectivamente los capítulos II, IV y VI del primer tomo, que tenemos precisamente ahora ante nosotros, en nuestra mesa de trabajo, son de dicho autor soviético; pero lo más importante que nos cuenta Kossok es que en 1946 se publicó un trabajo de Mirosevskii (*El movimiento por la libertad en las colonias españolas de América desde la Conquista hasta las guerras de Independencia (1492-1810)*, Moscú/Leningrado, 1946) que ya estaba terminado desde 1941. Hay que pensar de buena fe que el retraso haya sido debido a la propia guerra de liberación que hubo de sostener la URSS contra la Alemania hitleriana, y también a la muerte del historiador soviético en 1942; mas nos maliciamos asimismo de que en la demora influyeron mucho las circunstancias políticas internas y externas de la Unión Soviética. Hubo, sin duda, necesidad de retocar en algunos puntos la historia de Mirosevskii, que en lo general, como afirma Kossok, “necesita [aún] únicamente en unos cuantos lugares de una fundamental corrección”, porque en el enjuiciamiento crítico de algunos de los héroes independizadores resultaba ya anacrónica y desentonaba en el nuevo plan intelectual y pues político de aproximación, comprensión y progresivismo latinoamericano. Revisando la famosa *Nueva historia* y comparándola con el *Movimiento por la libertad* salta a la vista el abismo interpretativo que las separa. Todo esto ha sido largo de escribir, mas era necesario para ejemplificar lo que queríamos decir cuando hablábamos de la politización de la ciencia histórica soviética.

Volviendo de nuevo el estudio de Lavretskii, encontramos en él la censura agria contra las simulaciones y adulteraciones de la *verdad* histórica de los norteamericanos. Según él, los historiadores estadounidenses se han esforzado y se esfuerzan en efecto –aunque sin mayor éxito, y en esto estamos de acuerdo con el ruso– en explicar y justificar por los medios más diversos e ingenuos las intervenciones imperialistas de los Estados Unidos en Iberoamérica.

Como dijimos en páginas atrás, las reseñas soviéticas nos obligan a un escrutinio crítico, a una verificación de los datos leídos. Puesto que lo que interesa esencialmente a los historiadores soviéticos es la proyección política de los hechos económicos, sociales, culturales, etcétera, su tratamiento documental no tiene otra meta sino alcanzar aquel desiderátum. Lavretskii utiliza una reseña del profesor norteamericano J. L. Phelan para obtener unas conclusiones totalmente erróneas.<sup>7</sup> Los autores mexicanos que analiza el historiador estadounidense le permiten expresar que, en conjunto, tienden a “evitar los extremos del pesimismo o del optimismo, de la autocompasión o de la autoadulación. Todos creen que las deficiencias de la sociedad mexicana exhibida por ellos son susceptibles de remediarse” (p. 316). El estudio de Phelan subraya, antes bien, el optimismo existencialista de los autores que el pesimismo conclusivo que extrae Lavretskii de dicho estudio. Ahora bien, ese optimismo humanista es el que censura abiertamente no Lavretskii, sino Phelan, porque echa de menos la necesaria contrapartida de una aproximación sociológica en la comprensión de la cultura mexicana, siguiendo los métodos científicos aplicados últimamente a las ciencias sociales en los Estados Unidos. Además, toda la crítica antiexistencialista del soviético está fundada sobre la interpretación de Phelan al ensayo de E. Uranga, justamente el autor mexicano más próximo –por entonces– a una concepción socialista, dentro de todos los que constituyen la serie analizada. En ésta destacan nombres ilustres y otros poco o nada conocidos; empero ninguno de ellos reconoce en la filosofía existencialista la inspiradora y sustentadora de sus opiniones históricas, literarias o psicológicas. Erró Phelan al llamarlos existencialistas, y yerra asimismo Lavretskii al utilizar una denominación que fácilmente se presta a la propaganda política denigratoria. Admitir, así sea de rechazo, como admite el historiador soviético, que los autores de la serie estudiada (México y lo mexicano) viven apartados del pueblo y son enemigos de la industrialización, es más, bastante más de lo que con leal juicio puede extraerse del resumen crítico de Phelan, quien en última instancia sólo estaba interesado en destacar los dos diferentes climas de opinión que tipifican a una y otra cultura: la mexicana y la estadounidense (p. 318).<sup>8</sup>

7 “México y lo mexicano”, separata de la *HHR*, XXXV, 3 (1956), p. 309-318.

8 He aquí los autores “existencialistas” de la colección México y lo Mexicano publicada por Porrúa y Obregón, y Robredo: Alfonso Reyes, *La X en la frente (Algunas páginas sobre*

El resto de la crónica de Lavretskii se refiere a las intervenciones imperialistas de los Estados Unidos en Centroamérica e islas del mar Caribe, y desde luego nada hay que objetar en cuanto al contenido de sus críticas, que incluso son menos fogosas que las de algunos de nuestros tratadistas diplomáticos.<sup>9</sup> Termina el historiador soviético su reseña refiriéndose a la historia y al contenido político del “tenentismo” brasileño.

El tercer trabajo, “Crítica a la crítica”, es una extensa reseña nuestra a una obra soviética recientemente traducida y publicada en español, que lleva este sugerente título: *La Revolución mexicana (Cuatro estudios soviéticos)*, cuyos autores son M. S. Alperovich, B. T. Rudenko y N. M. Lavrov.<sup>10</sup> Aunque en la portada aparecen en este orden los nombres, el estudio que va primero es el de Rudenko (“México en vísperas de la Revolución democrático-burguesa de 1910-1917”), que fue tomado de los *Anales o apuntes científicos de historia moderna y contemporánea*, del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, I (1955). Dicho estudio es la segunda vez que se edita en español (en México), supuesto que en 1958 apareció por primera vez en Ediciones Arguial (?), 109 páginas en cuarto, con fines de divulgación. El objetivo propagandístico asignado a esta primera y barata edición no se complace con el precio elevado, prohibitivo para las masas, de la segunda. Si lo que se pretende es popularizar la obra, no comprendemos las razones de los

México) (1952); Leopoldo Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano* (1952); Jorge Carrión, *Mito y magia del mexicano* (1952); Emilio Uranga, *Análisis del ser del mexicano* (1952); José Moreno Villa, *Cornucopia de México* (1952); Salvador Reyes Nevares, *El amor y la amistad en el mexicano* (1952); José Gaos, *En torno a la filosofía mexicana* (1952); César Garizurieta, *Isagoge sobre lo mexicano* (1952); Mariano Picón Salas, *Gusto en México* (1952); Luis Cernuda, *Variaciones sobre tema mexicano* (1952); José Gaos, *En torno a la filosofía mexicana* (1953); Silvio Zavala, *Aproximaciones a la historia de México* (1953); Juan A. Ortega, *México en la conciencia anglo-sajona* (2 v., 1953, 1955); Leopoldo Zea, *El occidente y la conciencia de México* (1953); José Durand, *La transformación social del conquistador* (2 v., 1953); Francisco de la Maza, *El guadalupanismo mexicano* (1953); Paul Westheim, *La calavera* (traducción de M. Frenk, 1953); María Elvira Bermúdez, *La vida familiar del mexicano* (1955); José Luis Martínez, *La emancipación literaria de México* (1955); A. Cardona Peña, *Crónica de México* (1955).

<sup>9</sup> Véase, por ejemplo, el estudio de Isidro Fabela, “Los Estados Unidos y la América Latina”, *Cuadernos Americanos*, XIV, 1 (1955), p. 8-80; véase también la terrible requisitoria de Carlos Pereyra, *El crimen de Woodrow Wilson*, Madrid, 1917.

<sup>10</sup> Dos reseñas exactamente; la segunda sobre el libro de M. S. Alperovich y T. Rudenko, *La Revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*, la hemos añadido, a última hora, al final.

editores para no ponerla de nuevo al alcance del pueblo lector. El estudio que sigue al de Rudenko es el de Lavrov (“La Revolución mexicana de 1910-1917”), desglosado de *La primera revolución rusa (1905-1907) y el movimiento revolucionario* (parte II, Sec. CC. Históricas de la Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, 1956). Los dos últimos estudios son de Alperovich, traducidos al español, como los dos anteriores, por los señores Arnoldo Martínez Verdugo y Alejo Méndez García, y han sido tomados respectivamente de las revistas soviéticas *Problemas de la Historia* (Moscú, n. 3, 1958) e *Informes y Noticias* (Moscú, n. 10, 1956). De lo acertado o impropio de estas traducciones nada podemos decir, porque, como ya expresamos, desconocemos la lengua rusa. Únicamente nos hemos tropezado con unos cuantos deslices terminológicos cuya rectificación es bueno que el lector conozca; por ejemplo: “balancear” por equilibrar (p. 65); “canalización” por alcantarillado (p. 69), y otros de menor cuantía que ni siquiera vale la pena mencionar. Dejando a un lado la ya citada y malhadada *Nueva historia de los países coloniales y dependientes* (América Latina), los cuatro estudios soviéticos representan la vanguardia de toda una serie de trabajos históricos latinoamericanistas, entre los cuales merecen destacarse dos. En breve, acaso ya para la próxima Feria del Libro (noviembre de 1960), el público lector mexicano podrá conocer la importante obra de B. T. Rudenko y M. S. Alperovich, intitulado *La Revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*,<sup>11</sup> así como otra, escrita por un grupo encabezado por Alperovich, denominada *Historia moderna y contemporánea de México*, que será editada por la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. Hay, pues, que suponer que en el futuro se multiplicará esta clase de obras y estudios, porque la historia de México en el siglo XIX, más que ninguna otra de cualquier país iberoamericano, proporciona ejemplos inigualables para los rusos sobre la rapacidad imperialista norteamericana.

Los cuatro estudios soviéticos líneas arriba indicados se complementan perfectamente; el estudioso percibe además que estas investigaciones históricas sólo tienen de originales el método del materialismo histórico que las informa. A nosotros nos gustaría leer algo sobre los establecimientos rusos del

11 Efectivamente ha aparecido y ha tenido un éxito de venta fabuloso. Como ya hemos indicado en nota previa, nos sentimos obligados a opinar sobre el libro en cuestión, cosa que hacemos al final de nuestra sección crítica.

siglo XVIII al norte de la Alta California (Bodega); o sobre la ayuda rusa a España durante la Santa Alianza. Ciertamente M. Kossok nos dice que el historiador Bolchovitinov ha escrito un ensayo en el que disminuye el valor práctico de dicha ayuda; empero si en el año crítico de 1823 ocurrió así, en el de 1815 fue diferente; porque la expedición del general Pablo Morillo a Venezuela se hizo en su mayor parte en navíos rusos un tanto apolillados, que el zar Alejandro I traspasó a Fernando VII. Hay que insistir sobre lo ya dicho: los historiadores soviéticos trabajan nuestra historia sobre aquellas líneas de acción que le proporcionan contundentes argumentos políticos antinorteamericanos. Su concepción histórica, pese al método supuestamente científico que utilizan y del que hacen gala, es intencionadamente ingenua y hasta romántica. Su maniqueísmo histórico separa radicalmente los campos antagónicos, y nos conceden el papel de inocente cordero de la famosa fábula diplomática e histórica; por supuesto los Estados Unidos representan el papel de lobo feroz. Este reparto puede tal vez halagarnos; pero la condena de Norteamérica no nos absuelve, empero, de nuestros pecados históricos. Está bien que en la nueva versión fabulesca arevaliana nos haya tocado representar a las infelices sardinas –el tiburón todo el mundo sabe quién es–; mas estas alegorías consoladoras, insistamos en esto, no nos liberan del peso histórico de nuestra culpabilidad. Es más sano históricamente asumir nuestra propia responsabilidad que achacar todas nuestras desgracias al poderoso vecino; porque a decir verdad éste no lo era tanto por 1846, y aun mucho menos lo era en 1821, cuando México resultaba ser potencialmente la primera gran nación del hemisferio occidental. Si a los pocos años de esto habíamos ya perdido nuestra preponderancia, la culpa fue sin duda de los Estados Unidos; pero también lo fue nuestra: queremos decir de nuestra propia realidad, herencia y tradición históricas.

### III

Juzgando por los cuatro estudios ya indicados, la historiografía soviética presenta un estilo inconfundible. Se puede decir que leyendo a un autor se han leído todos: El tono es el mismo: monótono, seco, antipoético, antimetafórico; sin elevación ni belleza alguna; adocenado y machacón. Lenguaje, según se cree, apropiado para la masa lectora: llano, práctico, político, a veces hasta rudo. Pero creemos que los lectores sacarían más provecho si brillara en esos escritos cierta dosis de gracia ática. Como en el empleo del

método no hay discrepancias, tampoco se dan en las interpretaciones. El autor sacrifica voluntariamente (?) su individualidad a la labor de conjunto, a la tarea del equipo, y anula su personalidad. Esta manera de redactar la historia obedece, según creemos, a dos exigencias: la metódica y la política. La dialéctica materialista y el supuesto método riguroso y científico de investigación, que es el materialismo histórico, son aplicados exclusivamente al estudio de la historia y de las demás disciplinas sociales; dicho método asegura la revalorización científica y la comprensión verdadera de los fenómenos y procesos históricos y de las leyes que gobiernan su desarrollo y sus cambios. Partiendo de Marx, los historiadores soviéticos hacen suyas las presunciones de convertir a las disciplinas sociales en ciencias exactas del mismo orden que las naturales, pecado que en común comparten el marxismo y el positivismo. El problema fundamental de la ciencia marxista es la dilucidación de las relaciones entre el ser social y la conciencia social; la primacía, desde el punto de vista marxista, se otorga al ser sobre la conciencia al descubrirse las *leyes científicas* que rigen la vida social. El descubrimiento esencial consiste en poner de manifiesto que los modos de producción y usufructo de los bienes materiales determinan la vida social. Una historia así fundamentada, es a saber dependiente de las inexorables leyes del desarrollo económico social, es lógico que se interese en estudiar primordialmente las formas y singularidades de la producción y del trabajo en una sociedad determinada, por ejemplo la mexicana. La vida económica del país antes y durante la revolución (1910-1917); el desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción; la historia del régimen político; la lucha de clases implícita en todo el complicado proceso sociopolítico y económico; la lucha ideológica que refleja la anterior; y, por último, la historia de la cultura espiritual (superestructural), he aquí el programa que tienen por delante los historiadores soviéticos y los de su escuela. Como de acuerdo con el famoso volteo de Marx es lo material lo que determina lo espiritual, los historiadores soviéticos han comenzado a estudiar primordialmente nuestra estructura económica básica, sin que por ello descuiden o desdeñen el análisis de lo ideal superestructural, cuyo exacto conocimiento depende del estudio de las condiciones materiales de existencia del ser social.<sup>12</sup>

12 El señor Albin Szpilowski, en su reseña sobre *Latin America in Soviet Writings, 1945-1958. A Bibliography*, Washington, 1959 (Hispanic Foundation, Serie 5), nos dice que los soviéticos no sólo se interesan por las condiciones políticas, económicas y sociales

Lo característico en los cuatro estudios citados es que sus autores fincan su interpretación en un determinismo casi absoluto del materialismo histórico, como corresponde, al parecer, a la presente etapa antistaliniana. Stalin –que como ideólogo marxista ha sido reivindicado, de nueva cuenta, en 1957–, interpretando correctamente las implicaciones antideterministas leninianas que presionaron a su debido tiempo, teórica y prácticamente, sobre el partido, había escrito en 1939 lo siguiente: “Por lo que respecta a la significación de las ideas, las teorías y los conceptos sociales y las instituciones políticas [...] el materialismo histórico, lejos de negarlas, pone de relieve el papel y la importancia de esos factores en la vida de la sociedad [...]. Una vez que han surgido, se convierten en poderosa fuerza [...] que facilita el progreso de la sociedad”.<sup>13</sup> En 1950, insistiendo en esta orientación voluntarista, Stalin asentaba:

La superestructura es un producto de la base; pero esto no significa que se limite a reflejar la base, que sea pasiva, neutral, indiferente a la suerte de su base, a la suerte de las clases, a la índole del régimen. Antes bien, apenas ha surgido cuando ya está convertida en una fuerza extremadamente activa que ayuda activamente a su base a tomar la forma y consolidarse y que hace todo cuanto puede por ayudar al nuevo régimen a perfeccionarse y a eliminar la base y las clases antiguas.<sup>14</sup>

Naturalmente esta interpretación dialéctica de Stalin, si bien se aparta de la ortodoxia marxista expresada en ese importante párrafo de la *Contribución a la crítica de la economía política* de Carlos Marx,<sup>15</sup> se aproxima a la interpretación que dio Engels a las relaciones entre la *base* económica de la sociedad y la *superestructura* política e intelectual. Engels, aunque reconocía el primado de la fuerza económica, consideraba que las relaciones ejercen entre ellas una acción recíproca.<sup>16</sup> Hemos tenido que recurrir a estas interpretaciones

de Latinoamérica, sino que también se preocupan grandemente por el arte, la literatura, la historia, la música y la filosofía, así como por la ciencia, la medicina, el derecho y la organización del trabajo en Iberoamérica (*Revista Interamericana de Bibliografía*, Washington, D. C., n. 9, enero (1960), p. 53).

13 *Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética (Bolchevique)*. Curso breve, Nueva York, Internacional, 1939, p. 116.

14 José Stalin, *El marxismo y los problemas de la lingüística*, Moscú, 1954, p. 9.

15 Véase en *Obras selectas*, Moscú, 1951, v. I, p. 328-329.

16 “La situación económica –escribió Engels a Conrado Schmidt, el 27 de octubre de 1890– es la base, pero los distintos elementos de la superestructura –formas políticas

porque en los cuatro estudios soviéticos recientemente publicados en español, pese a que las ideas políticas son una parte esencial, lo decisivo es la determinación económica que las informa. Nosotros estimamos que la necesidad histórica no es mecanicista; el hombre puede tener libre albedrío incluso dentro del proceso determinista. Los factores subjetivos ejercen también su parte activa y operante en la historia, y contribuyen a transformar la realidad. Las ideas, como afirmaba Ortega y Gasset, no pueden reducirse a simples factores económicos, y es mucho más correcto admitir que las unas y los otros se influyen recíprocamente. Esto es precisamente lo que no tienen en cuenta total o relativamente los historiadores soviéticos Rudenko, Lavrov y Alperovich en sus trabajos sobre la Revolución mexicana. Su esquema marxista, que adolece de la rigidez “premoral” determinista de lo económico (Croce), les impide aventurarse por campos más fecundos para la investigación; no se atreven a juzgar a la revolución desde la propia conciencia superestructural de ésta, y pues por la influencia decisiva y recíproca que las ideas revolucionarias ejercieron sobre la realidad nacional, y por la que obró ésta sobre aquéllas. Los autores citados estudian con rigor ortodoxo dogmático los fundamentos económicos de la sociedad mexicana, y de ellos deducen las consecuencias políticas; pero aquí se quedan, es decir sólo recorren la mitad del camino. Nosotros admitimos también que la realidad determina las ideas, es decir que el pensamiento refleja la realidad; empero creemos asimismo que las ideas influyen poderosamente en la realidad y la transforman.

Este sistema tan estrecho, que no permite desbordar el canevá previo, posibilita por contra el trabajo en equipo. Dicho equipo consta, cuando menos, de tres personas: un investigador que estudia los datos históricos y los selecciona; un segundo investigador que redacta el texto de acuerdo con el plan metodológico; y un tercer investigador, más bien ideólogo, que *retoca* (redacción final: “*oformleniie*”) lo escrito y lo pule y lubrica convenientemente para que transcurra sin tropiezos ni dificultades por los carriles de la línea ideológica que en ese momento prive en el partido, y que de suyo tiene mucho que ver con las circunstancias políticas internas y externas del momento o del

[...] formas legales [...], teorías políticas, jurídicas y filosóficas, ideas religiosas [...]—también ejercen su influencia sobre el curso de las luchas históricas [...]. En general, el movimiento económico se abre paso, mas también tiene que sufrir las reacciones del movimiento político que creó y al que dotó de relativa independencia”. (En *Correspondencia selecta de Carlos Marx y Federico Engels*, Nueva York, International, p. 480).

ciclo histórico. Todavía puede darse el caso de que esta vigilancia intelectual se amplíe hasta llegar a las altas esferas de la autoridad política, para que ellas autoricen el *imprimatur* e impongan el *nihil obstat*. Esto nos recuerda a los historiadores vaticanistas –por eso, según parece, son los que *mutatis mutandis* mejor se entienden, se buscan y se autocomprenden en los congresos internacionales de Historia– y sobre todo nos trae a la memoria el voluntario y gustoso oficio de censor único que asumió el zar Nicolás I frente a la producción literaria del rebelde poeta Pushkin.

Hemos dicho que el método historiográfico marxista doctrinal ortodoxo presupone, ante todo, la necesidad y la objetividad legal, supuesto que se funda en una ciencia teórica, como lo es el materialismo histórico, o presunta ciencia de las leyes generales del desarrollo social. Aceptado esto hay que admitir que las leyes que rigen el proceso social no únicamente son independientes de nuestra voluntad y de nuestra conciencia, sino que ellas son las que determinan la conciencia, la voluntad y la actividad. Dicho de otra suerte: los cambios en la historia se producen necesaria, fatalmente, sin que en ellos participe ninguna preocupación moral o sentimental. Pues bien, esa conciencia condicionada de los historiadores soviéticos fue la que en 1943 declaró *objetiva, científicamente*, toda una serie de absurdos sobre la historia colonial iberoamericana, especialmente la correspondiente al siglo XVIII.<sup>17</sup> No es este el lugar ni la ocasión para revisar exhaustivamente los disparates asentados, entre los cuales el que se refiere a la clase criolla, exhibiéndola como parasitaria, ociosa y orgullosa de su piel blanca (el testimonio está tomado, nada menos, de Montesquieu, filósofo ilustrado francés, y, por consiguiente, enemigo de todo lo español, como en general lo fue la Ilustración) resulta el más contradictorio (p. 43). De acuerdo con esta descripción, no nos podemos explicar cómo es que dicha apática clase es presentada tres páginas más adelante soñando con el comercio libre; con la abolición de las trabas que estorbaban el desarrollo de la economía agrícola e industrial; y con tomar entre sus manos el timón del gobierno de la América española (p. 46). Precisamente el cambio o salto libertario cualitativo en ciertos individuos de esa clase es lo que permite dialécticamente que la conciencia social de la superestructura, satisfecha de sí misma, se convierta en autoconciencia crítica

17 Véase S. N. Rotovski et al., *Nueva historia de los países coloniales y dependientes (América Latina)*, La Habana, Páginas, 1943, p. 43, 46 y 87.

que percibe los cambios y las contradicciones que venían sucediéndose en la estructura básica. Esa toma de conciencia o clarividencia (salto cualitativo) en ciertos individuos de la clase criolla permite el cambio; pero entonces hay que admitir una dinámica social que no se compagina con la descripción primera estática, absolutista y pues falsa. Un ejemplo típico de este falseamiento es el que nos proporciona en dicha obra la caracterización o retrato del criollo libertador Simón Bolívar:

Bolívar era el representante típico del grupo dirigente de los terratenientes separatistas criollos. Entre los demás dirigentes separatistas, Bolívar se distinguía por su desarrollo intelectual, su visión política, su conocimiento de las condiciones internacionales; y, por último, por su capacidad de maniobrar en medio de la compleja y enredada situación política. Aspiraba a separar la América española de la metrópoli y, en este sentido, su actividad tenía un carácter progresista. Pero *jamás fue demócrata* [ésta y las siguientes cursivas son nuestras]. Le gustaba rodear su aparición ante las masas populares de efecticismos baratos y, ambicioso de popularidad, recurría a veces a la demagogia más grosera; pero los verdaderos fundamentos de sus puntos de vista políticos *eran la desconfianza y el odio al pueblo*. Pretendía utilizar a las masas populares para la elevación política de los terratenientes criollos y para su propia carrera. Su talento militar era escaso; a los primeros fracasos perdía la cabeza y abandonaba a su ejército a su propia suerte. “[...] Es enojoso leer cómo a este cobarde vil y miserable canalla lo glorificaban como a Napoleón I” –escribía Marx, refiriéndose a él. [Marx y Engels, *Obras*, t. XXII, p. 304. Ed. rusa.] (p. 87-88).

Se nota en Mirosevskii, autor de los capítulos correspondientes a la historia latinoamericana, la obediencia ciega y aun el servilismo intelectual ante el texto de Marx. El filósofo socialista alemán siempre mostró un singular desprecio judaizante contra España y lo hispánico: la expectativa milenaria y mesiánica hebreocristiana, y el blicicismo progresista y profético que asoman en el famoso *Manifiesto comunista*, hermanado al culto novocentista (la Ciencia), se avenían muy mal con una historia que, como la de España, resultaba “bastante enmarañada y [...] difícil [de] precisar”.<sup>18</sup> Este enmarañamiento

18 C. Marx y F. Engels, *La revolución en España*, La Habana, Páginas, 1943, p. 7.

y dificultad de que hace gala aún la historia española y en parte la iberoamericana, obedece, según creemos, a la extrañeza antiprogresista que presenta su marcha. En esta idea radica el hecho de que Carlos Marx, en nombre de la creciente sociedad industrial liberal-burguesa, progresista y norteamericana, justificase y aplaudiese históricamente, invocando al progreso, el despojo de 1847 sufrido por México, e incluso considerase el proceso como un hecho justo, en cuanto que necesario, e ineluctable. Empero tales opiniones no impedirán a la ciencia histórica soviética-marxista de nuestros días la condena no sólo de aquella expoliación, sino también de las posteriores intervenciones estadounidenses en México. Véase, por tanto, que la decantada verdad del método materialista, dialéctico e histórico resulta tan subjetivamente cierta y circunstancial como cualquiera otra. El materialismo histórico (secularización del idealismo alemán), que es esencialmente, aunque por dentro, una historia escatológica de perfección, de progreso y salvación en términos de economía social, se encuentra en la historia hispánica frente a una resistencia singular que se traduce históricamente ora en retroceso, estancamiento y antiprogreso, ora en un ritmo histórico lento. Que el retrato marxista y mironeskviano no era objetivamente correcto nos lo prueban los propios historiadores soviéticos de nuestros días. El crítico alemán Kossok nos da noticia, según sabemos, de un cambio total revolucionario en la justipreciación de la figura de Bolívar: un libertador nacionalista, patriota, progresista.<sup>19</sup> La nueva escuela historiográfica “ha reedificado toda una serie de valoraciones anteriores”; y he aquí precisamente una muestra crítica de ello:

El libro de Lavretskii<sup>20</sup> muestra claramente que el papel histórico de Simón Bolívar no se debe a que tuviese cualidades sobrenaturales, sino a que supo comprender las misiones históricas de los pueblos esclavizados de América, y a que se convirtió en el exponente y el ideólogo del movimiento de emancipación de millones de seres. Precisamente por ello sus contemporáneos y las generaciones posteriores dieron a Bolívar el nom-

19 El problema que presentaba modernamente Bolívar era el de tener que explicar de modo convincente el culto patriótico que hasta hoy le consagra el pueblo; es decir había que explicar la voluntad general iberoamericana, subjetiva e irracional, y transformarla en racional.

20 *Bolívar*, Moscú, Joven Guardia, 1960, 287 p. (reseña crítica de V. Kutéischikova, “Un libro acerca de Bolívar”, *Cultura y Vida*, IV, 8, 1960, Moscú, p. 60).

bre de Libertador, y millares de libros, de poemas y canciones se han consagrado a su vida y hazañas [*idem*].

El Bolívar antidemócrata, desconfiado, enemigo del pueblo, cobarde, vil, miserable y canalla se ha convertido –canta la palinodia– en un puro héroe nacional representativo, y tanto, y en tal extremo y grado, que no hay el menor inconveniente de presentarlo como héroe paradigmático ante la juventud soviética; porque “indudablemente, este libro será leído con pasión [...] por los jóvenes a quienes está dedicado ante todo” (*idem*). ¿Cuál de las dos versiones es la cierta? ¿Dónde está la verdad científica y objetiva del método histórico soviético? ¿Qué debemos admitir como verdad histórica, la de ayer, la de hoy... o la de mañana? Desde nuestro punto de vista las dos explicaciones son válidas de acuerdo con el relativismo histórico que entraña toda valoración personal. Las circunstancias políticas y propagandísticas de dentro y de fuera mecan y condicionan el embutido histórico haciéndolo digerible. Dentro de la historiografía liberal burguesa estas contradicciones son típicas; es más, pasional, racionalmente consustanciales; pero dentro de la soviética resultan extrañas, porque se suponía que se había liberado de los “ardides de la razón”, dicho sea en un término que era caro a Hegel, y de la mendacidad orgánica. Se comprende claramente que un Bolívar que se oponía a la representación norteamericana en el Congreso de Panamá sea grato ahora a los historiadores soviéticos de la nueva hornada, porque fácilmente se le puede hacer aparecer como la primera bandera antiimperialista de Iberoamérica. Las circunstancias políticas y la subordinación de todos los factores sociales al político facilitan la irrupción del subjetivismo histórico: lo político se convierte así en esa “fuerza” analizada por Stalin en 1952, capaz de vencer la “resistencia” de “las fuerzas obsoletas de la sociedad”.<sup>21</sup> Cae de suyo que la historia cede ante este imperativo político y se convierte en ciencia ancilar de la política. La política define, pues, a la doctrina, y no –como debería ser– al contrario.

Como nos hemos alejado del examen crítico directo de los cuatro estudios soviéticos con que iniciamos esta tercera sección –si bien era imprescindible hacerlo–, es por tanto necesario volver de nueva cuenta a ellos. Lo que nos parece más confuso en los tres historiadores soviéticos, autores de los ensayos

21 *Vid.* José Stalin, *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, Nueva York, Internacional, 1952, p. 9-10.

recientemente publicados en español, es, contra todo lo que pudiera esperarse, el empleo de una lógica histórica que más que dialéctica acusa resabios de la tradicional o formalista, con su terrorista principio de tercero excluido (*tertium non datur*) o el no menos aterrador, su vecino, de contradicción. Por ejemplo, Rudenko, Lavrov y Alperovich construyen un esquema histórico rígido y obligan a los hechos a que se sometan a él; pero generalmente los hechos no se pliegan dócilmente, se resisten, y entonces no queda otro recurso a los sabios soviéticos sino el de echar mano al clásico antecedente hegeliano: negar a la realidad, proclamarla inexistente e inoperante; o bien declararla falsa bajo la especie lógica del error. Como dentro del esquema histórico construido *a priori* no encaja, verbigracia, por de pronto la figura y la obra del general Obregón, la solución expedita es ignorarlas. Tampoco se estudia el papel importante representado por la clase media mexicana citadina y pueblerina, que en su mayor parte formó la oficialidad de los ejércitos revolucionarios; y un desconocimiento semejante sufre la historia y la actuación revolucionaria del incipiente obrerismo nacional, fundamentalmente por las desviaciones anarquizantes, que promueven un santo horror entre los historiadores soviéticos. [Por supuesto –interpolemos esta tan necesaria aclaración– en el segundo libro soviético, ya tantas veces indicado (*La Revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*), no se aprecian tantos huecos interpretativos; pero esto no quiere decir que el tratamiento crítico sea suficiente ni justo.]

José C. Valadés, en un artículo recensional publicado en el periódico *Excelsior* (19 de agosto de 1960), intitulado “Nosotros, la historia y la ciencia soviética”, ha denunciado enérgicamente los atropellos a la historia mexicana cometidos por los citados autores. Se indigna, y no le falta razón, por las “entre ciento y tantas equivocaciones e ignorancias” de que están repletos los cuatro estudios históricos. Valadés subraya que en dos páginas (78-79) del ensayo de Rudenko se cuentan once equivocaciones de bulto. Empero con todo y ser ello grave, los errores mayores son los metodológicos, como nos hemos forzado en demostrar, dado que la interpretación marxista mecanicista y cientificista de la historia recaba para sí la única, auténtica y posible interpretación de la verdad. Mas pese a lo dicho, los cuatro estudios soviéticos resultarán estimulantes para nuestros historiadores y para el público lector. Es curioso asimismo el hecho de que los tres investigadores no hayan utilizado ningún libro ni trabajo de nuestros historiadores marxistas o de los más próximos a la interpretación

materialista y economicista de la historia.<sup>22</sup> Faltan las referencias a Ramos Pedrueza, Mancisidor, Cue Cánovas (salvo un estudio sobre diplomacia), Villalobos López, etcétera, y se echan también de menos las obras de Mendizábal, Chávez Orozco, Teja Zabre, Romero Flores, Toledano y Silva Herzog. La historiografía soviética mexicanista prefiere las obras de filiación idealista o liberal-burguesa: de los historiadores norteamericanos se puede prácticamente decir que están todos, aunque falta un comentario hondo sobre el libro de A. S. Link, que sólo les merece una pobre nota (8, p. 133); de los nuestros no hay muchos. Rudenko utiliza a los siguientes: Bulnes, Didapp, Fabila, Mendieta y Núñez, Madero (*La sucesión presidencial*) y Espinosa de los Reyes; Lavrov emplea a Espinosa de los Reyes, Mendieta y Núñez, Salazar y Escobedo, Gaytán, Blanco, Madero y Molina Enríquez; y Alperovich, por último, a Carreño, Valadés, Fuentes Díaz, Fernández MacGregor, Cosío Villegas, Sepúlveda, Espinosa de los Reyes, Castellanos, Alamán, Roel y Germán Parra. No está en este acervo documental de los soviéticos la nutrida colección contemporánea del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución; tampoco las publicaciones del Patronato de la Historia de Sonora ni las del Seminario de Historia Moderna de México. Por supuesto no utilizan los soviéticos los materiales memoria-lísticos, autobiográficos y testimoniales que pasan del millar, sin contar con la fabulosa folletería revolucionaria, inasequible naturalmente para ellos.<sup>23</sup> Creemos que la preferencia por las obras históricas norteamericanas obedece en los historiadores soviéticos a que ellas les proporcionan, aunque parezca paradójico, más elementos de juicio para combatir al imperialismo norteamericano que las mexicanas; y comprendemos que sea así supuesto que lo que caracteriza a aquéllas –esto lo han visto muy bien los soviéticos, como ya muchas veces hemos repetido– es la esperanza de vindicar el imperialismo. Por otra parte, insistamos por última vez en esto, nuestra historia mexicana, no importa la fuente que se utilice, se presta a las mil maravillas, en manos de los historiadores soviéticos, para jaquear a sus adversarios: el imperialismo yanqui y los historiadores norteamericanos empeñados en la ingrata tarea de justificar lo injustificable. Nadie ignora que los rusos son temibles y casi invencibles

22 Como verá el lector, no ocurre así en el segundo libro en el que, en parte, se subsana esta falla.

23 El segundo libro ya indicado –conviene aclararlo desde ahora– es, en cuanto a fuentes y materiales impresos, más exhaustivo.

ajedrecistas, y que en esta partida histórica tienen casi todas las ventajas; los hechos están de su parte, y por eso las equivocaciones y fallas históricas que apunta Valadés no harán mayor mella en el mensaje histórico-soviético popular. El público mexicano y latinoamericano contempla el juego propagandístico, tal vez sin darse cuenta de que en el tablero –sin consultarnos– se está jugando, según dijimos al principio, nuestro destino histórico.

Nuestra propia revolución, a pesar de sus errores de ayer y de hoy, puede servir de guía y de acción para los demás países iberoamericanos (el segundo libro soviético lo reconoce así, modificando al primero). La incompreensión y vaguedad que envuelve, a sus ojos, a nuestro progreso económico, social, político y cultural se acentúa todavía más por la neblina historiográfica interpretativa de Norteamérica, y sobre todo por la soviética. Los cuatro estudios ya citados (así como también el segundo libro, de un modo más tácito) contribuyen a prolongar y aumentar nuestro descrédito revolucionario en Iberoamérica; son precisamente censura y consejo para los de fuera. Nuestra revolución liberal burguesa, que prácticamente ha sido calumniada o ignorada en Sudamérica, en manos de los autores extranjeros pierde, por decirlo así, las últimas virtudes posibles que pudiera guardar; queda reducida a un modelo inservible, caduco, fracasado y pues indigno de ser seguido o imitado. Por consiguiente, el mensaje historiográfico ínsito en los cuatro estudios soviéticos y en las obras norteamericanas –unos y otras por motivos contrapuestos, pero al cabo coincidentes– puede muy bien ser éste: el ejemplo mexicano no es útil para Hispanoamérica. El incremento de la historiografía soviética y norteamericana mexicanista y las rápidas traducciones al español de los libros más significativos constituyen la prueba palmaria de que tal es la orientación histórica reclamista que consciente o inconscientemente impera. Los norteamericanos y los rusos sólo ocupan los grandes huecos historiográficos que les hemos ido desidiosamente dejando; porque ni oficial ni institucionalmente, y aun menos en lo particular, nos hemos preocupado porque nuestra voz y nuestras obras repercutiesen con ecos dirigidos allende el Suchiate. Empero algún valor ha tenido y tiene todavía nuestra Revolución, cuando a pesar de nosotros mismos sigue siendo una esperanza redentora para los *otros*.

*Juan A. Ortega y Medina*

Ciudad Universitaria, noviembre de 1960





# I

## Estado de la historiografía soviética referente a la América Latina

49

Manfred Kossok



## Estado de la historiografía soviética referente a la América Latina\*

51

De los numerosos trabajos de historia universal que desde 1945 han aparecido en la Unión Soviética, una parte esencial se refiere, y no casualmente, a Latinoamérica.

Nunca había habido en nuestro país un interés tan grande como el que ahora existe sobre Latinoamérica. Esto es absolutamente comprensible. Después de la Segunda Guerra Mundial el rostro específico de los Estados latinoamericanos y su importancia en la política y en la economía mundiales han crecido considerablemente. Los complicados procesos que se desarrollan en el interior de estos países y las diversas clases de experiencias que en muchos de ellos se llevan y han llevado a cabo con vista a la consolidación de la economía nacional y, por consiguiente, de la independencia, hacen que dichas naciones sean objeto de la atención unánime de los hombres de ciencia soviéticos”<sup>1</sup>

\* Para mayor claridad hemos traducido los títulos de los trabajos soviéticos, y transcrito asimismo los nombres de los autores y las revistas. [Edit. alemán.] [Por supuesto nosotros lo hemos retraducido del texto alemán. JAOM.]

<sup>1</sup> A. A. Guber en *Voprosy Istorii* [*Problemas de la Historia*], n. 8-9, 1960, p. 130. En lo sucesivo, la citaremos así: VI.

En verdad, la literatura internacional interesada en la historia pasada y presente de Latinoamérica<sup>2</sup> ha llegado a ser voluminosa, extensa y casi infinita; pero la elaboración de una imagen histórica marxista sobre este medio continente necesita todavía de mucho más trabajo pionero. Teniendo en cuenta que antes de 1945 el número de historiadores, de economistas y de otros especialistas de la URSS interesados en Latinoamérica era relativamente pequeño,<sup>3</sup> resultan notables los cambios que a partir de entonces han tenido lugar, así como los frutos conseguidos. Para el análisis y la discusión de los problemas latinoamericanos sobre la base del materialismo histórico, las publicaciones de los diversos autores soviéticos proporcionan un punto principal de referencia.

La información aquí presente no establece ningún conjunto bibliográfico como meta o blanco; antes bien intenta poner en claro, mediante una selección de los títulos, el importantísimo interés temático de la ciencia histórica soviética, y revelar también los más esenciales puntos de vista de los trabajos citados.<sup>4</sup> El radio de acción de lo publicado abarca desde los comienzos de la

2 Para una información bibliográfica, consúltese la *Revista de Historia de América*, publicada por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia (México).

3 A. A. Guber, VI, n. 8-9, 1960, p. 130. En la obra registrada en la nota 140 se facilita un compendio bibliográfico (p. 926 y s.).

4 Esta información presenta desgraciadamente algunos huecos, porque diversos trabajos que aquí sería indispensable reseñar –sobre los cuales me llamó la atención el sabio y digno profesor doctor A. A. Guber, redactor jefe de la revista *Novaia i Noveishaia Istoriia [Historia Moderna y Contemporánea]* (abreviado *NNI*), y especialista sobre la América Latina y las Filipinas– aún no los he podido tener frente a mí. Así me ocurre, por ejemplo, con la monografía de M. S. Alperovich y de T. B. Rudenko, de más de 300 páginas, intitulada *Maksikanska revoliutsiia, 1910-1917 g.g. i politika SSH.A [La Revolución mexicana, 1910-1917, y la política de los Estados Unidos]*, Moscú, Editorial de Literatura Económica Social, 1958, con la obra de I. R. Lavretskii, *Simón Bolívar*, Moscú, Editorial de Literatura Económica Social, 1958, y sobre todo con la de V. I. Ermolaiev, *Los movimientos libertarios y laborales en la América Latina después de la Segunda Guerra Mundial*, Moscú, 1958. Con el sistema de impuestos, que todavía está en vigor, sobre los libros que se publican en nuestros entrañables países socialistas, la entrega de las obras se dilata más de lo acostumbrado, y por tanto las reseñas aparecen fuera del tiempo. Tal sistema ocasiona también algunas dificultades en la recepción de las revistas o de la serie de publicaciones editadas por los distintos institutos de la URSS, como el de *Ivanovo* o el de *Schboksar* [RSSFR]. En varias de las contribuciones científicas del Instituto Pedagógico Estatal de Ivanovo (v. 3, 1952, y v. 2, 1957), publicó G. I. Ivanov un trabajo sobre la historia de la guerra mexicano-norteamericana de 1848-1849, y un voluminoso artículo sobre la cuestión agraria en

conquista hispanoportuguesa hasta la guerra de independencia y la emancipación posterior, ampliando incluso el periodo histórico hasta alcanzar el movimiento antiimperialista del presente. El hecho de que precisamente en los últimos años, junto con el estudio y la investigación sobre el sector contemporáneo se haya investigado históricamente el pasado colonial de Latinoamérica, especialmente el hispanoamericano, pone de manifiesto que existe un acusado e importante motivo para ello:

El esfuerzo por idealizar el periodo del dominio español, que en sustancia es presentado como la edad de oro de la América Latina, se encuentra actualmente en manos del círculo reaccionario de las repúblicas latinoamericanas, y representa muy frecuentemente un elemento importante en la lucha contra las fuerzas democráticas nacionales. El santo y seña del hispanismo, “retorno a la madre España”, que durante la Segunda Guerra Mundial ha sido frecuentemente repetido por los elementos fascistas, representa el mantenimiento de una propaganda extremada, reaccionaria y clerical, que hasta el día de hoy no ha perdido su peligrosa significación”.<sup>5</sup>

El desarrollo histórico de la etapa más reciente ha confirmado plenamente este juicio. Hispanoamérica es el objeto preferido, sin duda alguna, para ejercer un intensivo clericalismo ya sobre el territorio de la filosofía de la historia, ya sobre la provincia de la historiografía. En la postulada “revisión” general de la concepción tradicional de la historia, el pensamiento de la hispanidad, en cuya concepción y expresión obraron por partes iguales el neotomismo y el falangismo, ocupa una ideología función clave. A través, principalmente, de los representantes de la historiografía liberal positivista

México (décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XIX), los cuales, considerando las circunstancias –puesto que todavía hacen muchísima falta las investigaciones históricas marxistas sobre la época de Juárez–, merecerían que se les prestase también la debida atención fuera de la Unión Soviética. Este hecho sitúa en primer plano la necesidad de que entren en estrecho contacto los diversos institutos que en los países socialistas trabajan sobre la historia de Latinoamérica (Unión Soviética, República Democrática Alemana y República Socialista Checa).

<sup>5</sup> Véase A. A. Guber, *VI*, n. 8-9, 1960, p. 131. Véase también el ensayo de I. R. Grig, “Notas sobre la situación de la ciencia histórica en la América Latina” (*VI*, n. 10, 1955, p. 182 y s.).

del siglo XIX y comienzos del XX han llegado a ser conocidas las diversas repercusiones regresivas de la expansión colonial europea. Por medio de los portavoces representativos de la militante hispanidad (o lusitanidad) católicas, la crítica sobre la práctica colonial española, consignada bajo la expresión de “leyenda negra”, se ha convertido en mentira colonial.<sup>6</sup> En lugar de desatar una crítica objetiva de gran valor o mérito, se pone en circulación la profesada imagen apologética y clerical de la historia. La tesis de que “América nunca fue una colonia”<sup>7</sup> sólo puede ser vista como el fruto “natural” de una rectificación tal, producida después de trescientos años de una situación histórica de hecho. Por esta razón, para todo historiador progresista resulta, pues, irrecusable la explicación que se expresa con semejantes conceptos. Los trabajos de los autores soviéticos se concentran asimismo en un círculo de temas, en el cual hallan la más clara expresión las tendencias que manifiestan una revaloración histórica de la política colonial hispana. A este círculo pertenecen también problemas como el de saber el lugar histórico que ocupa el desarrollo colonial y el dominio de los españoles dentro del vasto marco de la general expansión colonial europea; las repercusiones negativas del sistema colonial sobre la situación económica y social de los diversos pueblos indígenas; la función y la posición del clero de la colonia dentro de la estructura social y colonial de América; los preparativos económicos e ideológicos, así como el curso y el carácter del movimiento de independencia; y finalmente la extensión y los resultados de los movimientos socio-revolucionarios en la masa del pueblo, antes y durante la guerra de Independencia sostenida contra España.

6 El catálogo de tales autores abarca desde Benítez de Aldama, Mayán Fernández y Carbia hasta García Morente, Villaronga y Escobar López. Sobre la relación entre la hispanidad y la propaganda cultural falangista, véase A. Chase, *Falange, el ejército secreto del Eje en América*, La Habana, 1943; B. W. Diffie, *The Ideology of Hispanidad [La ideología de la hispanidad]*, *The Hispanic American Historical Review*, t. 22, 1943, p. 457-482.

7 R. Lavene, *Las Indias no eran colonias*, Buenos Aires/México, Espasa-Calpe, 1951. Para conocer el estado de la discusión sobre este asunto, véase el artículo de M. Kossok en la revista *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, año 40 (1956), cuaderno 6, p. 1326. M. Kossok y W. Marcov, “¿Las Indias no eran colonias?”, en *Lateinamerika zwischen Emanzipation und Imperialismus*, Berlín, Akademie Verlag, 1961.

El desarrollo del latinoamericanismo soviético va inseparablemente unido a la obra de V. M. Mirosevskii (†1942).<sup>8</sup> Este autor puso su atención historiográfica en las causas que produjeron las guerras de la independencia hispanoamericana (1810-1826) y en el subsecuente nacimiento de los Estados nacionales. En 1946 fue publicado su trabajo sobre la lucha anticolonial sostenida por los latinoamericanos en pos de la libertad de Hispanoamérica –trabajo ya terminado desde 1941–.<sup>9</sup> “Con esta obra se inaugura en la ciencia histórica soviética”,<sup>10</sup> el estudio sobre el origen y el desarrollo de las repúblicas latinoamericanas actuales, y aunque el historiador Mirosevskii, para elaborar su tema de investigación, no pudo consultar todas las publicaciones correspondientes, bosquejó, no obstante, una imagen histórica que necesita únicamente en unos cuantos lugares de una fundamental corrección. De los siete capítulos de que consta la obra, el primero esboza acaso muy someramente la época que va de 1492 a 1780; mientras que los seis restantes tratan con propiedad el tema de la preemancipación. Junto con esto, el autor se refiere muy a fondo, por supuesto, a la participación histórica de la población indígena a favor de los criollos. Especialmente valiosa es, por demás, la exposición del brillante papel representado por Miranda, gracias a que Mirosevskii aprovechó cabalmente las fuentes rusas –que eran desconocidas– del viaje del venezolano a Rusia.<sup>11</sup>

Por lo que se refiere a las publicaciones sobre problemas específicos de la época colonial, debe ponerse en primer lugar un ensayo de M. S. Alperovich<sup>12</sup> relativo a las formas y al carácter de la explotación de los indios; este interesante trabajo merece ser leído cuidadosamente, porque el autor examina

8 V. M. Mirosevskii compuso la parte latinoamericana de la *Nueva historia de los países coloniales y dependientes*, publicada en Moscú (v. I, p. 1492-1918, p. 68 y s., y 731 y s.). Esta contribución histórica ha sido traducida al español en Buenos Aires, Ediciones Problemas, 1941.

9 V. M. Mirosevskii, *El movimiento por la libertad en las colonias españolas de América desde la conquista hasta las guerras de independencia (1492-1810)*, Moscú, Leningrado, 1946.

10 A. A. Guber, VI, n. 8-9, 1960, p. 130.

11 Véase también su estudio sobre Catalina II y Francisco Miranda, *Revista Internacional*, n. 9, 1945. El original ruso apareció en 1940 en la revista *Istoriik-Marksist [El Historiador Marxista]*.

12 M. S. Alperovich, “El carácter y las formas de explotación de los indios en las colonias americanas de España (siglos XVI-XVIII)”, véase *NNI*, n. 2 (1957), p. 49-68.

con detenimiento la institución de la encomienda y el repartimiento de indios. El historiador Alperovich, abarcando por medio de una visión crítica general toda la información de que hoy se dispone, incluidas las crónicas de aquel tiempo y las ediciones de fuentes publicadas por R. Konetske (*Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica*, 12 v.),<sup>13</sup> formula su provisional balance sólo como base de discusión de los resultados conseguidos hasta ahora por él. Tanto desde un punto de vista cronológico cuanto en relación con su contenido, el repartimiento y la encomienda son considerados exacta y plenamente como un paso o transición desde la esclavitud a las formas específicas feudales de dependencia, las cuales sobrevivieron hasta comienzos del siglo XIX. En relación con la posición sistemática frente a este problema, el historiador ruso destaca el valor que tienen las investigaciones innovadoras de L. B. Simpson<sup>14</sup> y de Silvio Zavala,<sup>15</sup> y reconoce plenamente que “las preguntas sobre el destino histórico de la población indígena en un espacio de tiempo de 300 años, sobre la situación real de las grandes masas de inmediatos productores, y sobre las formas de explotación por parte de los colonos, así como sobre las luchas de dichas masas contra sus opresores, permanecen aún en su mayor parte sin respuesta”.<sup>16</sup>

Puesto que al clero secular y regular correspondió en gran medida la integración socioeconómica y político-ideológica de los indios en el sistema colonial, la participación de la Iglesia católica en la torculación de la práctica colonial española necesita ser apreciada correctamente. I. R. Lavretskii realiza una valoración general de la función histórica de la Iglesia colonial española.<sup>17</sup> La necesidad de semejante análisis está además fuera de duda; empeño la Iglesia católica es presentada y expuesta en primera persona<sup>18</sup> —en su

13 Hasta ahora únicamente ha aparecido el volumen I (1493-1592), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953.

14 Véase R. S. Chamberlain, “Simpson’s, *The Encomienda in New Spain and Recent Encomienda Studies*”, *The Hispanic American Historical Review*, v. 34, 1954, p. 238 y s.

15 M. S. Alperovich ha utilizado ante todo la colección de Silvio Zavala: *New Viewpoints on the Spanish Colonization of America*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1943; por contra no emplea la obra más general aparecida en 1935, intitulada *La encomienda indiana*.

16 M. S. Alperovich, *op. cit.*, p. 52.

17 “El clero católico en Hispanoamérica (siglos XVI-XVIII)”, VI, n. 12 (1955), p. 101 y s.

18 Véase la documentación sobre esto en F. Morales Padrón, *Fisonomía de la conquista indiana*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1955, p. 54 y s.

versión de la orden jesuita—, como la principal inspiradora de las bellas correcciones en los lados oscuros del colonialismo, bajo la “consigna” de “una idea misionera cristiana”. “En la literatura histórica soviética” —así es criticada por Lavretskii— “el problema que plantea el papel representado por la Iglesia en las colonias españolas ha sido hasta ahora sólo insuficientemente examinado”.<sup>19</sup> Echando mano a los distintos documentos probatorios, muestra el autor que el clero “fue un elemento necesario para la eficaz sujeción y dominación de los indios”.<sup>20</sup> Apoyándose en los juicios del historiador D. E. Micjnevich, se refiere Lavretskii, con relativa prolijidad, a la posición política y económica de los jesuitas;<sup>21</sup> se pronuncia particularmente contra la idea de la estructura social<sup>22</sup> “comunista” en las famosas reducciones jesuitas del Paraguay, y en su lugar insiste en hacer destacar que el estatus efectivo de las reducciones de indios más bien se parecía al de los siervos o esclavos; lo cual hace asimismo resaltar el extremado carácter problemático de los citados indios en cuanto protegidos de la Corona y de la Iglesia.<sup>23</sup> La debilidad esencial del artículo de Micjnevich se encuentra en esto: que por causa de la concisa exposición muchos de los juicios son demasiado superficiales y no pueden ser considerados como rigurosos. Las Casas es mostrado como el único “mirlo blanco”<sup>24</sup> existente dentro del clero colonial, pasando el historiador como por sobre ascuas en lo referente a la real y manifiesta existencia de las graves diferencias habidas sobre la forma de aplicar la política indiana (sirva, por ejemplo, la controversia Las Casas-Sepúlveda);<sup>25</sup> y pasando también de largo y sin

19 I. R. Lavretskii, “El clero católico en Hispanoamérica...”, p. 102.

20 *Ibidem*, p. 105.

21 I. R. Lavretskii, *Ensayo sobre la historia de la reacción católica (los jesuitas)*, Moscú, 1953, p. 140-163 (sobre las misiones en el Paraguay).

22 En sentido contrario, véase C. Lugon, *La république communiste chrétienne des guaranis (1610-1768)* [La república comunista cristiana de los guaraníes (1610-1768)], París, Éditions Ouvrières, 1949. Un rico material de orientación se encuentra en M. Mörner, *The Political and Economic Activities of the Jesuits in the La Plata Region. The Hapsburg Era* [Las actividades políticas y económicas de los jesuitas en la región del Plata. La era hapsburguiana], Estocolmo, Institute of Ibero-American Studies, 1953.

23 Véase también en W. Z. Foster, *Abriß der politischen Geschichte beider Amerika* [Outline Political History of the Americas/Compendio de historia política de ambas Américas], Berlín, Dietz, 1957, p. 151 y s.

24 I. R. Lavretskii, “El clero católico en Hispanoamérica...”, p. 106.

25 Véase lo escrito sobre este problema en M. Kossok y W. Markov, “Visión conjunta del sistema colonial español (1a. parte)”, *Wissenschaftliche Zeitschrift* [Revista Científica],

hacer cuenta de los diversos planos de fricción en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, como lo prueba evidentemente en el siglo XVIII la supresión de la Compañía de Jesús.

De esta suerte Lavretskii ha podido aportar algunas valiosas sugerencias metodológicas; pero sin que esto quiera decir que haya resuelto ya todos los problemas básicos relativos al clero colonial, a la posición económico-política del mismo y, ante todo, a la función ideológico-cultural desempeñada por éste.

Los esclavos negros, que en su mayor parte fueron dedicados en el Brasil, desde 1570, a trabajar en las plantaciones de caña de azúcar, representaron un papel comparable al que tuvieron en Hispanoamérica algunos de los pueblos indígenas.<sup>26</sup> “Brasil quiere decir azúcar, y azúcar significa negros.”<sup>27</sup> Ellos, al igual que sus camaradas indios, aceptaron, aunque no sin resistencia, la represión social y política que se les impuso.<sup>28</sup> El Brasil experimentó también “una verdadera lucha de clases, que llena los siglos de su historia”.<sup>29</sup> El momento cumbre de esta constante oposición está representado por la legendaria “República Negra”<sup>30</sup> de Palmares<sup>31</sup> –rara vez apreciada por la historiografía o la sociología burguesas–, de cuyos orígenes, estructura e

Universidad Carlos Marx, Leipzig, Serie de CC. Históricas y Filológicas, año 5 (1955-1956), Cuaderno 2].

26 F. Mauro, “L’Atlantique portugaise et les esclaves, 1570-1670”, *Revista da Faculdade de Letras*, Universidad de Lisboa, Lisboa, t. 22, serie 2a., n. 2, 1956, p. 5-55. (Material estadístico.)

27 G. Freyre, *The Masters and the Slaves. A Study in the Development of Brazilian Civilization [Los amos y los esclavos. Un estudio sobre el desarrollo de la civilización brasileña]*, Nueva York, Knopf, 1956. (Recensión de M. Kossok en *Deutsche Literaturzeitung*, 1958, cuaderno 7-8.)

28 “Les indiens s’enfuyaient puis revenaient attaquer en masse les noyaux de colonisation, détruisant tout dès qu’ils étaient vainqueurs.” [Los indios huían, después regresaban en masa a atacar los núcleos de colonización, destruyéndolo todo cuando eran vencedores.] (Mauro, *op. cit.*, p. 7).

29 A. Pereira, “Sociologia ou apologética?”, *A Classe Operaria*, Río de Janeiro, n. 1, 1929.

30 Véase la “compasión” mínima que experimenta Freyre (*op. cit.*, p. 68, 69, 285 y 358) por los negros de los quilombos, en su obra de más de quinientas páginas.

31 M. M. de Freitas, *Reino negro de Palmares*, 2 v., Río de Janeiro, Companhia Editora Americana, 1954. Véase la bibliografía en J. H. Rodríguez, *Brasil. Periodo colonial*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, 1953, p. 93 y 159.

importancia histórica trata A. M. Chasanov.<sup>32</sup> Entre los numerosos “quilombos” (lugares u organizaciones estatales de refugio establecidos por los negros huidos), que durante la época colonial se organizaron y desaparecieron, los más importantes y mejor organizados –así en lo económico como en lo político y militar– fueron los de los Palmares. Sobre la base de una nueva interpretación crítica de los conocidos materiales y fuentes (E. Ennes, entre otros), corrige el historiador la periodización de los Estados negros, y formula una primera respuesta marxista a la pregunta sobre la estructura social, la reconstrucción política y las funciones militares de la ínsula o “refugio de los negros libres”.<sup>33</sup> Para borrar también algunas blancas manchas en la investigación, asimismo ofrece al lector las observaciones y notas relativamente prolijas sobre la cultura de las repúblicas negras (problema religioso), las cuales presentan una muy caprichosa y tenacísima simbiosis de lo africano y de lo cristiano-portugués.

De acuerdo con el pensamiento de W. Z. Foster, se considera la historia de ambas Américas como una totalidad orgánica; después hace su aparición la revolución de los esclavos en Haití encabezada por Toussaint l’Ouverture, la cual es considerada como la segunda fase de la emancipación colonial del continente.<sup>34</sup> L. I. Slioskin presenta una vasta exposición de la revolución negra que transcurre desde 1791 a 1803, y se apoya esencialmente en los clásicos trabajos de J. Saintoyant.<sup>35</sup> A las notas preliminares sobre la economía y la estructura social de la mitad francesa de la isla, sigue el extenso análisis del carácter, del rumbo y de los resultados del movimiento, el cual, aunque producido por el levantamiento de los mulatos libres y de los llamados *petits blancs*, culminó en la insurrección de los esclavos negros bajo el liderato de l’Ouverture.<sup>36</sup> El autor articula de un modo claro y compendiado los compli-

32 A. M. Chasanov, “Sobre el problema de los estados negros de los Palmares en el Brasil”, *NNI*, n. 2, 1958, p. 13-31.

33 *Ibidem*, p. 15.

34 W. Z. Foster, *Abriß der politischen...*, p. 176 y s.

35 L. I. Slioskin, “La revolución de los esclavos negros en la isla de Santo Domingo (Haití), de 1791 a 1803”, *Uchionie Zapiski po Novoi i Noveishei Istorii* [*Boletín Científico sobre Historia Moderna y Contemporánea*] (en adelante, *UZ*), 1956, fascículo 2, p. 134-206.

36 *Ibidem*, p. 134-139. Véase una complementación del tema en G. Debien, “As grandes plantações de São Domingo nos últimos anos de século XVIII”, *Revista de Historia* (6o. año), San Paulo, 1955, p. 135-161.

cados factores objetivos y subjetivos de la revolución, en su directa relación con los cambios revolucionarios que tenían lugar en la metrópoli;<sup>37</sup> por donde llega a ser bien claro el interesantísimo paralelismo que presentan los acontecimientos. En el decreto de los jacobinos del 4 de febrero de 1794 se justifica y documenta, ante todo, la congruencia dialéctica y el desenvolvimiento de la metrópoli.

El decreto de abolición de la esclavitud fue la resultante de los sucesos revolucionarios que tenían por escenario la Francia y Santo Domingo [...] El ala más radical de la burguesía francesa, que no estaba ligada económicamente con las colonias, tuvo la posibilidad de poner en marcha una resolución revolucionaria sobre esta cuestión; de esta suerte facilitó de la mejor manera posible su fortalecimiento, antes de que la abolición de la esclavitud pudiese afectar a la existencia de la situación burguesa. El acto ejecutado por los jacobinos –la declaración de libertad para los esclavos– no fue únicamente una decisión determinada libremente. El levantamiento de los esclavos anticipó la promulgación del decreto de 4 de febrero de 1794, y la hizo inevitable.<sup>38</sup>

Y aunque el famoso decreto de febrero ordenado por los jacobinos pudiera haber sido inspirado por no importa qué, cualquiera otra forma, lo cierto es que sólo dependió, como Slioskin explica particularmente, de la capacidad

37 L. I. Slioskin, “La revolución de los esclavos negros...”, p. 142 y s. y 166 y s.

38 *Ibidem*, p. 167. En el mismo sentido J. Bruhat, “Maximilien Robespierre und die Kolonialprobleme”, en *Maximilien Robespierre 1758-1794, Beiträge zu seinem 200. Geburtstag*, [“Maximilien Robespierre y el problema colonial”, en *Maximilien Robespierre, 1758-1794, una contribución en el CC aniversario de su nacimiento*], edición de W. Marcov, Berlín, 1958, p. 175 y s. “Sin su revuelta no hubieran ellos (es decir los negros) logrado ser libres tan rápidamente” (p. 150). A Slioskin, a pesar del radicalismo de la cuestión negra y colonial, le parece más bien que para apreciar algo falta estudiar el proceso interno francés. En el fondo, aunque resulta ya complicado para los jacobinos su relación con el grave problema de la hegemonía de los “sans-culottes”, todavía lo es más con respecto a la revolución de los negros. Partiendo de esto, Bruhat se expresa más claramente: “Al igual que la revolución de los campesinos y de los ‘sans-culottes’, la revolución de los negros se produjo espontáneamente, aprovechando el acceso al poder de la burguesía francesa [...]. En cada caso la revolución, en su propio desarrollo, dejó muy atrás al más avanzado burgués de la madre patria, excepto Robespierre” (p. 151).

de acción de los negros revolucionarios, los cuales no sólo tuvieron que sostenerse en lucha contra los aristocráticos *grands blancs*, sino muy pronto también contra los pusilánimes *petits blancs* y contra el fetichismo propio de los mulatos socialmente encumbrados. Slioskin consagra un capítulo único a la especial estructura de los revolucionarios, ligados estrechamente con la personalidad política del “Robespierre negro”,<sup>39</sup> estructura que poco a poco fue tomando forma durante la batalla permanentemente abierta contra los enemigos de dentro y de fuera. Los alcances históricos de este proceso han sido justamente apreciados, hasta la fecha, por sólo unos cuantos historiadores.<sup>40</sup> “Tal vez el espíritu del mundo burgués –así escribe uno de los biógrafos objetivos–, que se oponía decididamente a su existencia, hizo que, en términos generales, no haya podido ser justificada la nueva interpretación acordada al pasado histórico de Toussaint l’Ouverture.”<sup>41</sup> Después de describir los intentos renovados del Directorio y del Consulado contra Haití para restablecer el antiguo régimen bajo los auspicios de la gran burguesía, el autor caracteriza terminantemente los sucesos de 1791-1803, considerándolos como correspondientes a una revolución democrático-burguesa, que resolvió para los negros de Haití la cuestión colonial *sub specie* jacobina. Sobre este fondo –desde él precisamente en cuanto fase última del inadmisibles colonialismo presente–; y sobre este aspecto histórico final del movimiento, es decir “la victoriosa revolución de los esclavos negros [...], que fue para su tiempo un acontecimiento que agitó al mundo colonial y marcó el inevitable derrumbe de la esclavitud, es como hay que considerar la refutación histórica de la leyenda de la sumisión esclavista del negro y de su supuesta incapacidad para actuar históricamente”.<sup>42</sup> En este sentido sería deseable una perspectiva más detallada sobre la situación crítica de la época posrevolucionaria (1804 y s.), para poder al menos dar a entender los rasgos fundamentales del proceso en extremo complicado experimentado por Haití en su esfuerzo por convertirse

39 L. I. Slioskin, “La revolución de los esclavos negros...”, p. 181-192.

40 G. Debien, “Les travaux d’histoire sur Saint-Domingue. Chronique bibliographique (1954-1956)” [Los trabajos de historia sobre Santo Domingo. Crónica bibliográfica], *Revue d’Histoire des Colonies*, París, t. 44, 1957, p. 165 y s.

41 E. H. Maurer, *Der schwarze Revolutionär. Toussaint Louverture [El revolucionario negro. Toussaint Louverture]*, Meisenheim, Westkulturverlag, 1950, p. 352.

42 L. I. Slioskin, “La revolución de los esclavos negros...”, p. 206.

en una nación, lo cual en la literatura histórica burguesa se reduce a un seudocientífico problema de elite.<sup>43</sup>

Como prolongación, por decirlo así, de la discusión de los puntos históricos en disputa, relativos a la época colonial, discutidos en el X Congreso Internacional de Historia sostenido en Roma (1955),<sup>44</sup> M. S. Alperovich, V. I. Ermolaiev, I. R. Lavretskii y S. I. Semenov presentaron su punto de vista sobre el juicio que les merece la guerra de Independencia hispanoamericana (1810-1826).<sup>45</sup> Estos historiadores formulan sus tesis en forma de resumen crítico de la literatura histórica extranjera y soviética, haciendo resaltar de antemano la necesidad de efectuar posteriores investigaciones y de elaborar las mismas. “En la literatura histórica soviética –escriben– no existe hasta ahora ninguna investigación especialmente científica sobre estas cuestiones. Deseamos con nuestro ensayo plantear algunas preguntas básicas sobre la historia de la guerra de Independencia de las colonias españolas”.<sup>46</sup> Los autores dirigen sus críticas tanto contra la nueva interpretación del panamericanismo, como asimismo contra el revisionismo clerical y conservador que busca la manera de despojar al movimiento emancipador de toda su sociorrevolucionaria e inclusive colonial explosividad; por esa doble falsa vía interpretativa el movimiento nacional de liberación queda reducido a un estado mínimo de conflicto, y sus posiciones ideológicas resolutorias, que de acuerdo con la moda histórica pertenecen al renacimiento tomístico, son proyectadas hacia atrás hasta considerarlas como debidas a la influencia tardía de la concepción escolástica del Estado de un Suárez o de un Soto.<sup>47</sup> Insistiendo también en las antiguas, alejadísimas y esenciales causas socioeconómicas de la revolución de independencia, se oponen los autores a la opinión de muchos historiadores,

43 H. Herring, *A History of Latin America from the Beginnings to the Present [Una historia de Latinoamérica desde sus comienzos al presente]*, Nueva York, Knopf, 1956, p. 412 y s.

44 Véase *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 4o. año (1956), cuaderno 4, p. 789 y s.

45 “Sobre la guerra de Independencia en las colonias españolas de América (1810-1826)”, VI, n. 11, 1956, p. 52-71.

46 En directa relación con el juicio crítico de R. A. Humphreys, *The Historiography of the Spanish American Revolutions [La historiografía sobre la revolución de Hispanoamérica]*. (Separata de *The Hispanic American Historical Review*, t. 36, n. 1, 1956, p. 81-93.)

47 Véase el resumen crítico de J. Eyzaguirre y otros, en *Congreso Hispanoamericano de Historia. Causas y caracteres de la independencia hispanoamericana*, Madrid, Cultura Hispánica, 1953.

para quienes la guerra de Independencia fue ocasionada o fue la resultante de una conjunta situación política proveniente del exterior. Por el momento, respecto al carácter de la valuación (aún reciente) acordada al movimiento antiespañol de los decenios preemancipadores, para cuya explicación interna se ha prestado no obstante muy menguada atención a los frutos económicos, políticos e ideológicos de la reforma borbónica, se afirma lo siguiente: “Las insurrecciones de los indios y de los negros, las sediciones y conspiraciones de los criollos, y los levantamientos de los ciudadanos quebrantaron al sistema colonial español y abonaron el terreno para la guerra de Independencia.<sup>48</sup> Por lo que toca a las circunstancias de la masa popular campesina en relación con su comportamiento en la revolución criollo-burguesa, los autores resuelven pasar volando sobre el asunto, afirmando que la mayor parte de la población adoptó una actitud antiindependiente, y que a consecuencia de esto sólo pudo imprimir de modo insuficiente el sello de sus propias exigencias sociales y políticas.<sup>49</sup> Desde este punto de vista México y el Paraguay constituyen al mismo tiempo el límite extremo de la excepción. El que a consecuencia de un cambio especial de frente en las clases<sup>50</sup> se favoreciese dentro del movimiento emancipador el desconocimiento, por parte de las masas plebeyas, de las propias clases adyacentes, y se impidiese ciertamente que la revolución burguesa se ensanchase convirtiéndose en una revolución democrático-burguesa, no disminuye, empero, en modo alguno el hecho de que “las masas de la población citadina y de los campesinos [...] representaron un papel decisivo en la libertad de Hispanoamérica”.<sup>51</sup> El punto de vista especial adoptado por los autores les permite valorar la imagen política del mundo y el papel histórico que representaron los conocidos caudillos de la revolución: Morelos, Hidalgo, Bolívar, San Martín, O’Higgins, etcétera. El ejemplo que presenta

48 Alperovich, Ermolaiev, Lavretskii, Semenov, “Sobre la guerra de Independencia...”, p. 55.

49 *Ibidem*, p. 59.

50 M. Kossok, “Kolonial bürgertum und Revolution: Über den Charakter des hispanoamerikanischen Unabhängigkeitsbewegung (1810-1826)” [“Burguesía colonial y revolución. Sobre el carácter del movimiento de independencia hispanoamericano (1810-1826)”], *Wissenschaftliche Zeitschrift*, Universidad Carlos Marx, Leipzig, Geschichte und Sprachwissenschaft [Historia y Filología], serie 7 (1957-1958), cuaderno 3, p. 219 y s.

51 M. Moreno, *Génesis sociológica de la independencia hispanoamericana*, México, 1952, p. 14; C. M. Rama, *Ensayo de sociología uruguaya*, Montevideo, Medina, 1957, p. 48.

particularmente la figura de Bolívar los ha llevado a rectificar toda una serie de valoraciones soviéticas anteriores.<sup>52</sup> Frente al estrecho punto de vista de un Bolívar considerado únicamente como “exponente aristocrático del separatismo criollo”, se levanta ahora la apreciación de que “Bolívar y sus compañeros de combate defendieron intereses absolutamente nacionales, lo cual determinó –se añade– el progresista carácter de su actividad [...]. Por lo general, Bolívar comprendió correctamente, en el momento de la lucha, la necesidad de independizar a Latinoamérica”.<sup>53</sup> Desde este punto de vista es asimismo posible determinar no sólo la significación e importancia histórica de Bolívar, sino probar también más exactamente que el culto a Bolívar (hasta hoy vivo) descansa en sus tradiciones revolucionarias, e incluso asimismo en los reaccionarios ensayos de interpretación.<sup>54</sup> Son también interesantes las observaciones acerca de la problemática figura del doctor José Gaspar Francia en el Paraguay. Las medidas revolucionarias democráticas tomadas por Francia (1814-1840) son interpretadas fundamentalmente como disposiciones forzadas por las necesidades de defensa contra el exterior, que cristalizan en un heroico autoaislamiento frente a la doble invasión de argentinos y brasileños. “El dictador Francia fue un progresista personaje histórico”,<sup>55</sup> aunque no se pasa por alto el hecho de que la masa del pueblo, que se hallaba plenamente desprovista de derechos políticos, no ganó nada a través de las reformas sociales.<sup>56</sup> De modo concluyente ha sido puesto de manifiesto que la “posibilidad de debilitamiento del sistema feudal, y consecuentemente del desarrollo del proceso capitalista y de la sociedad burguesa”<sup>57</sup> fueron el fruto pleno e histórico de la guerra de Independencia hispanoamericana. Aunque de un modo algo indirecto, uno infiere que falta aquí la opinión que tienen los autores sobre la discusión actual en torno a este problema: ¿hasta qué punto la lucha por la libertad de Latinoamérica poseyó el carácter de una revolución

52 Alperovich, Ermolaiev, Lavretskii, Semenov, “Sobre la guerra de Independencia...”, p. 61 y s.

53 *Ibidem*, p. 67.

54 M. Kossok, “Kolonial bürgertum und Revolution...”, p. 231.

55 Alperovich, Ermolaiev, Lavretskii, Semenov, “Sobre la guerra de Independencia...”, p. 70.

56 En el mismo sentido C. Pastore, *La lucha por la tierra en el Paraguay. Proceso histórico y legislativo*, Montevideo, 1949.

57 Alperovich, Ermolaiev, Lavretskii, Semenov, “Sobre la guerra de Independencia...”, p. 71.

burguesa? Puesto que por el lado marxista (Foster) así como por el de los sociólogos burgueses (Icaza, Tigerino, Gil Munilla, Basadre, etcétera), las diversas declaraciones resolutorias están aún pendientes de discusión, para responder a esta cuestión básica sería necesario determinar todavía más claramente que lo ha sido hasta ahora el punto de vista marxista.

N. N. Bolchovitinov<sup>58</sup> examina un importante aspecto internacional relacionado con la emancipación hispanoamericana. Refiriéndose al peligro que haya representado para América la probable intervención de la Santa Alianza, el autor pone en duda dicho riesgo y, en resumen, nos presenta un esquema de lo que él llama la “prehistoria de la Doctrina Monroe”. Bolchovitinov logra completar valiosamente con originales rusos inéditos las ya conocidas colecciones documentales de material diplomático norteamericano, inglés, español, francés y ruso (Whitaker, Webster, Manning, Robertson, etcétera). El autor sustenta el punto de vista de que por lo que toca al “designio principal” intentado, la Santa Alianza no disponía en el año “crítico” de 1823 de suficiente material ni de fuertes medios políticos, y de que, a consecuencia de ello, el gobierno norteamericano pudo valorar la real y verdadera situación de fuerza; valoración que quiso aprovechar al instante, de donde surgirían ulteriormente la “génesis y propagación de la leyenda sobre la realidad de una amenazadora intervención de la Santa Alianza”,<sup>59</sup> que respondía precisamente al interés de la postura diplomática adoptada por los angloamericanos en relación con el “interrogante sudamericano”.<sup>60</sup> Cuán poco había puesto en la cuna la muy ponderada, anticolonialista y progresista potencia de la Doctrina Monroe puede uno sopesarlo, supuesto que los Estados Unidos desde 1825, o bien desde 1828, en lugar de poner por vía de obra la liberación de Cuba,<sup>61</sup> otorgarían al momento a España<sup>62</sup> una doble garantía rusoamericana, dado que Cuba, “de acuerdo con la ley de gravitación [política], tenía que ser atraída

58 Respecto al peligro de intervención de la Santa Alianza en Latinoamérica, véase *NNI*, n. 3, 1957, p. 46-66.

59 *Ibidem*, p. 66.

60 Véase V. P. Potiemkin, *Istoriya diplomatii [Historia de la diplomacia]*, 3 v., Moscú, 1941-1945, v. 1, p. 392 y s.

61 Como guía de la expedición libertadora, Bolívar había nombrado a su compañero de armas Páez (Biblioteca Ayacucho IV, *Memorias del Gral. José Antonio Páez*, Madrid, 1918, t. 1, p. 456 y s.).

62 *DZA*, Merseburgo, AA 1. Rep. 1, n. 3005. Acta relativa a la *Propuesta de los Estados libres norteamericanos al Gobierno imperial ruso, en relación con las islas de Cuba y Puerto Rico*.

por los Estados Unidos” (J. Quincy Adams).<sup>63</sup> Animados por la lectura de este ensayo, aguardamos con gran interés la vasta monografía que sobre la Doctrina Monroe tiene ya dispuesta Bolchovitinov para la impresión.

Sobre la historia de Latinoamérica después de 1826, existen del mismo modo muchos temas que se hallan en proceso de investigación e interpretación, los cuales son igualmente actuales tanto desde el punto de vista histórico como del político. Dentro de los reconocidos puntos esenciales están, ante todo, el perfeccionamiento y la consolidación de los Estados nacionales burgueses en el periodo que sigue a la emancipación; las singularidades del desarrollo capitalista en los Estados particulares y en los grupos de Estados de Latinoamérica; las condiciones y los resultados obtenidos por la expansión política norteamericana; y finalmente el desarrollo de los movimientos anti-imperialistas, socialistas y comunistas después de la primera y de la segunda guerras mundiales, los cuales apenas si han tenido hasta ahora cabida científica en la literatura histórica burguesa. Tan importante de señalar como lo anterior es asimismo la exposición de la historia de México (la revolución democrático-burguesa de 1910), la de Chile (incremento después de 1917-1918 del movimiento revolucionario de los trabajadores) y la de Argentina (carácter político de los gobiernos de Irigoyen y Perón).<sup>64</sup>

A. M. Sorina<sup>65</sup> examina ampliamente los contradictorios aspectos internos y externos de la lucha de Cuba por la libertad (1895-1898), porque Cuba representó el punto más alto alcanzado por el movimiento anticolonial en Latinoamérica, aunque al mismo tiempo se había convertido en el más eficaz y próspero territorio de operaciones para el incipiente imperialismo del dólar.<sup>66</sup> La autora polemiza ora contra la insostenible versión hispana de la “isla siempre leal”, ya asimismo contra el intento de ver a los Estados Unidos como un platónico partero interesado únicamente en la libertad de Cuba. Apoyada Sorina en los trabajos de Ortiz, Friedlander, etcétera, y apoyada

63 H. Herring, *A History of Latin America...*, p. 339.

64 Véase *NNI*, n. 5, 1957, p. 161.

65 A. M. Sorina, “El movimiento nacional de independencia en Cuba (1895-1898)”, *UZ*, fascículo 3, 1957, p. 95-153.

66 E. S. Santovenia, *Armonías y conflictos en torno a Cuba*, México/Buenos Aires, 1956, p. 205 y s.; 247, 286 y s.

asimismo en el material contemporáneo,<sup>67</sup> maneja su tema dándole la forma de un compendio histórico, aunque sin profundizar especialmente en los puntos historiográficos aún en disputa, y sin ahondar tampoco en las causas socioeconómicas y políticas locales. No obstante que las explicaciones que da Sorina sobre Martí y otros caudillos del movimiento cubano (Máximo Gómez, Antonio Maceo) son breves, pueden muy bien servir a propósito y ser como un hilo conductor (por la clara y convincente comprobación que nos proporcionan) en la crítica de la historiografía cubana personalista. Partiendo de J. Marinello,<sup>68</sup> estudia Sorina la relación de Martí con el marxismo y con el movimiento socialista de los trabajadores. Aunque Martí admitió la necesidad de la unión, fue, no obstante, así desde el punto de vista de la teoría como desde el de la práctica revolucionaria, “un demócrata revolucionario y pequeñoburgués”.<sup>69</sup> Sobre el carácter de la intervención norteamericana observa la historiadora –de modo análogo a como lo hace el cubano E. Roig de Leuchsenring en sus interpretaciones– lo siguiente: “Los expansionistas [norte]americanos [...] tenían el propósito de aprovechar para sus propios intereses egoístas la guerra nacional de liberación del pueblo cubano, para consumir por medio de ella la derrota de España, y ahogar más tarde el movimiento de independencia a fin de ejercer el dominio norteamericano sobre la isla”.<sup>70</sup> Poniendo en práctica estos planes se logró precisamente disolver el ingenuo entusiasmo y simpatía del pueblo norteamericano (cosa que Sorina no trata) por los revolucionarios cubanos. Para el gobierno norteamericano todos los medios empleados para utilizar y hacer tributario dicho entusiasmo de su anexionismo se consideraron correctos.<sup>71</sup> El historiador L. I. Slioskin presenta una introducción sobre las causas de la guerra hispano yanqui de 1899, la cual se dirige ante todo a los lectores menos familiari-

67 La literatura esencial sobre la “cuestión cubana”, *ibidem*, p. 305-314. Véase también la obra de consulta general de P. Sánchez, *Historia de la nación cubana* (10 v., La Habana, 1952), no utilizada por Sorina.

68 J. Marinello, *Actualidad americana de José Martí*, La Habana, 1945. (Se trata en esta obra de una vasta interpretación de Martí a la luz del marxismo. Desde 1944, Marinello es jefe del Partido Socialista Cubano.)

69 Emilio Roig, *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, La Habana, 1950.

70 A. M. Sorina, “El movimiento nacional...”, p. 141.

71 Véase J. C. Appel, “The Unionization of Florida Cigarmakers and the Coming of War with Spain” [La sindicalización de los cigarreros de Florida y el comienzo de la guerra con España], *The Hispanic American Historical Review*, v. 36, 1956, p. 38-49.

zados con la materia, y en la que pone de relieve el paralelismo de la expansión norteamericana que se ejerce a la vez en Latinoamérica y en Asia.<sup>72</sup> El autor tiene verdaderamente como misión propia la de proporcionar al lector un compendio popular científico. Pero no obstante se siente obligado a tener también suficientemente en cuenta, junto con la correcta exposición específica del proceso diplomático militar, la situación política interna de Cuba, de las Filipinas, de los Estados Unidos y de España. En contra de la usual explicación sobre la pintoresca miseria, presenta Slioskin su punto de vista –aunque también sólo lo insinúa– sobre la “Generación del 98”, de la que L. M. Maiski escribe en su nueva *Historia de España* que, “a pesar de sus debilidades e insuficiencias ha representado un papel importante en la historia del pensamiento español”.<sup>73</sup> Sobre la política norteamericana en relación con la cuestión cubana hay toda una serie última de monografías y artículos, como por ejemplo el ensayo presentado por L. S. Vladimirov<sup>74</sup> a base de un breve pero en extremo rico material de estudio sobre la diplomacia de los Estados Unidos de América, cuyo valor consiste ante todo en que fueron consultadas numerosas fuentes rusas aún inéditas (Colecciones del Archivo de Política Exterior, a saber AVPR). Casi la mitad del trabajo se refiere a la preparación diplomática de esta “primera guerra imperialista, cuyo objetivo fue el nuevo reparto de un mundo ya repartido”.<sup>75</sup> De acuerdo con la opinión del autor, la guerra marcó el abierto tránsito de los Estados Unidos hacia las conquistas coloniales”.<sup>76</sup> Las inevitables referencias sumarias del historiador Vladimirov sobre las condiciones económicas, y sobre la política interna en Estados Unidos a fines del siglo XIX, orientadoras de la política exterior norteamericana, se completan detalladamente con informaciones de primera mano en la Historia

72 *La guerra hispanoanqui de 1898*, Moscú, 1956, 135 p.

73 I. M. Maiski, *Ispaniia, 1808-1917. Istoricheskii ocherk [España, 1808-1917. Compendio histórico]*, Moscú, Izdvo AN SSSR, 1957, p. 357.

74 *La diplomacia de los Estados Unidos durante el periodo de la guerra hispanoanqui*, Moscú, 1957, 255 p.

75 *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Berlín, 1950 [Edic. en español. V. I. Lenin, *Obras escogidas*, t. 1, Moscú, 1948.]

76 L. S. Vladimirov, *La diplomacia...*, p. 333. Una representación específica de la contienda hispanoanqui presenta A. A. Guber, *Filippinskaia respublika 1898 g. i. Amerikanskii imperializm [La república filipina de 1898 y el imperialismo norteamericano]*, Moscú, Ogiz, 1948.

de los Estados Unidos compuesta por L. J. Zubok.<sup>77</sup> En torno al debate siempre actual del misterioso hundimiento del crucero norteamericano *Maine*, toma la palabra A. F. Blinov y llega a la conclusión, tras el examen de las circunstancias técnicas de la explosión, de que el gobierno norteamericano ordenó la misma para hallar el pretexto necesario que le permitiese entrar en la guerra.<sup>78</sup> M. Okuneva<sup>79</sup> describe las intervenciones de 1899-1900 y de 1906-1909 como típicos ejemplos de la política colonial norteamericana, la cual, como muestra E. L. Nitoburg,<sup>80</sup> se renueva y confirma de modo fatal para Cuba durante los años de 1933 y 1934; finalmente S. Gonionskii<sup>81</sup> escribe sobre el método análogo empleado por los Estados Unidos para extender su garra sobre el istmo de Panamá.

Sobre este asunto Gonionskii ha desarrollado posteriormente un abultado estudio titulado “Historia de la revolución en Panamá”.<sup>82</sup> “El propósito que anima al historiador es explicar, a base de los hechos históricos concretos, la anexión de la zona del canal tajada a Panamá, y presentar el carácter colonialista de la política de Estados Unidos de cara a los países latinoamericanos” (p. 5). Utilizando una voluminosa literatura histórica secundaria, presenta Gonionskii la prueba de que la “revolución” de 1903 fomentada por los Estados Unidos mostró tan sólo el punto extremo de su política hostil colombiana. Por supuesto, tanto por el contenido como por el método empleado resulta insuficientemente realzada la diferencia cualitativa entre la expansión preimperialista y la imperialista. La actualidad que presenta la “Revolución” de 1903 radica, y no en último lugar, en la circunstancia bien fundamentada de que desde entonces el problema del canal se convirtió en el punto neurál-

77 *Bosquejo de historia de los Estados Unidos (1877-1918)*, Moscú, 1956, p. 202 y s.: 226 y s. El trabajo de Zubok es una prolongación temática del *Esquema de historia de los Estados Unidos (1492-1870)*, de A. V. Elimov, Moscú, 1955.

78 A. F. Blinov, “Sobre la cuestión de la responsabilidad en la explosión del buque acorazado norteamericano *Maine*”, VI, n. 12, 1953, p. 120.

79 “La intervención imperialista de USA en Cuba en los años 1899-1901 y 1906-1909”, VI, n. 6, 1951, p. 55-64.

80 “El imperialismo norteamericano en oposición al movimiento democrático de Cuba (1933-1934)”, VI, n. 6, 1956, p. 30-32.

81 “Cómo los Estados Unidos conquistaron a Panamá”, VI, n. 10, 1949.

82 *Istoriia Panamskoi “revoliutsii” [Historia de la Revolución en Panamá]*, Moscú, 1958, 187 p. Del mismo autor procede el *Anuario de 1957 sobre Latinoamérica, Anuario Internacional de Política y Economía*, Moscú, 1958, p. 470-486.

gico de las relaciones de Estados Unidos con Latinoamérica. A pesar de las numerosas declaraciones “anticolonialistas” por parte de Norteamérica, la realidad del ejercicio del poder en la Zona de Panamá se expresa en otra lengua. Aunque Gonionskii sólo presenta desgraciadamente una estrecha perspectiva del problema, subraya, con todo, que el nacimiento de Panamá fue además un acontecimiento que señaló la hora del alumbramiento o comienzo de la lucha antiimperialista del pueblo istmeño, que en 1956, bajo la impresión provocada por la agresión sobre Suez, habría de desplegar nuevas energías. “La nacionalización del canal de Suez fortaleció el movimiento que tiende al restablecimiento del derecho legal de Panamá a su canal y a la zona del mismo” (p. 164). De modo terminante, eso sí, nos indica el historiador que “la pugna del pueblo de Panamá por la reconquista de una parte de su territorio ofrece un principio integrador para la lucha de todos los pueblos de Latinoamérica por la emancipación del yugo del imperialismo” (p. 166), sin que ello signifique aproximar, detallar ni hacer suyo, no obstante, el siempre renovado movimiento latinoamericano de solidaridad sobre la cuestión del canal, cuyo conocido programa de acción fue elaborado por el APRA desde 1928.

Los historiadores soviéticos dirigen su atención a la historia de México, y sobre todo a la etapa de su revolución democrático-burguesa (1910-1917), por el influjo efficacísimo y duradero que ejerció y ejerce ésta en la América Latina. En verdad faltan todavía trabajos extensos;<sup>83</sup> pero no obstante los principios esenciales han quedado ya establecidos:

B. T. Rudenko, de cuya pluma ha surgido el prólogo más notable añadido a la historia de México del historiador norteamericano H. B. Parkes,<sup>84</sup> publicada en Moscú en 1949, presenta en el mismo un bosquejo de la complicada situación económica y política de México en vísperas de la revolución de 1910.<sup>85</sup> En este bosquejo se exceptúa una serie de importantes problemas, que quedan así reservados para una discusión más profunda: por ejemplo, las peculiaridades de la política agraria en la época de Díaz; el problema indígena; la desigualdad en el desarrollo económico-político de las tierras costeras y las del interior; los comienzos del movimiento obrero mexicano, etcétera.

83 A. Volski dio ya una visión general en su *Historia de la Revolución mexicana*, Moscú/Leningrado, 1925.

84 *History of Mexico*, Nueva York, 1940. (Trad. rusa, Moscú, 1949.)

85 “Sobre la situación económica y política de México en vísperas de la revolución democrático-burguesa de 1910-1917”, *UZ*, fasc. 1, 1955, p. 171-243.

Sin embargo, hace ya mucho que debería haberse abierto una discusión fundamental en torno a la valoración del porfirismo desde el punto de vista marxista, dado que el porfirismo “consumó la transformación de México en un país semicolonial”.<sup>86</sup> La política reaccionaria interior y exterior de Díaz –de esta suerte suena la tesis principal de Rudenko– “respondía a los intereses de la burguesía extranjera y a los de los mexicanos propietarios de la tierra”. Con tal política, como ha explicado N. M. Lavrov en un estudio sobre la revolución, se abonaba el terreno para una inseparable vinculación de elementos antif feudales y antiimperialistas, los cuales constituyeron en la Revolución mexicana un frente de combate.<sup>87</sup> Partiendo de aquí, M. S. Alperovich aborda el tema de la guerra civil mexicana (1914-1916) y de la política de Estados Unidos.<sup>88</sup> El autor analiza la cuestión agraria considerándola como el problema social nuclear de la revolución, y deriva de este hecho la polarización, por una parte, de la burguesía nacional y de los propietarios liberales de tierras agrupados en torno a Carranza, y por la otra la de Villa y Zapata con sus campesinos revolucionarios. Al plantearnos en su estudio dicha situación, Alperovich hace caso omiso, no obstante las significativas discrepancias políticas habidas entre los bandos, de las diferencias básicas de clase dentro de los movimientos encabezados por Villa y Zapata.

La ruptura de Carranza con Villa y Zapata fue el resultado, por un lado, de la negativa del primero frente a las necesidades de las masas del pueblo, y especialmente frente a las exigencias campesinas, y por el otro de su impotencia y desgana para resolver los problemas de la revolución democrático-burguesa. Los partidarios de Carranza, que reflejaban los intereses de los propietarios liberales de tierras y los de la burguesía nacional, que dadas las condiciones de México, por aquel entonces, estaba ligada a los problemas (del campo), no podían ni deseaban avanzar en la solución revolucionaria de la cuestión agraria y rehusaban las demandas del campesinado”.<sup>89</sup>

86 V. M. Mirosevskii, *Historia moderna de los países coloniales y dependientes*, t. I, p. 747.

87 “La cuestión agraria en la Revolución mexicana de 1910-1917”, VI, n. 4, 1949, p. 45-61.

88 “La guerra civil mexicana (1914-1916) y la política de los Estados Unidos”, UZ, fasc. 3, 1957, p. 288-353. Un trabajo preparatorio de éste fue el estudio “Sobre la política imperialista de los Estados Unidos en México (1913-1914)”, VI, n. 5, 1950, p. 100-114.

89 M. S. Alperovich, “La guerra civil mexicana...”, p. 297.

A las reiteradas medidas político-militares del gobierno de Carranza contra el movimiento campesino revolucionario, hay que sumar, nos cuenta Alperovich, el intento de terminar con el proletariado que se encontraba aún en su fase objetiva-subjetiva de inconfirmación o inestabilidad.<sup>90</sup> La orientación parcialmente antiimperialista de la política económica de Carranza, que el historiador soviético no hace especialmente destacar, la cual se redujo en muchos aspectos a utilizar la oposición existente entre norteamericanos, ingleses y holandeses, fue considerada ante todo por la industria petrolera yanqui como una amenaza a sus intereses, los cuales –aunque opuestos a la actitud “pacifista” y “neutral” de [l] [presidente] Wilson– fueron hechos valederos tras el acreditado ejemplo de una descarada intervención; con el resultado ciertamente de que –así lo mostró la situación de 1917– una vez liquidado el movimiento antifeudal, “la lucha antiimperialista de la nación mexicana obtuvo esencialmente un triunfo”.<sup>91</sup> En lo sucesivo el famoso artículo 27 marcaría el punto neurálgico en las relaciones mexicano-norteamericanas, de cuyas peripecias y vicisitudes durante los años de 1920 a 1939 se ocupa L. I. Zubok.<sup>92</sup> “La larga lucha diplomática entre México y los Estados Unidos acabó en un compromiso, que en cierto modo ofreció a la vista la victoria de las ideas progresistas de México y de su jefe.”<sup>93</sup> La paulatina obstrucción granburguesa que ha encontrado la Revolución mexicana bajo los seguidores del general Cárdenas desplazó ciertamente de modo sensible el fiel de la balanza a favor de Norteamérica.<sup>94</sup> E. L. Sifrin<sup>95</sup> examina las múltiples consecuencias económicas y políticas que resignan y obligan a México a ser el “objetivo inmediato de la agresión por parte de Estados Unidos”. El autor esquematiza la concepción estratégica totalizadora de la política norteamericana desde 1945 frente a los “vecinos sureños”, con especial consideración la relativa a

90 *Ibidem*, p. 304 y s.

91 Véase la *Constitución política de los Estados Unidos Mexicanos con sus adiciones y reformas. Texto vigente*, México, 1957.

92 “Sobre la historia de las relaciones mexicano-norteamericanas de 1920 a 1939”, VI, n. 10, 1946, p. 61-80.

93 Véase en Herring, *A History of Latin America...*, cap. 25: “Mexico Turns to the Right” [México se inclina a la derecha], 1940, p. 384 y s.

94 *Ibidem*, p. 80.

95 E. L. Sifrin, *La expansión del imperialismo norteamericano en México después de la guerra mundial*, Moscú, 1952, 324 p.

México.<sup>96</sup> A base de una detallada documentación estadística analiza claramente el fenómeno de la independencia de la industria mexicana del monopolio norteamericano, e instruye sobre el influjo de esta intrusión económica en la estructura social del país.<sup>97</sup> Además de esto, el historiador presenta una detallada y progresiva valuación de la reciprocidad existente entre la revolución industrial y la revolución agraria: “La marcha de la reforma agraria en México fue un reflejo de los hechos, puesto que la hegemonía no la poseía el proletariado, sino la burguesía nacional inclinada al compromiso.<sup>98</sup> En verdad, y gracias al incisivo gobierno de [ ] [presidente] Cárdenas (1934-1940), México cuenta con la estructura agraria más favorable de toda Latinoamérica;<sup>99</sup> empero todavía hay que incluir –como Sifrin terminantemente expone–<sup>100</sup> en el orden del día referente a la lucha por la libertad económica y política, las preguntas básicas de la revolución democrático-burguesa”.

Por esta exigencia, son asimismo determinadas las vastas posiciones de la historiografía mexicana moderna, cuyas publicaciones sobre el tema especial de las relaciones mexicano-norteamericanas han sido objeto nuevamente de un juicio crítico por parte del historiador M. S. Alperovich.<sup>101</sup> El autor confronta primeramente las obras norteamericanas más conocidas de L. M. Smith, de J. F. Rippey y de H. F. Cline (las cuales presentan con mayor o menor gravamen histórico los fundamentos de la política oficial exterior de Norteamérica) con el punto de vista mexicano contrario. Con la explicación y crítica de los conceptos de Carreño, Fuentes Díaz, Cue Cánovas, Espinosa de los Reyes, Castellanos, Germán Parra y otros, el historiador soviético Alperovich concentra su atención sobre los círculos problemáticos más importantes, tales como la actitud de Estados Unidos respecto al movimiento de independencia (1810-1821); la guerra de anexión de 1846 a 1848; las negociaciones para el

96 *Ibidem*, p. 3-33.

97 *Ibidem*, p. 131 y s.

98 *Ibidem*, p. 181.

99 La proporción de campesinos en posesión de tierras alcanza el 14%; en Chile el 15.7%, en tanto que, por regla general, monta acaso al 4 o al 5% (compárense estos datos en la obra de M. Mejía Fernández, *El problema del trabajo forzoso en la América Latina*, México, 1956).

100 E. L. Sifrin, *La expansión del imperialismo...*, p. 215 y s.

101 “La historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos en la historiografía mexicana de Postguerra”, VI, n. 3, 1958, p. 171-183. [Edic. española, traducción A. Méndez García y A. Martínez Verdugo, México, Edit. Insurgentes, 1960.]

proyecto de un canal en el istmo de Tehuantepec; la política mexicana de los Estados Unidos en la época porfirista; la actitud de Norteamérica durante la revolución (1910-1917), “una de las etapas más importantes en el desarrollo de las relaciones entre los Estados Unidos y México”;<sup>102</sup> y finalmente la valoración de la época más reciente y el estudio –a base de la prolija valoración de Germán Parra–<sup>103</sup> de la polémica en torno al proceso de la industrialización, discusión que si en México ha llegado a situarse en un primer plano de atención ello se debe únicamente a sus fundamentos económicos. “La tendencia que tiene por objetivo la ilustración y el aquilatamiento de las relaciones entre México y los Estados Unidos”<sup>104</sup> es, de acuerdo con el autor y no obstante las diferencias metódicas, la señal distintiva que caracteriza a la historiografía mexicana dedicada a este tema.

B. L. Koval enfoca su atención a la historia reciente del Brasil, que hasta ahora había sido poco atendida por la historiografía soviética.<sup>105</sup> El autor repara en el tema de la lucha de clases en la etapa de la crisis económica mundial (1929-1933), y la presenta como la génesis del régimen de [l] [presidente] Vargas. La mayor parte de los historiadores burgueses juzga la revolución de octubre de 1936 por los superficiales aspectos políticos de la misma;<sup>106</sup> la imagen de [l] [presidente] Vargas que dibujan los historiadores y publicistas progresistas fluctúa también grande y gravemente.<sup>107</sup> El autor, junto con las diversas páginas que dedica a la crítica situación económica, al levantamiento general del movimiento de las masas y a los primeros éxitos del partido comunista brasileño fundado en 1922, se refiere ante todo a la

102 *Ibidem*, p. 179.

103 Germán Parra, *La industrialización de México*, México, Imprenta Universitaria, 1951.

104 M. S. Alperovich, “La historia de las relaciones entre México...”, p. 183.

105 “La lucha de clases en el Brasil durante el periodo de la crisis económica mundial (1929-1933)”, *NNI*, n. 1, 1958, p. 35-55.

106 Una bibliografía sobre los trabajos más importantes en Austin F. MacDonald, *Latin American Politics and Government*, Nueva York, T.Y. Crowell, 1949, p. 141 y s.

107 Véase en A. Bastos, *Prestes e a revolução social*, Río de Janeiro, Calvino, 1946; A. J. Dubra, “Apuntes sobre Brasil”, *Nuestro Tiempo*, Montevideo, n. 5, 1957, p. 15 y s.; véase también J. Lambert, *Le Brésil. Structures sociales et institutions politiques*, París, A. Colin, 1953, p. 144 y s.; y Ch. Morazé, *Les trois âges du Brésil. Essai politique [Las tres edades del Brasil. Ensayo político]*, París, Armand Colin, 1954 (Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 51), p. 110 y s.

significación e importancia del “tenentismo”<sup>108</sup> en la victoria de la denominada Alianza Liberal bajo la presidencia de Tertulio Vargas. Durante la minoría revolucionaria y democrática de los tenentistas dirigidos por Prestes se unificó el movimiento socialista proletario, y se aproximó y cerró filas la mayoría liberal (bajo Tavora) que estaba en oposición a [l] [presidente] Vargas. “Esta circunstancia posibilitó a [l] [presidente] Vargas aprovechar y arrastrar a su lado a las masas”.<sup>109</sup> Con esto quedó preparado el terreno para la fundación del “Estado Novo” –que por su antigüedad y demagogia antiimperialista es comparable con la dictadura de Perón–, el cual no revolvió de raíz el orden existente. Mas parece ser que el historiador Koval se ha fijado muy poco en la heterogeneidad que presentaban los fundamentos clasistas del régimen de [l] [presidente] Vargas, fuera de que desde 1945 se produjo una temporal reorientación del sistema, amén de la preparación de una cierta tendencia antiimperialista, que sigue obrando hasta el presente asociada al Partido Trabalhista.

Sobre los problemas especiales que ofrece Chile después de la guerra se ocupa un artículo escrito por el historiador E. V. Kopnov.<sup>110</sup> Fundado en el panorama que presenta la influencia extranjera (particularmente la norteamericana) desde el punto de vista económico, que se basa en la concentración de la industria y de la agricultura, así como en la situación de las masas del pueblo campesino y proletario, bosqueja Kopnov su estudio sobre la creciente agudización de la lucha de clases en Chile y, con ella, sobre la conexas diferenciación en la proporción de las fuerzas políticas internas. El autor relata los alentadores resultados conseguidos por los trabajadores chilenos en el restablecimiento de la unidad de acción, sobre todo en el sector obrero sindicalista (1953: *Central Única de Trabajadores de Chile*);<sup>111</sup> se refiere asimismo al papel del Partido Comunista chileno, que actualmente es uno de los más importantes partidos comunistas de la América Latina, cuya técnica y estrategia sirven de ejemplo para los demás partidos hermanos.

108 Según el estado actual de la investigación, véase asimismo en R. J. Alexander, “Brazilian ‘Tenentismo’”, *The Hispanic American Historical Review*, v. 36, 1956, p. 229-242.

109 B. I. Koval, “La lucha de clases en el Brasil...”, p. 46.

110 “La lucha nacional de liberación del pueblo chileno después de la Segunda Guerra Mundial (1945-1955)”, *NNI*, n. 1, 1957, p. 112-134.

111 E. María Lahmeyer Lobo, *Análises do panorama político de 1956*, Río de Janeiro, 1957, p. 40 y s.

A comienzos de 1957 el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de América, del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la URSS, organizó un “Seminario sobre la historia del movimiento obrero americano”,<sup>112</sup> con el objeto de intensificar más de lo que hasta el presente se ha hecho en las investigaciones sobre dicho tema.<sup>113</sup> Mientras tanto ha tenido lugar una vasta conferencia sobre la “Historia de la propagación del marxismo en América” (Moscú, mayo de 1958).<sup>114</sup> La principal ponencia sobre Latinoamérica, que se espera sea publicada pronto, fue mantenida por V. I. Ermolaiev. El ponente se remontó hasta los orígenes de la propagación del socialismo científico (propagación iniciada principalmente a través de inmigrantes europeos), que corresponden a la primera mitad del siglo XIX, y llamó la atención sobre otros hechos asimismo poco conocidos, como la publicación en Santiago de Chile (1854) del trabajo de Marx, *La miseria de la filosofía*, o la aparición, un poco más tarde, en Argentina y Cuba del *Manifiesto comunista*. El historiador Ermolaiev aprecia pormenorizadamente y en su justo valor la influencia de la Primera Internacional y del movimiento marxista en la Argentina, Uruguay, Chile, México y Cuba.

En relación con la historia del movimiento obrero existe ya toda una serie de principales e importantes publicaciones:

V. I. Ermolaiev<sup>115</sup> examina el movilizante impulso que ejerció la Revolución de Octubre sobre la América Latina, y lo que lo lleva a tal examen es el ejemplo que le procuran las luchas sociales y políticas de la Argentina.<sup>116</sup>

El movimiento del proletariado argentino, que fue en aumento a raíz del desafío provocado por el establecimiento del poder soviético,<sup>117</sup> culminó en el año de 1917, y pudo incluso no ser ahogado a pesar de los sucesos de la “Sangrienta Semana Trágica” (enero de 1919). El persistente eco que ocasionaban los acontecimientos rusos entre los políticos e intelectuales progresistas

112 Véase la comunicación en *NNI*, n. 1, 1957, p. 35.

113 A. M. Sorina lo refiere en el “Proceso de formación de la clase trabajadora en los países de Latinoamérica”. B. J. Koval lo trata en “Origen de la clase trabajadora en el Brasil”. Otras relaciones se refieren al Canadá y a los Estados Unidos.

114 Informe en *NNI*, n. 5, 1958, p. 182.

115 “El incremento de la lucha de la clase trabajadora en la Argentina (1918-1922)”, *VI*, n. 11, 1952, p. 67-89.

116 Véase el *Bosquejo de la historia del Partido Comunista de La Argentina*, Buenos Aires, 1947.

117 V. I. Ermolaiev, *Los movimientos libertarios...*, p. 81.

de Latinoamérica<sup>118</sup> es igualmente motivo de la atención de Ermolaiev,<sup>119</sup> en un extenso artículo en el que estudia minuciosamente a la Argentina (Valle Ibarlucea, José Ingenieros), al Brasil (Lima Barreto, Octavio Brandao), a Chile (Luis E. Recabarren), al Perú (José C. Mariátegui) y a México (Emiliano Zapata).<sup>120</sup> De la pluma del mismo autor procede asimismo su aporte, aparecido en el último volumen de la colección de sus escritos, al tema que se refiere a la importancia internacional de la gran Revolución de Octubre.<sup>121</sup> En este trabajo Ermolaiev concentra en un sucinto compendio los acontecimientos notables de la Argentina (p. 496 y s.), los de México (p. 513 y s.), los de Chile (p. 522 y s.) y los del Brasil (p. 531 y s.).

S. L. Semenov y A. F. Sulgovskii<sup>122</sup> se interesan por uno de los más importantes y actuales dilemas de la historia contemporánea del Perú. Los autores, apoyándose en las publicaciones de los marxistas latinoamericanos (J. del Prado, A. Posadas, C. Todoy Urrutia, R. Martínez de la Torre, etcétera) y en las dos clásicas obras de Mariátegui,<sup>123</sup> discuten sobre la participación de este último en el nacimiento del Partido Comunista peruano. Mariátegui (1895-1930) forma parte de los grandes revolucionarios de la América Latina; mas su obra histórica precisa aún de una justipreciación científica. A cuenta de su primordial coincidencia con Raúl Haya de la Torre, ha sido considerado Mariátegui más de una vez como el ideólogo del aprismo;<sup>124</sup> una interpretación

118 C. M. Rama, *Ensayo de sociología uruguaya*, Montevideo, 1957 (cap. 9, p. 213 y s.).

119 "Personajes progresistas de Latinoamérica, en relación con la Gran Revolución Socialista de Octubre", *NNI*, n. 4, 1957, p. 158-174.

120 Sobre México, consúltese el breve escrito del secretario general del Partido Comunista Mexicano, D. Encina, *La influencia de la revolución socialista de octubre en el desarrollo del movimiento revolucionario de México*, Moscú, 1957, 30 p.

121 V. I. Ermolaiev, "El auge del movimiento revolucionario en Latinoamérica (1918-1923)", en *La importancia internacional de la Gran Revolución Socialista de Octubre*, edición de M. A. Birman, B. N. Koilov, N. M. Lavrov, L. V. Pozdeeva, E. J. Rubinstein e I. A. Chrenov, Moscú, 1958, v. 1, 542 p., p. 495-540.

122 "El papel de José Carlos Mariátegui en la fundación del PC del Perú", *NNI*, n. 5, 1957, p. 63-84.

123 *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, 1928 (las ediciones posteriores fueron "purgadas" por la censura); *Defensa del marxismo*, Santiago de Chile, 1931.

124 Véase R. E. McNicoll, "Intellectual Origins of Aprism", *The Hispanic American Historical Review*, v. 23 (19-13), p. 432 y s. Sobre bibliografía: H. Kantor, *Sources for the Study of the Peruvian Aprista Movement*, Gainesville (Florida), University of Florida Libraries, 1955.

deficiente que –como los autores arriba citados demuestran, presentando como ejemplo las publicaciones de V. M. Mirosevskii<sup>125</sup> y otros– ha sido incluso aceptada varias veces por autores marxistas. Rompiendo lanzas a favor de su interpretación, los dos historiadores distinguen terminantemente la temporal y parcial cooperación que existió entre Haya de la Torre y Mariátegui, de la “subsiguiente lucha por la alianza del socialismo con el movimiento de los trabajadores en el Perú”, la cual sería más tarde dirigida por Mariátegui. “El fecundo tratamiento que él dio –prosiguen los historiadores– a la cuestión del papel representado por los indios en el proceso histórico fue una parte importante de su valiosa contribución al desarrollo de la teoría marxista-leninista dentro de las condiciones concretas que presentaba el Perú.”<sup>126</sup>

M. V. Danilevich<sup>127</sup> hace el intento de proporcionar una vasta imagen o cuadro total de la situación de la América Latina y de la lucha que sostiene en ésta la clase trabajadora. El historiador ha empleado para redactar su obra la rica colección de materiales existente en el Instituto de Economía y en la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. Con su análisis comparativo de todo el movimiento obrero latinoamericano, se ha impuesto ciertamente el autor una tarea cuya solución marxista, tras la situación actual que presentan los trabajos preparatorios, sobrepasa con mucho las fuerzas de un solo historiador. Por esta razón el trabajo acusa toda una serie de capitales debilidades,<sup>128</sup> y resulta por ello mismo incluso desigualmente valioso en sus partes diversas. Preliminarmente el autor se refiere a la hegemónica situación económica y militar de Estados Unidos;<sup>129</sup> en posteriores capítulos trata de la estructura social, del proceso por el que transcurre la absoluta y relativa depauperación del proletariado urbano y rural, así como de la historia del comienzo y posterior desarrollo del movimiento obrero en las distintas formas de organización.<sup>130</sup> Un capítulo especial está consagrado –aunque la

125 “La ambición de popularidad en el Perú”, *Istoriik-Marksist [El Historiador Marxista]*, n. 4, 1935.

126 Semenov, Sulgovski, “El papel de José Carlos Mariátegui...”, p. 33.

127 *Situación y lucha de la clase trabajadora en los países de Latinoamérica*, Moscú, 1953, 383 p.

128 Véase la recensión extremadamente crítica de V. I. Ermolaiev, S. I. Semenov y A. Sivolobov, *Kommunist*, n. 7, 1954, p. 120 y s.

129 M. V. Danilevich, “Situación y lucha de la clase trabajadora...”, p. 17 y s.

130 *Ibidem*, p. 163, 218 y s.

exposición resulta poco satisfactoria— a la historia de los partidos comunistas en los diferentes países latinoamericanos;<sup>131</sup> además de esto, Danilevich bosqueja de modo apretado el desarrollo del movimiento antifeudal y antiimperialista a partir de 1945.

Definitivos siguen siendo todavía algunos trabajos, los cuales se ocupan lo mismo de la política contemporánea de los Estados Unidos contra la América Latina que del constante progreso que experimenta la lucha social y nacional por la libertad en medio continente.

El historiador ya mencionado L. J. Zubok,<sup>132</sup> uno de los especialistas de primera categoría sobre el territorio de la historia americana, ha presentado en 1948 una obra que trata de la política estadounidense en el espacio integral del Caribe (incluyendo a México). Utilizando las fuentes más antiguas y la literatura histórica secundaria,<sup>133</sup> examina Zubok los diversos métodos empleados por la expansión norteamericana, la cual hizo suya la renovada doctrina panamericana de Monroe, que va desde la intervención organizada hasta el establecimiento de los tributarios y distantes regímenes de títeres. Temas a los que se reserva un capítulo especial son, por ejemplo, el que se refiere a la situación que guarda el capital norteamericano en México; el que presenta la lucha habida en torno al petróleo mexicano; el que relata los zarrazos dados sobre Panamá, Cuba y Haití, así como el que investiga los fondos de las conferencias panamericanas, y el sentido de la “política de buena vecindad” inaugurada en 1927, que el historiador interpreta no como una pretendida “nueva era en las relaciones panamericanas”, sino como la táctica indispensable que permitiría la reorientación de la política norteamericana con vista a las imperantes condiciones internas y externas.<sup>134</sup> L. I. Slioskin se ocupa asimismo con el tan traído y llevado nuevo orden de la política exterior norteamericana durante los años de 1929-1933.<sup>135</sup> El autor concentra particularmente su atención sobre la oposición angloamericana que tuvo lugar en

131 *Ibidem*, p. 278 y s.

132 *La política imperialista de los Estados Unidos en los países del Caribe (1900-1939)*, Moscú/Leningrado, 1948, 520 p.

133 Bibliografía, *ibidem*, p. 492-517.

134 *Ibidem*, p. 425, 467 y s. Véase también Foster, *Abriß der politischen...*, p. 672.

135 L. I. Slioskin, *La política de los Estados Unidos en Sudamérica (1929-1933)*, Moscú, 1956, 303 p.

Sudamérica,<sup>136</sup> y sobre la gradual profundización que fue adquiriendo durante la crisis económica mundial; se interesa también Slioskin por el incremento que ha experimentado el movimiento antifeudal y antiimperialista en las naciones latinoamericanas más importantes,<sup>137</sup> y analiza, por último, el trasfondo internacional de la guerra de los años treinta (guerra del Chaco, etcétera).<sup>138</sup>

A la serie redactada por M. J. Rubinstein y publicada por el Instituto de Economía de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, pertenece también una monografía de M. Grechev sobre la expansión de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial.<sup>139</sup> La monografía informa en primer lugar acerca de los datos esenciales “de la historia de la expansión de los Estados Unidos en Latinoamérica”,<sup>140</sup> y partiendo de esto se amplía la explicación sobre las formas y el volumen del influjo económico de Norteamérica (entre aquéllas el control de mercados, inversiones, créditos y empréstitos). Tanto en el propio texto como en el apéndice ofrece Grechev un verdadero despliegue de documentos estadísticos.<sup>141</sup> Con parecida prolijidad trata el autor el asunto de la influencia estadounidense en la política interna de los diferentes Estados situados al sur del río Grande [Bravo].<sup>142</sup> El metódico y cronográfico compendio alcanza hasta el derrocamiento de la revolución democrático-burguesa en Guatemala (junio de 1954), cuya antiimperialista resistencia, según las palabras del ministro de Relaciones Exteriores Guillermo Toriello, se ha convertido en el “símbolo de América”.<sup>143</sup> Un singular capítulo consagra Grechev a la crítica del panamericanismo como instrumento de expansión e intervención en los asuntos internos de los Estados americanos.<sup>144</sup> El autor

136 Véase L. I. Slioskin, “Sobre la historia de la oposición anglonorteamericana en Sudamérica (1931-1932)”, VI, n. 9, 1953, p. 38-58. L. I. Slioskin, *La política...*, p. 195 y s.

137 L. I. Slioskin, *La política...*, p. 195 y s.

138 *Ibidem*, p. 220 y s.

139 M. Grechev, *Imperialisticheskaïâ`ekspansiã`SSHA. v stranakh Latinskoï`Ameriki posle Vtoroï`Mirovoï`voïny* [La expansión imperialista de los Estados Unidos en los países de Latinoamérica después de la Segunda Guerra Mundial], Moscú, Izd-vo Akademii nauk SSSR, 1954, 263 p.

140 *Ibidem*, p. 3-31.

141 *Ibidem*, “Suplemento estadístico”, p. 248-261.

142 *Ibidem*, p. 108 y s.

143 G. Toriello, *La batalla de Guatemala*, México, 1955, p. 5-22. (Traducción rusa, Moscú, 1956, con un prólogo de A. Sulgovski.)

144 M. Grechev, *Imperialisticheskaïâ...*, p. 140 y s.

traza a grandes rasgos el nacimiento y el desarrollo de la idea del panamericanismo desde Bolívar a nuestros días, y pone de relieve que las tradiciones de la emancipación colonial a partir del siglo XIX no muestran ningún género de congruencia con la propaganda oficiosa sobre la unidad del hemisferio occidental. Antes bien, hay que admitir que la reanimación de la conciencia revolucionaria de solidaridad –como lo muestra justamente el caso de Guatemala– ha dado nuevas energías al movimiento antiimperialista.<sup>145</sup> Como una especial versión del panamericanismo, define Grechev la “política de buena vecindad”: expresión que pone de manifiesto la situación de crisis que sufría Norteamérica a comienzos de los años treinta; que manifiesta asimismo el esfuerzo realizado para restringir la influencia de otra gran potencia (la Alemania de Hitler principalmente); pero que es hija también de la necesidad de admitir ciertas concesiones en vista del progresista movimiento nacional latinoamericano.

La teoría y la práctica de la multicitada política de “buena vecindad” la ilustra acertadamente el historiador ruso con el ejemplo que proporcionan los procesos internos que cimentaron la subida al poder de los Trujillos, los Somozas y los otros dictadores de semejante calaña. Con los problemas de la América Latina se halla el autor menos familiarizado; mas los lectores interesados en la historia y en la política tienen ya a su disposición el voluminoso manual<sup>146</sup> publicado en 1949, que ofrece datos específicos sobre la economía, la historia, la política, la reconstrucción del Estado y la cultura de todos los países latinoamericanos. En forma abreviada existe también un compendio geográfico e histórico-político de A. Volkov.<sup>147</sup> La situación de Latinoamérica después de la guerra constituye además el tema central de una nueva colección prologada y publicada en un solo volumen por el sabio M. J. Rubinstein.<sup>148</sup> Junto con él, colaboraron en dicho tomo otros autores que ya hemos mencionado con anterioridad: M. Grechev (“Expansión económica de los EEUU: panamericanismo”), E. G. Sifrin (“México”), V. I. Ermolaiev (“La Argentina

145 Sobre la crisis del panamericanismo semioficial, véase M. Antiasov y A. Glinkin, *Mezh-dunarodnaia Zhisa [Vida Internacional]*, n. 12, 1957, p. 93-105; R. J. Dupuy, *Le nouveau panaméricanisme [El nuevo panamericanismo]*, París, A. Pedone, 1956.

146 *Los países de Latinoamérica*, edición de F. N. Petrov, Moscú, 1949, 959 p.

147 *Latinskaya America [Latinoamérica]*, Moscú, Voennoe Izdatel'stvo, 1948, 144 p.

148 *Los pueblos latinoamericanos en lucha contra el imperialismo norteamericano*, Moscú, 1951, 461 p.

bajo Perón”), M. V. Danilevich (“El problema agrario”); además aportaron su contribución escrita M. J. Lasarev (“Política militar”), O. G. Klesmet (“El Brasil bajo Vargas”), A. J. Sencova (“El régimen de Batista en Cuba”), así como A. V. Grishanina (“La lucha social y política del proletariado”). Una visión panorámica del movimiento social y nacional de la América Latina, que tiene como fondo la crisis general del colonialismo,<sup>149</sup> es la que presenta un artículo último de M. V. Danilevich sobre la historia de Latinoamérica de 1945 a 1952. Abstracción hecha del obligado límite material de dicho artículo, su aporte corresponde en concepción y construcción a la obra indicada líneas arriba relativa a la lucha de la clase trabajadora latinoamericana.

Desde el punto de vista general o total, el latinoamericanismo soviético se encuentra aún, de acuerdo con las palabras de sus conspicuos representantes, en los comienzos; he aquí, pues, la razón por la que hay que establecer sus bases. Empero muchos de los trabajos preparatorios realizados en grande o pequeña escala permiten ya entrever que el extenso programa de trabajo va siendo sistemáticamente realizado, y que por eso mismo se cumple también por este lado, y de modo conveniente, con el “creador tratamiento” que el historiador debe dar “a la historia moderna y contemporánea”.<sup>150</sup>

149 *La profundidad de la crisis del sistema colonial imperialista después de la Segunda Guerra Mundial*, edición de V. A. Maslennikov, Moscú, 1953, 607 p. (Artículo de M. V. Danilevich, “Los pueblos latinoamericanos en lucha por la independencia, la democracia y la libertad”, p. 458-540.)

150 Artículo de la redacción sobre las tareas históricas de la revista *Noveia i Noveishaia Istoriiia* [*Historia Moderna y Contemporánea*], *NNI*, n. 1, 1957, p. 3 y s.



## II

83

# Un análisis crítico de la *Hispanic American Historical Review* (1956-1958)

I. R. Lavretskii\*

\* Entre las publicaciones del profesor Lavretskii están las siguientes: “Katolicheskoie du jovenstvo v Ispanskoj, 16-18 vekov” [El clero católico en Hispanoamérica, siglos XVI-XVIII], *Voprosy Istorii* [Problemas de la Historia] (diciembre 1955), n. 21, p. 101-112; “Krizis v Katolicheskom” [Crisis en el mundo católico], *Voprosy Istorii. Religii i Ateizma* [Problemas de la Historia. Religión



y *Ateísmo*], n. 4 (1956), p. 55-87; M. S. Alperovich, V. I. Ermolaiev, I. R. Lavretskii y S. I. Semenov, “Ob osvoboditelnoi voine ispanskij Kolonii v Amerike, 1810-1826” [Sobre la guerra de liberación de las colonias españolas de América, 1810-1826], *Voprosy Istorii [Problemas de la Historia]*, n. 11 (noviembre 1956), p. 3-16; *Vatikan: religuiia, financy i politika [El Vaticano: religión, finanzas y política]* (Moscú, 1957), 333 p.; “Reaktsionnaia rol Klerikalizma v sovremennoi istorii Italii” [El papel reaccionario del clericalismo en la historia contemporánea de Italia], *Voprosy Istorii [Problemas de la Historia]* (abril 1957), n. 4, p. 167-174; “Katolicheskaiia tserkov i gosudarstvo v Latinskoi Amerike” [La Iglesia católica y el Estado en Latinoamérica], *Voprosy Istorii. Religuii i Ateizma [Problemas de la Historia. Religión y Ateísmo]*, n. 5 (1958), p. 114-151; “Nekotorie voprosy politiki Vatikana v Afrike” [Algunos problemas de la política del Vaticano en África], *Voprosy Istorii. Religuii i Ateizma [Problemas de la Historia. Religión y Ateísmo]*, n. 6 (1958), p. 105-129; Simón Bolívar (Moscú, 1958), 100 p.; “Obzor literatury po istorii Portugalii” [Un resumen crítico de la literatura sobre la historia de Portugal] *Voprosy Istorii [Problemas de la Historia]* (junio 1958), n. 6, p. 212-219; “Chto proisjodit v neftianom” [¿Qué ocurre en El Dorado petrolero?], *Novoe Vremia [Nuevos Tiempos]*, n. 42 (octubre 1958), p. 6-8; L. I. Zubok, *Imperialisticheskaiia politika SS A v stranaj Karaibskogo basseina, 1900-1939 [La política imperialista de los Estados Unidos en el área del Caribe, 1900-1939]* (Moscú, 1948), 518 p. Reseñado por I. R. Lavretskii en *Bolshevik*, xxv, n. 9 (septiembre 1949), p. 66-72.

## Un análisis crítico de la *Hispanic American Historical Review* (1956-1958)\*

85

La *Hispanic American Historical Review* (HAHR),<sup>1</sup> que se publica en los Estados Unidos, fue fundada por dos historiadores bien conocidos, Charles E. Chapman y W. S. Robertson, especialistas en temas históricos latinoamericanos. La idea de publicar la revista surgió en 1916, por una época en que el gobierno de los Estados Unidos a la vez que conculcaba el derecho internacional y la soberanía nacional de las repúblicas latinoamericanas, emprendía una intervención armada contra sus vecinos más débiles e indefensos. [El presidente Woodrow] Wilson solicitó de la revista que influyese en la opinión pública

\* I. R. "Lavretskii, Obzor Ispano-amerikanskogo zhurnala za 1956-1958 gody", *Vo-prosy Istorii [Problemas de la Historia]*, n. 12 (diciembre 1959), p. 94-107. Traducido al inglés por J. Gregory Oswald. La traducción inglesa fue revisada por el profesor Matthew Smith, del Departamento de Lenguas Eslavas de la Universidad de Texas. Nuestra traducción, como hemos escrito en el prólogo, la hemos hecho sobre la versión inglesa indicada líneas arriba, publicada en la HAHR (XC), n. 3, agosto 1960, p. 340-360.

<sup>1</sup> *The Hispanic American Historical Review*. Publicación trimestral de la Universidad de Duke, Durham, Carolina del Norte, v. XXXVI-XXXVIII, 1956-1958.

norteamericana, orientándola en una dirección que resultase útil para los círculos rectores de los Estados Unidos.

Sin embargo la *HAHR*, cuyo primer número apareció en 1918, no tuvo éxito. De acuerdo con la opinión de los círculos influyentes la revista no era ya necesaria supuesto que la guerra mundial había terminado. Las firmas que financiaban la publicación retiraron en lo sucesivo su apoyo, y la revista dejó de existir en 1922. Su publicación fue renovada cuatro años más tarde cuando la Universidad de Duke (Durham, Carolina del Norte) aceptó asumir la responsabilidad y los gastos de la reedición. Esta universidad, como es bien sabido, se sostiene por la ayuda que le presta la familia Duke, familia de millonarios, la cual controla sociedades tan poderosas como la Duke Power Company, la Aluminium Company, la Tobacco Company de Ligget y Myer, y otras, y tiene además a su disposición grandes capitales invertidos en México y en la América Central. Esta situación explica, para decirlo con propiedad, que los Dukes gasten su dinero en la publicación de una revista que está dedicada al estudio de la historia de la América Latina.

Hasta hace poco la *HAHR* fue la única revista erudita de los Estados Unidos interesada en los problemas de Latinoamérica.<sup>2</sup>

Cerca de 2 000 ejemplares se imprimen cada trimestre, y cada edición suma de 8 a 10 pliegos. De acuerdo con una provisión especial aprobada por el editor, la revista está regentada por una junta redactora que está subordinada a un consejo de redacción. Un consejo consultivo, con la cooperación de un grupo de redactores corresponsales, inspecciona el trabajo de ambos organismos. En el consejo de redactores se encuentra un representante de la Conferencia sobre Historia Latinoamericana, correspondiente a la Asociación Histórica Americana (n. 1, 1956, p. 155).

El actual redactor en jefe de la revista es el profesor Lewis Hanke, de la Universidad de Texas, un especialista en historia de Latinoamérica. Él fue en un tiempo director de la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso, y dirigió también el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Texas. Hanke está ligado estrechamente al Departamento de Estado, que más de una vez lo ha comisionado para visitar los países de la América Latina (n. 3, 1953, p. 249). Otras distinguidas personas, tales como Howard F. Cline,

2 *The Journal of Inter-American Studies*, sobre humanidades y ciencias sociales, comenzó a publicarse en Gainesville, Florida, en 1959.

de la Biblioteca del Congreso, Robert S. Chamberlain y el jesuita John F. Bannon, profesor de la Universidad Católica de San Luis, toman parte asimismo en el trabajo del consejo editorial.

Los miembros del consejo consultivo son designados vitaliciamente por el consejo de redacción. El consejo consultivo está formado por importantes personalidades burguesas que son autoridades en el campo de Latinoamérica. Como podía esperarse encontramos en este grupo a un cierto número de especialistas que en el pasado estuvieron estrechamente relacionados con el Departamento de Estado; por ejemplo, el profesor Arthur P. Whitaker, que ha tenido una participación activa en diversas asambleas anticomunistas organizadas por las agencias propagandistas de los Estados Unidos (n. 4, 1956, p. 580).

El grupo de redactores corresponsales constaba en 1958 de dieciocho especialistas, representantes de varias doctas instituciones oficiales de Latinoamérica y de Europa, elegidos para un periodo de cinco años por el consejo de redacción, el cual delega en el redactor jefe los respectivos nombramientos. En 1958 estaban representados en este grupo los siguientes países de la América Latina: Perú, Haití, Argentina, México, Chile, Honduras, Colombia, Brasil, Venezuela y Cuba; los países europeos incluidos fueron España, Francia, Inglaterra y la República Federal Alemana.

Los directivos de la Conferencia sobre Historia Latinoamericana, un presidente, un vicepresidente y un tesorero, son escogidos anualmente y participan de modo activo en los asuntos de la revista. La conferencia agrupa a la mayor parte de los historiadores burgueses de los Estados Unidos, interesados por Latinoamérica; en 1957 sus socios eran 239 (n. 1, p. 177).

Estrechamente ligados a la revista están algunos historiadores estadounidenses bien conocidos, especialistas en asuntos de Latinoamérica, tales como: J. F. Rippey, C. H. Haring, D. T. Munro y otros. De otros países se cuentan Daniel Cosío Villegas (México), R. Konetzki (República Federal Alemana), etcétera. Una parte de la tirada es adquirida por el departamento del coordinador de Asuntos Interamericanos, anexo al Departamento de Estado, y por el Consejo Nacional de Defensa, distribuyéndose gratuitamente entre los intelectuales de los países de la América Latina.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> *Guide to the Hispanic American Historical Review, 1918-1945*, edición de Ruth Lapham Butler, Durham, Carolina del Norte, 1950, p. XIII.

La revista está dividida en secciones fijas: artículos, notas y comentarios, reseñas, informaciones y crónicas. De vez en cuando los materiales se insertan bajo los encabezados siguientes: resúmenes críticos (principalmente de orden historiográfico), bibliografía, documentos, archivología y obituarios. Cada número contiene dos o tres artículos importantes. Dos tercios del espacio de la revista están ocupados por noticias y comentarios de libros. Aproximadamente se incluyen en cada número entre setenta y ochenta reseñas de nuevos libros, cuyo contenido corresponde a los diversos campos de la historia de Latinoamérica.

En la reseña de libros y en la sección de informes los materiales están organizados como sigue: obras generales; periodo precolombino; periodo colonial (del siglo XVI al XVIII); periodo de las guerras de Independencia (desde comienzos del siglo XIX hasta 1830); y el periodo contemporáneo (de 1830 al presente). Después de esto sigue una sección bibliográfica y de obras de consulta. En la misma forma están organizados los resúmenes de las fuentes y los textos.

Las reseñas de libros que publica la revista, en la mayor parte de los casos poseen una naturaleza informativa y son esencialmente explicaciones ampliadas de las obras. La revista incluye reseñas complementarias sobre los libros escritos por clérigos y por autores clericales. La mayor parte de estas reseñas está redactada en un sosegado tono “académico”. Solamente cuando el examen crítico se realiza sobre la obra de un autor progresista pierden algunos de los críticos su habitual tono desapasionado.

Como se pone de manifiesto por la composición de la dirección de la revista y, por consiguiente, por el contenido de los artículos, la *HAHR* tiene la pretensión de representar no únicamente a la mayor y principal parte de los historiadores estadounidenses ocupados con Latinoamérica, sino también de reclamar para sí a los especialistas de otros países, quienes representan las diversas corrientes historiográficas burguesas, desde la liberal a la jesuita, incluso.

La revista publica ensayos sobre todas las facetas que presenta la historia de los países de la América Latina, dedicando una atención especial a la historia de las relaciones de los Estados Unidos con aquellos países. Sin embargo, la posición doctrinal idealista de los autores no les permite descubrir las causas reales de los fenómenos o acontecimientos sujetos al análisis.

Es necesario, no obstante, hacer notar que junto con los materiales tendenciosos, la *HARH* presenta igualmente alguna información útil y concreta

que puede ser beneficiada por nuestros historiadores. Los hechos que manejan los autores impugnan frecuentemente las conclusiones de éstos. La sección bibliográfica, que informa de los últimos trabajos sobre los estudios latinoamericanos aparecidos en inglés, español y otras lenguas, tiene cierto interés.

Algunos artículos poseen un interés especial para el investigador. Por ejemplo los de M. Rodríguez, “Dom Pedro of Braganza and Colônia do Sacramento, 1680-1705”, y “La génesis de las concepciones económicas en el Río de la Plata”; el de J. R. Spell, “Gorostiza and Texas” y este otro, “The Historical and Social Background of *El Periquillo Sarniento*” (una novela del autor mexicano J. J. Fernández de Lizardi, 1776-1827); el de James R. Scobie, “An Uneasy Triumvirate: Derqui, Mitre y Urquiza”, etcétera. En estos artículos se utilizan nuevos materiales procedentes de los archivos, y los hechos secundarios logran mayor claridad. Mas dichos artículos no representan la tendencia básica de la revista.

La orientación ideológica de la revista está determinada por aquellos artículos que se refieren a los urgentes problemas de los periodos de la historia moderna y contemporánea, especialmente el problema diario que plantea la política de los Estados Unidos en Latinoamérica. Hace poco la revista ha aumentado notablemente la publicación de materiales relativos a la historia de los países de la América Latina durante la época imperialista. Esto se halla asociado al nacimiento de los movimientos de liberación nacional y a la aparición en Latinoamérica, y en los Estados Unidos también, de ciertas obras que desenmascaran al imperialismo norteamericano.<sup>4</sup> La revista, que ignora frecuentemente estos trabajos, intenta no obstante refutar algunas de ellos.

En relación con esto la *HAHR* presta gran atención a la historia de México, América Central y la cuenca del Caribe; es a saber, a esa parte de Latinoamé-

4 Rodney Arizmendi, *Para un prontuario del dólar (al margen del Plan Truman)* (Montevideo, 1947); William Z. Foster, *Outline Political History of the Americas [Bosquejo de la historia política de las Américas]*, Nueva York, International Publishers, 1951; Herman Olden, *U. S. over Latin America [Los Estados Unidos sobre Latinoamérica]*, Nueva York, 1955; Rómulo Betancourt, *Venezuela: política y petróleo*, México/Buenos Aires, 1956; Eduardo Machado, *Las primeras agresiones del imperialismo contra Venezuela*, México, Centauro, 1957; Genaro Carnero Checa, *El águila rampante. El imperialismo yanqui sobre América Latina*, México, Ediciones Semanario Peruano, 1956; M. Gill, *Nuestros buenos vecinos*, México, Paralelo, 1957; Jaime Fuchs, *La penetración de los trusts yanquis en la Argentina*, Buenos Aires, Fundamentos, 1957; G. Selser, *El pequeño ejército loco*, Buenos Aires, 1958, y otros.

rica que los Estados Unidos han considerado siempre como una zona prohibida para la penetración de otras potencias imperialistas, en la cual el capital norteamericano opera particularmente de un modo descortés, ejerciendo diversos medios de presión que incluso llegan a la intervención armada.

Empleando un infinito número de argumentos diferentes, la mayor parte de los autores de los artículos citados líneas arriba, no obstante su disfraz de objetividad, intenta justificar las actividades de los círculos dominantes de los Estados Unidos y de los monopolios norteamericanos sobre los países de la América Latina. La filosofía de los autores se reduce, en último análisis, a la convicción de que la política latinoamericana de los Estados Unidos se ha basado siempre en razones idealísticas; aun cuando, no obstante, la política obró realmente en detrimento de los pueblos de Latinoamérica, la falla se imputa a diversas circunstancias, de las cuales no eran responsables los círculos norteamericanos dominantes.

La palabra “imperialismo” es mencionada tan sólo en las páginas de la revista, cuando se aplica al periodo precolombino (así, por ejemplo, lo hace Charles Gibson, uno de los editores de las revistas, en un artículo que se refiere a la historia del imperio de Acolhuacan, cuando habla del “imperialismo azteca”). Realmente los editores consideran como su tarea básica la vindicación del imperialismo norteamericano, aunque se abstienen de usar tal término.

La revista dedica considerable atención al periodo colonial de la América Latina. En un análisis historiográfico crítico, Bishko, que se ha consagrado a la historia de las relaciones entre España y sus colonias (n. 1, 1956), cita un gran número de trabajos sobre el tema publicados después de la Segunda Guerra Mundial.

Bishko puntualiza correctamente que las relaciones de Hispanoamérica deberían ser examinadas no solamente en el marco de la historia política y militar o de los datos biográficos, sino asimismo desde el punto de vista de lo social, religioso, económico, cultural y jurídico. No obstante asentarlos así, el autor evita en su reseña crítica una cuestión importante tal cual es la influencia de los movimientos progresistas de España sobre los acontecimientos que se producen en las colonias. Como si fuese cosa de reglamento, los “hispanistas” y los “indianistas” eluden igualmente este problema. Los primeros glorifican al régimen colonial español, la influencia del catolicismo y del oscurantismo religioso que emana de España, y los últimos rechazan todo lo español como dañoso. Empero la gente avanzada y los movimientos progresistas de

España, especialmente los movimientos antifeudales, ejercieron al mismo tiempo una significativa influencia en la lucha de liberación sostenida en Latinoamérica.

Desde una posición historiográfica liberal, Rowe, en un artículo titulado “The Incas Under Spanish Colonial Institutions”, intenta indicar cuál fue el estatus de los incas dentro del periodo colonial, y qué clase de lucha fue la que mantuvieron contra el dominio de España. El autor simpatiza indudablemente con los indios y condena las crueldades del régimen colonial español, y, haciendo uso de fuentes nuevas o poco conocidas, expone detalladamente la resistencia de los incas a los colonizadores españoles.

Las conclusiones de Rowe sobre este asunto son características de los historiadores de la escuela liberal del pasado siglo, que condenó al régimen colonial español. “Nuestra revisión crítica –escribe– de las instituciones coloniales que más directamente afectaron a los incas puede ser resumida diciendo que el gobierno colonial español se caracterizó por la explotación económica y por la degradación personal de los naturales” (n. 2, 1957, p. 190).

Los defensores del régimen colonial español han sostenido más de una vez que las leyes españolas eran en sí mismas humanitarias, y que los agravios que recibieron los indios se debieron al incumplimiento de esas leyes. Una aserción tal, objeta Rowe, podría fundamentarse únicamente en la selección arbitraria de algunas de las leyes antes mencionadas.

Aunque Rowe censura con mucha razón al régimen colonial español, no está en la actitud de explicarlo científicamente. De acuerdo con Rowe los conquistadores y el orden establecido por ellos fueron las consecuencias del carácter español, y la resistencia de los indios se explica como resultado de sus elevadas cualidades morales. Rowe no ve que el propio descubrimiento de América y su conquista se produjeron a consecuencia del desenvolvimiento de las condiciones capitalistas de Europa. La llegada de los españoles a América aceleró el proceso de la desintegración de la sociedad indígena. A consecuencia de esto comenzó a perfilarse una sociedad feudal en el periodo de la Colonia.

Rowe afirma equivocadamente que el movimiento de los indios peruanos fue simplemente un “movimiento nacional” (*ibidem*, p. 158), en el sentido de que su propósito básico era obtener la independencia nacional. Al adelantar una tesis tal el autor se siente obligado por lo mismo a paliar la significación social del movimiento, y a no considerarlo como una manifestación de carácter

antifeudal de grandes sectores de campesinos enfeudados (sometimiento de los indios al sistema de la encomienda).

Para el latinoamericanista inglés Humphreys, que escribe en la revista, las opiniones de Rowe son de un anacronismo patético. Humphreys cree que el régimen colonial español evolucionaba “por sí mismo” en una dirección que acabaría convirtiendo a las colonias en una especie de comunidad hispanoamericana semejante al imperio británico de nuestros días. La insurrección popular, de acuerdo con Humphreys, paralizó simplemente este proceso “natural”, que fue “artificialmente” interrumpido por la guerra de Independencia, 1810-1826.

En su estudio crítico sobre “The Historiography of Spanish American Revolutions” (n. 1, 1956), que sólo es una sección de su ponencia “Sobre la historia de la colonización española”, presentada ante el X Congreso Internacional de Historiadores reunido en Roma, en 1955, Humphreys intenta probar infructuosamente que la guerra de Independencia, 1810-1826, fue provocada por causas puramente externas (la invasión de España por Napoleón, etcétera), y que no era históricamente justificable; que las colonias, así piensa Humphreys, habrían llevado a cabo su independencia sin este innecesario y superfluo derramamiento de sangre.

Ésta es la eterna canción de los apologistas del colonialismo. Sus juglares atribuyen comúnmente la miseria de los países de la América Latina a los prohombres de la guerra de Independencia, reprochándoles el haber apresurado la liberación. De hecho, la prolongada explotación colonial de Latinoamérica, los vestigios feudales y el imperialismo que señorea sobre las posiciones clave en la economía de esa región y sostiene a los regímenes más reaccionarios son, en realidad, las causas que mantienen a los países latinoamericanos en la escasez y en la desdicha.

Humphreys traspasa la vituperación que pesa sobre Latinoamérica, por causa del atraso de ésta, de una cabeza enferma a otra sana –de los colonizadores y sus ayudantes a los combatientes por la libertad de la nación–. También alaba los trabajos de varios historiadores tan reaccionarios como él mismo, porque su “más amplia concepción del proceso histórico invalida el panorama nacionalista y provinciano al que propendía predominantemente una buena parte de los primeros escritos sobre el periodo revolucionario” (*ibidem*, p. 88).

Al afirmar que la liberación de Latinoamérica de la opresión colonial era prematura, y que fue provocada por causas externas, intenta Humphreys

llevar al lector a la consideración de que la lucha actual contra el yugo imperialista “es asimismo prematura” y (de acuerdo con él) está estimulada artificialmente por “factores externos”. La concepción más amplia del proceso histórico parece ser, bajo estas circunstancias, una concepción con la cual defender a los colonizadores antiguos y modernos.

Puntos de vista similares a los expresados por Humphreys son desarrollados por Charles C. Griffin en su trabajo histórico, “Francisco Encina and the Revisionism in the Chilean History” (n. 1, 1957). Es imposible no estar de acuerdo con la justipreciación que se hace de Encina como revisor de las bases ideológicas de los historiadores liberales del siglo pasado, los cuales, en su propia época, fueron considerados progresistas. Con todo, Griffin está muy lejos de censurar a Encina por su defección de la escuela liberal. Por el contrario reprocha al historiador chileno por no haber expuesto de modo asaz convincente sus puntos de vista.

En el artículo intitulado “Nueva Granada’s Socialist Mirage”, R. L. Gilmore presenta materiales interesantes y hasta ahora poco conocidos acerca de la difusión de las ideas del socialismo utópico en Colombia por el odio de 1850 (n. 2, 1956).<sup>5</sup> La esencia del problema consiste en lo siguiente: de resultas de la guerra civil de 1840-1842, en Colombia pasó el poder a las manos de dos conservadores, los cuales establecieron en el país un régimen de reacción clerical. A los conservadores se opusieron los liberales, que extrajeron sus ideas de fuentes tan dispersas como el romanticismo francés, el materialismo filosófico francés del siglo XVIII, la Escuela de Manchester, el radicalismo inglés y el socialismo utópico. En 1849 el candidato de los liberales, el general López, llegó a ser presidente de la república. Por este tiempo el partido liberal estaba dividido en dos facciones: los “draconianos”, que se hallaban bajo la influencia de las ideas de Benjamín Constant y de otros moderados ideologistas burgueses, y los gólgotas, que eran radicales que sostenían las habituales demandas de la democracia burguesa. Los gólgotas disfrutaban del sostén de varias sociedades democráticas fundadas en 1847, en cuyas filas había trabajadores, artesanos, empleados, comerciantes, funcionarios y representantes del bajo clero.

5 Se puede también encontrar información sobre la expansión de las ideas socialistas utópicas en Chile y México, en Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile, 1. Antecedentes. Siglo XIX*, Santiago, Austral, 1956; Mario Gill (seud., por Carlos M. Velazco Gil), *La conquista del valle del Fuerte*, México, 1957.

Las ideas del socialismo utópico fueron ampliamente difundidas entre los miembros de estas sociedades democráticas, especialmente después de la revolución de 1848. En ese periodo los trabajos de Fourier, Luis Blanc, Proudhon, Barbousse, Owen y otros utopistas llegaron a ser popularísimos entre los revolucionarios pequeñoburgueses de Colombia. Sus ideas fueron difundidas en los periódicos locales. El ala izquierda de los liberales, entre ellos López, no fue más allá de las acostumbradas reformas burguesas, tales como la separación de la Iglesia y del Estado, y la abolición de la esclavitud. Aun así los elementos conservadores los llamaron comunistas y socialistas.

Aunque expone los hechos que demuestran la propagación de las ideas de socialismo utópico, el autor no revela las razones económicas de este fenómeno.

¿Cómo explicarse la difusión de las ideas del socialismo utópico en la Colombia de mediados del siglo XIX? De acuerdo con Gilmore fue el resultado de la influencia de la revolución europea de 1848. No se puede, naturalmente, negar que la revolución de 1848 influyó también en los acontecimientos de la América del Sur. Sin embargo, la razón fue la total destrucción de la clase artesanal de Colombia como un resultado del desenvolvimiento de las condiciones del capitalismo en la economía del país, y de la penetración que sufrió Colombia por las poderosas compañías extranjeras, las cuales recibieron toda la ayuda posible por parte del gobierno de López.

Gilmore afirma que durante el periodo que es objeto de su estudio se dieron en Colombia “todas las condiciones necesarias para la aplicación de un programa socialista”. Lo lamentable, de acuerdo con Gilmore, fue el hecho de que ninguna de las facciones liberales era en realidad socialista, y por eso no estaban interesadas en llevar a cabo una transformación en dicha dirección.

Las condiciones para la edificación del socialismo no existían en Colombia por esa fecha, ni podían existir a mediados del siglo pasado, por la simple razón de que la clase trabajadora acababa apenas de nacer, y los jornaleros siguieron a la burguesía que procuró fortalecer su posición presentándose como la defensora de aquéllos que habían sido despojados de su parte. López, como representante de los intereses de la burguesía colombiana y de los propietarios de tierras vinculados a ella, no titubeó ni por un momento en llamarse a sí mismo “socialista”. Esto no interfirió con la supresión que él llevó a cabo del movimiento antifeudal de los campesinos e indios de Colombia,

como es apuntado por el progresista historiador Anteo Quimbaya, ni lo estuvo en la enajenación, a precios irrisorios, de enormes concesiones a los ambiciosos contratistas de los Estados Unidos, específicamente a la compañía que construyó el ferrocarril a través del istmo de Panamá.<sup>6</sup>

No se puede estar en desacuerdo con la conclusión de Quimbaya, quien, contradiciendo el punto de vista de Gilmore, indica que la demagogia social de los liberales –en una mano su política de otorgar concesiones a las compañías extranjeras, en la otra la identificación, por parte de los conservadores, de aquella política con el socialismo y el comunismo– lejos de propiciar el deslinde ideológico y el encuadramiento de los elementos más progresistas en agrupaciones políticamente independientes, introdujo en las filas de los demócratas gran confusión y embotamiento ideológico.

La tendencia reaccionaria de la revista resulta más claramente perceptible en la clase de artículos que ella publica, relacionados con la historia contemporánea de México y de los países de la América Central y caribeña. La *HAHR* trae artículos sobre variados aspectos de la Revolución mexicana (1910-1917); un examen crítico de la literatura filosófica contemporánea de México; artículos diversos acerca de los primeros pasos del movimiento obrero en Cuba (1898); sobre la “diplomacia del dólar” en Nicaragua (1909-1913); la industrialización de Colombia (1931); el problema de la independencia de Puerto Rico (1936); y un análisis de la literatura referente a la situación actual de Guatemala.

Un artículo de Louis T. Kahle, “Robert Lansing and the Recognition of Venustiano Carranza” (n. 3, 1958), persigue el fin de justificar la interferencia de los Estados Unidos en los asuntos de México durante el periodo revolucionario de 1910-1917, aun cuando los mismos hechos que presenta el autor tienden a probar precisamente lo contrario. De esta suerte Kahle presenta datos sobre la política expansionista de los Estados Unidos en México, y sobre la considerable presión ejercida por éstos sobre el gobierno de Carranza. El presidente Wilson amenazó a Carranza y le comunicó que los Estados Unidos lo reconocerían únicamente si hacía honor a las obligaciones exteriores de los anteriores gobiernos mexicanos, y si garantizaba favores especiales a las compañías extranjeras y a la oposición contrarrevolucionaria; en otras palabras,

<sup>6</sup> Anteo Quimbaya, *Cuestiones colombianas. Ensayos de interpretación y crítica*, Bogotá, Ediciones Suramérica, 1958, p. 239-240.

si Carranza accedía a comprometerse con los imperialistas y con la contrarrevolución interna.

Junto con esto, Kahle pasa silenciosamente sobre los hechos mejor conocidos de la agresión norteamericana contra México, particularmente la invasión del país por el ejército de Pershing en 1916 (con la activa participación del propio Lansing, el abastecimiento de armas norteamericanas a las agrupaciones contrarrevolucionarias y la persecución y ataques al gobierno de Carranza en la prensa norteamericana. Empero incluso Kahle tiene que admitir que la política de no reconocimiento del gobierno de los Estados Unidos esgrimida contra el México revolucionario no fue otra cosa sino un instrumento de represión y extorsión económica. Este método o tratamiento empleado por los Estados Unidos no solamente fue desafortunado con respecto a México, sino también en relación con la joven República Soviética.

Para conocer un punto de vista característico de los eruditos burgueses norteamericanos sobre la historia moderna de México, resulta de interés considerable un artículo del profesor Ellis intitulado así: “Dwight Morrow and the Church-State Controversy in Mexico” (n. 4, 1958). El autor escribe entusiastamente sobre las actividades del socio de Morgan, Dwight Morrow, como embajador de los Estados Unidos en México, 1927-1930. Ellis falsea el papel desempeñado por el embajador norteamericano en los acontecimientos de esa época, y lo presenta como si hubiera sido un pacificador desinteresado. Morrow, puntualiza el autor, estaba convencido de que la solución del problema doméstico, así como los externos, dependía de la terminación de la disputa entre la Iglesia católica y el Estado, la cual habíase hecho aún más tensa por el mes de julio de 1926, cuando la jerarquía eclesiástica, al rechazar someterse a la legislación secular, suspendió, por vía demostrativa, las actividades religiosas y permitió que el clero tomase la senda de la insurrección armada. La jerarquía eclesiástica contaba con la ayuda de los reaccionarios de dentro y de los monopolios norteamericanos, y recibió efectivamente tal sostén. Sin embargo, las actividades bélicas y antigubernamentales de los “cristeros” (como los insurgentes clericales entre ellos mismos se llamaban) no recibieron el respaldo de las masas, y de hecho sufrieron un colapso.

Aun atribuyendo a Morrow todas las virtudes posibles, al describirnos las actividades del embajador, Ellis no puede ocultar, con todo, los hechos y detalles claramente demostrativos de la directa y cruda injerencia del gobierno de los Estados Unidos y de sus representantes diplomáticos en los asuntos

internos de México. Morrow recibió carta blanca del presidente Coolidge y del secretario de Estado Kellog con el propósito de que influyese sobre Calles y lo condujese, como escribe el autor, “por el camino recto” (*ibidem*, p. 485). Después estuvo Morrow en contacto, en Washington, con el prelado John Burke, emisario de confianza del Vaticano y de la jerarquía de la Iglesia mexicana, y preparó una entrevista entre Burke y Calles. Después de ésta, con participación directa de Morrow, siguieron otras entrevistas entre Calles y los representantes del Vaticano. Las pláticas se mantuvieron en un estricto secreto, porque los interlocutores estaban temerosos de la reacción de los elementos progresistas del país, los cuales habrían impedido la capitulación de Calles ante la contrarrevolución clerical, que de hecho estaba ya casi aplastada. Los representantes de esta última llegaban a la capital en automóviles de la embajada de los Estados Unidos y se ocultaban en las habitaciones de los empleados diplomáticos; para comunicarse con el Vaticano utilizaban la clave secreta de la embajada norteamericana.

Después de dieciocho meses de presionar a Calles, Morrow logró al fin lo que se había propuesto. El gobierno mexicano otorgó a la Iglesia ciertas significativas concesiones, y el clero clandestino quedó legalizado.

En el mismo número de la *HHR* hay un artículo del profesor Stanley Robert Ross consagrado a una valoración general de las actividades diplomáticas de Morrow en México, “Dwight Morrow and the Mexican Revolution” (n. 4, 1958). Ross tomó consigo la tarea de refutar la opinión –que también hace suya la historiografía burguesa– de que Morrow fue “un obstáculo para la Revolución mexicana”. Particularmente, Ross repite la observación del historiador Parkes, según la cual Morrow tuvo una participación importante en “¡la transformación de la máquina gubernamental callista, que era un instrumento de reforma, en otra de reacción!” (*ibidem*, p. 507). Para realizar esto, Morrow creía que el gobierno mexicano debía abandonar la idea de nacionalizar la tierra sin indemnización, y debía asimismo no atentar contra los intereses de los monopolios petroleros. Con esto en su mente, Morrow proponía que se modificase la Constitución mexicana de 1917, que había proclamado que los recursos del subsuelo debían ser propiedad de la nación. Tal fue el defensor de los intereses de los monopolios norteamericanos y de la reacción interior, al que Ross procura presentar como “benefactor” del pueblo mexicano.

Los ideólogos y celadores del imperialismo de los Estados Unidos otorgan una gran significación a los problemas que se refieren al conflicto ideológico

contra el campo progresista. En este conflicto ellos asignan un papel importante al existencialismo, sobre el cual se asientan las bases de la llamada filosofía panamericana predicada en los Estados Unidos en los años de la posguerra.

El profesor John L. Phelan, en su ensayo crítico “México y lo mexicano”, en donde se ocupa de una serie de libros publicados en México, bajo el mismo título, por los existencialistas modernos, obtiene la conclusión de que el existencialismo no se presenta como “una exótica actitud filosófica aplicable al México contemporáneo”, sino más bien como una instintiva percepción de la vida, no solamente típica de los mexicanos, sino de todas las naciones descendientes de España (n. 3, 1956, p. 312).

El progresista filósofo mexicano Elí de Gortari observa que la imagen del mexicano creada por los existencialistas “corresponde exactamente en su contenido a aquellos rasgos que los imperialistas atribuyen a los habitantes de los países coloniales, esforzándose de este modo en justificar su opresión”.<sup>7</sup> Imaginando al mexicano como desprovisto del sentido de la dignidad personal, pusilánime, reservado, sentimental, impulsivo y al mismo tiempo apático, inclinado al fatalismo y a la superstición, los existencialistas y sus protectores norteamericanos intentan imbuir a la clase intelectual mexicana y a la clase trabajadora la idea de que son impotentes ante al imperialismo de Estados Unidos. Como quiera que ello sea, toda la historia moderna de México –la historia de su revolución de 1910-1917, la de la lucha para nacionalizar el petróleo y efectuar reformas agrarias– refuta las fábulas de Phelan y muestra que el pueblo mexicano obtuvo repetidas victorias en su lucha por la libertad nacional.

Phelan asegura que la clase intelectual mexicana teme al desarrollo industrial, a causa de que cree que un desenvolvimiento semejante llevaría al empobrecimiento espiritual del pueblo. Si uno admitiese lo que cree Phelan, los mexicanos quisieran que su país permaneciese como apéndice suministrador de materias primas a los Estados Unidos. Phelan identifica al grupo de existencialistas, apartados del pueblo, con toda la clase intelectual, que realmente no teme a la industrialización del país (gracias a lo cual ella creció y se transformó en una fuerza de influencia espiritual), sino que teme al

<sup>7</sup> Elí de Gortari, “Contemporary Trends of Philosophy in Mexico” [Las tendencias actuales de la filosofía en México], *Voprosy Filosofii* [Problemas de Filosofía], n. 2, 1957, p. 97.

imperialismo, el cual, tras esclavizar económicamente a México, trata de declararlo espiritualmente insolvente.

Una definida tendencia se manifiesta asimismo evidente en las reseñas dedicadas a los libros sobre México. Permítasenos, por ejemplo, tomar la revisión de D. M. Phelps sobre el libro de J. R. Powell, *The Mexican Petroleum Industry, 1938-1950* (n. 4, 1956). Phelps expone el punto de vista de Powell sobre la expropiación de la industria petrolera de México en 1938. Powell, dicho sea con las palabras de Phelps, lamenta que la expropiación no aportara ventajas económicas al país, que con la expropiación del petróleo el gobierno del general Cárdenas perseguía no tanto los objetivos económicos cuanto los políticos y sociales [sic]. Phelps, que concuerda con el punto de vista de Powell, ignora sin embargo el hecho de que Powell se contradice a sí mismo. “Se reconoce, por lo general –escribe Powell– que las compañías petroleras representaban uno de los más típicos ejemplos de poder económico extranjero, y que ellas invadieron al país con el único propósito de enriquecerse y de regresar después al punto de donde partieron”.<sup>8</sup> Powell observa que el monopolio petrolero de México explotaba no sólo la riqueza nacional del país, sino también a todo el pueblo de México.<sup>9</sup> ¿Se puede sostener, después de esto, que no había fundamentos económicos para realizar la expropiación de los monopolios extranjeros? Después de la expropiación y de la realización parcial de la reforma agraria, México avanzaría venturosamente por el camino que conduce al desenvolvimiento económico.

Los artículos de la revista que se refieren a la historia contemporánea de los países de Centroamérica y de la cuenca del Caribe son igualmente tendenciosos. Con otro ejemplo, el profesor Appel, en su artículo “The Unionization of Florida Cigarmakers and the Coming of the War with Spain”, pretende convencer a los lectores de que Samuel Gompers, presidente de la American Federation of Labor (AFL) y cabeza de ese sindicato, era partidario de la independencia de Cuba (n. 1, 1956). Pero en realidad, Gompers no sólo no protestó contra la ocupación de Cuba por las tropas norteamericanas en 1898, sino que por todos los medios a su alcance aprobó las actividades de los ocupantes. Appel se ve forzado a admitir que la AFL había preparado un plan

8 J. R. Powell, *The Mexican Petroleum Industry [La industria mexicana del petróleo]*, Berkeley/Los Ángeles, University of California, 1956, p. 26.

9 *Ibidem*, p. 108.

previo que pondría a los trabajadores cubanos bajo su camarilla. Gompers procuró realizarlo y a la vez buscó la manera de hacer del movimiento de los trabajadores cubanos un dócil instrumento en manos de los ocupantes norteamericanos de Cuba.<sup>10</sup>

El artículo del profesor Dana T. Munro, director de la Escuela Wilson de Relaciones Públicas e Internacionales de la Universidad de Princeton, intitulado “Dollar Diplomacy in Nicaragua, 1909-1913” (n. 2, 1958), es una indisimulada justificación del imperialismo norteamericano en la América Central.

Después de la guerra de 1898 contra España, los círculos dominantes de los Estados Unidos, para llevar a efecto la servidumbre de los países de la cuenca caribeña, comenzaron a practicar intervenciones armadas en esa región. Estas intervenciones militares provocaron entre los pueblos de Latinoamérica un sentimiento de indignación profundo y de odio contra los invasores. Todo esto es muy bien conocido por Munro: mas él afirma que la actitud hostil contra los intervencionistas norteamericanos se produjo por una “idea equivocada” sobre los motivos reales que movían a los Estados Unidos en dicha zona. Esto resulta especialmente cierto, declara él, durante los días de la “diplomacia del dólar” de la administración de Taft (1909-1913). “Todavía existe acaso una difundida impresión, de que la ‘diplomacia del dólar’ significa el envío de la infantería de Marina a las regiones del Caribe para cobrar las deudas y sostener a los banqueros y a los cazadores de concesiones que trafican en sucios negocios” (*ibidem*, p. 209). Munro no concuerda con esto. Él asienta que la mayor parte de los historiadores (que es, naturalmente, del mismo criterio de Munro) ha llegado a la conclusión de que las intervenciones armadas perseguían esencialmente “objetivos políticos”. Incluidos en esta frase, aunque no formalmente expresados, están los conocidos intereses estratégicos de los Estados Unidos en la cuenca del Caribe. De acuerdo con esta tesis, los Estados Unidos tienen que dominar la situación en la zona del Caribe, porque así lo requieren los intereses de la seguridad común, la cual parece ser como si estuviera amenazada por la ausencia de estabilidad política en las repúblicas de la América Central y de la cuenca del Caribe. Munro afirma que las tropas norteamericanas al restablecer el “orden” en las “inquietas” repúblicas, no sólo satisfacen (beneficiándolos) los intereses de los Estados

10 F. Foner, *Istoriia rabochego dvizheniia v SShA [Historia del movimiento obrero en Estados Unidos]*, Moscú, 1958, v. II, p. 423-439.

Unidos, sino también los del populacho local; que la “diplomacia del dólar” no es imperialista sino simplemente “estratégica”. Tal es la tesis de Munro, con la que intenta probar su análisis acerca de la intervención armada de los Estados Unidos en Nicaragua de 1909 a 1913.

La defensa de los intereses “políticos” de los Estados Unidos en Nicaragua comenzó con la demanda del gobierno de Taft para que Nicaragua garantizase el control de los Estados Unidos en las aduanas nicaragüesas. Esforzándose por justificar las acciones de las autoridades norteamericanas, escribe Munro, los Estados Unidos esperaban establecer el orden en las aduanas de Nicaragua, una fuente básica de ingresos para el gobierno de dicho país, y procurar por este medio hacerlo más fuerte y estable.

Cuando el presidente de Nicaragua, Zelaya, rechazó la entrega de las aduanas que estaban bajo su autoridad, los Estados Unidos organizaron una revuelta contra él valiéndose de varios de sus agentes: el general Estrada, Chamorro, jefe del partido conservador, y Adolfo Díaz, este último un reputado contable de la compañía minera norteamericana “La Luz y los Ángeles”. Munro admite que estos aventureros fueron financiados por las compañías norteamericanas, pero en llegando aquí intenta la defensa: “La prueba de que se dispone proporciona poco [*sic*] apoyo al alegato hecho más tarde, de que el gobierno de los Estados Unidos incitó a la revolución (contra Zelaya), aunque está claro que el cónsul norteamericano en Bluefields, Thomas P. Moffat, le prestó desde el comienzo el más entusiasta sostén personal”. Munro falsifica la historia al intentar presentar a los círculos gobernantes de los Estados Unidos como ajenos a las actividades de sus agentes de Nicaragua.

La revuelta contra Zelaya comenzó en octubre de 1909; pero cuatro cruceros y cierto número de barcos auxiliares de la armada estadounidense habían bloqueado la costa atlántica de Nicaragua desde el mes de abril de 1908. El secretario de Estado de Norteamérica, Knox, estaba directamente interesado en la intervención contra Nicaragua. Era el consejero legal de los Fletchers, familia de millonarios, la cual poseía “casualmente” las empresas mineras de Nicaragua, incluida la compañía mencionada arriba, en la que Díaz trabajaba de contable.<sup>11</sup> Knox defendió abiertamente los intereses de los Fletchers. Desde el comienzo, los sediciosos fueron ayudados por dos

11 Juan José Arévalo, *Fábula del tiburón y las sardinas. América estrangulada*, México, América Nueva, 1956, p. 159.

cañoneros así como por militares especialistas norteamericanos. Dos de estos especialistas fueron apresados en el momento en que intentaban hacer volar un barco nicaragüense, y después del juicio fueron fusilados. Por lo que se refiere a Moffat, él no tenía la más ligera idea de que estuvieran actuando en oposición a la política del Departamento de Estado ni de que dicha política no coincidiese con los intereses de los capitalistas norteamericanos. Más tarde Moffat admitió: “Estoy convencido de que manchamos nuestras manos al ponerlas al servicio de la diplomacia capitalista. La mayoría de los nicaragüenses decentes nos tratan con desprecio y desconfianza”.<sup>12</sup>

Cuando Estrada, el agente de los norteamericanos, tomó la capital, el Departamento de Estado –como lo acepta Munro– le obligó a recibir una “ayuda” en forma de un empréstito de 12 millones de dólares a un interés de 5%. De hecho Estrada no recibió ni un centavo puesto que el préstamo fue transferido al banco estatal de Nicaragua, cuya dirección pasó a las manos de los capitalistas norteamericanos. Para garantizar el préstamo, los ingresos aduanales –fiscalizados ahora por los norteamericanos– fueron hipotecados a esos mismos norteamericanos. En 1912 los monopolios estadounidenses impusieron aún más “ayuda” a Nicaragua a través de la firma bancaria Brown Brothers & Seligman, por medio de un nuevo empréstito de \$755 000.00, y como garantía esta vez echaron mano a los ferrocarriles de la nación.

Las acciones predatorias de los intervencionistas norteamericanos suscitaron un resentimiento general en el pueblo de Nicaragua. Un levantamiento contra Díaz, el protegido de los norteamericanos, comenzó en julio de 1912. Los insurgentes ocuparon las instituciones nicaragüenses, entonces en manos de los norteamericanos, particularmente el Banco de Nicaragua. En respuesta, el gobierno de los Estados Unidos mandó desembarcar a los infantes de Marina para apaciguar a los insurgentes. Munro justifica la intervención haciendo notar que fue hecha a petición del títere Díaz. Un argumento de esta clase resulta cómico. ¿Si los Estados Unidos no se preparaban para intervenir, para qué mantenían una fuerza de desembarco a lo largo de la costa de Nicaragua? En realidad así fue como sucedió la cosa: “El director norteamericano del Banco de Nicaragua, Mister Bundy Cole, telegrafió a John Brown, de la firma Brown Brothers & Company de Nueva York, suplicando le prestase

12 M. Soto Hall, *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*, Buenos Aires, Artes y Letras, 1928, p. 159.

ayuda. La Brown Brothers & Company le contestó que el Departamento de Estado había ordenado al mayor Butler que con su destacamento de infantería de Marina se dirigiese desde Panamá a Nicaragua. El 15 de agosto el mayor Butler desembarcó con sus 412 hombres y destinó la mitad de ellos a prestar servicio al Banco de Nicaragua”.<sup>13</sup> Otras tropas estadounidenses llegaron después del destacamento de Butler y, tras reprimir el alzamiento, ocuparon el país lentamente, completando la ocupación en 1925.

Munro no menciona incluso en este artículo el nombre del mayor Butler el cual, habiendo participado en muchas intervenciones armadas en la región del Caribe, alcanzó el generalato y se retiró en 1930. Poco antes de su muerte declaró lo que sigue: “Sé que muchas de esas intervenciones no fueron sino excursiones para cobrar deudas atrasadas que se debían a los banqueros de Wall Street”.<sup>14</sup> Uno tiene, pues, que inferir que el artículo de Munro apareció en la *HAHR* no sin algún propósito. La naturaleza imperialista de la política de los Estados Unidos en Nicaragua es tan obvia que es admitida inclusive por ciertos investigadores burgueses, como ocurre con Joseph Baylen en su disertación “American Intervention in Nicaragua, 1909-33”, presentada en 1953 en la conferencia de historiadores norteamericanos especialistas en historia de Latinoamérica. La disertación de Baylen provocó un estallido en la representante oficial del Departamento de Estado, Irene M. Wright [sic], y después de ella, en la escuela histórica oficial de la misma convicción, como es la que representa Munro y Whitaker, quienes repitieron los argumentos favoritos de los oficiales del Departamento de Estado en relación con el “papel civilizador de los Estados Unidos en la América Latina”, con la “vasta responsabilidad mundial del gobierno norteamericano”, y otros argumentos semejantes. El informe de Baylen no fue publicado en la *HAHR*, y hasta el punto en que nosotros podemos saberlo, no ha visto aún la luz del día en ninguna otra de las revistas de los Estados Unidos. En su lugar, la *HAHR* publicó una serie de artículos refutando el trabajo de Baylen. Un artículo así fue el de Munro, el cual acabamos precisamente de comentar.

13 S. Nearing y Y. Freemann, *La diplomacia del dólar*, México, Sociedad de Edición y Librería Franco-Americana, 1927, p. 191.

14 G. Nerval, *Autopsy of the Monroe Doctrine [Autopsia de la Doctrina Monroe]*, Nueva York, Macmillan, 1934, p. 239.

Munro aparece más bien con cierta frecuencia en las páginas de la revista con reseñas en las que hace la defensa de las actividades del gobierno de los Estados Unidos en Latinoamérica. En 1957, en una reseña sobre una colección de documentos que se refieren a las fuerzas norteamericanas de ocupación en Haití (1915-1934), escribió: “Nuestras intervenciones en la zona del Caribe nos han hecho mucho daño; pero han dejado beneficios tangibles en algunos de los países en los que hemos intervenido” (n. 4, 1957, p. 510). Sí, efectivamente, los “pobrecitos imperialistas”, ¡robando y oprimiendo a los otros, se perjudican a sí mismos y aportan beneficios a sus víctimas! Por lo que toca a Haití, el beneficio, de acuerdo con Munro, consistió en que los norteamericanos organizaron “una fuerza policiaca eficiente, a la que convirtieron en un instrumento del progreso social y económico” (*ibidem*, p. 510-511). Una policía con garrote, como palanca del progreso económico y social; he aquí lo que algunos historiadores ofrecen a Latinoamérica en las páginas de la *HAHR*.

El historiador D. S. Barnhart, en su artículo, “Colombian Transport and the Reforms of 1931: An Evaluation”, intenta convencer al lector de que la compensación por la captura de Panamá, que montó a 25 millones de dólares, pagados por los Estados Unidos al gobierno colombiano en abonos anuales de 5 millones, comenzando en 1921, fue poco más o menos el mayor estímulo financiero para el desenvolvimiento económico de ese país. Barnhart escribe: “La perspectiva de recibir una gran indemnización por la pérdida de Panamá aceleró el pulso de Colombia y estimuló los nuevos sueños de regeneración nacional” (n. 1, 1958, p. 2).

De este modo se obtiene la conclusión de que los Estados Unidos, después de apoderarse de Panamá y de privar a Colombia de un territorio valioso que podría haber llegado a ser una fuente de grandes ingresos, ¡no sólo no produjeron ninguna pérdida a dicha nación, sino que hicieron posible su resurgimiento nacional! ¡Véase cómo en las páginas de la *HAHR* algunos historiadores cambian lo blanco en negro!<sup>15</sup>

En un artículo, “Independence Rejected: Puerto Rico and the Tydings Bill of 1936”, F. O. Gatell defiende la tesis de que la falta de independencia en Puerto Rico fue un factor básico que contribuyó al bienestar de la isla. La

15 Para detalles adicionales sobre la conquista de Panamá por los Estados Unidos, véase S. A. Gonionskii, *Istoriia Panamskoi “revoliutsii”* [Historia de la “revolución” de Panamá], Moscú, IMO, 1955.

ocupación de Puerto Rico por las tropas de los Estados Unidos, a consecuencia de la guerra hispano-yanqui de 1898, no solamente hizo patente el poder de los Estados Unidos, afirma Gatell, sino también su “nobleza e idealismo”.

El pueblo portorriqueño había tenido la oportunidad de descubrir por sí mismo la “nobleza” de las acciones de los Estados Unidos. Desde la ocupación de la isla, toda la riqueza natural de Puerto Rico ha pasado por menos que nada a las manos de los monopolios norteamericanos. Hasta 1934 Puerto Rico se encontraba bajo la jurisdicción del Departamento de Guerra de los Estados Unidos, y el pueblo de la isla estaba privado de toda suerte de derechos de autogobierno, incluso de aquellos que había disfrutado previamente bajo los españoles. Solamente como resultado de un poderoso movimiento de liberación nacional que recorrió toda la isla, la administración de la misma fue transferida por los años treinta del Departamento de Tierra al del Interior. Mas una “concesión” semejante no satisfizo a los portorriqueños, quienes continuaron exigiendo su independencia.

Las autoridades norteamericanas suprimieron cruelmente los movimientos patrióticos en la isla. Bajo tales condiciones de incrementación de la lucha por la independencia, un proyecto de ley fue presentado en el Senado, en Washington, por el senador Tydings, por el cual se le ofrecía a Puerto Rico la independencia. El proyecto legal prevenía un plebiscito previo y, si la población elegía la independencia, preveía un cuarto periodo anual preparatorio durante el cual sería impuesto un gravamen legal sobre las exportaciones de Puerto Rico a los Estados Unidos.

El proyecto de ley, explica Gatell, significa que si los portorriqueños rechazan la independencia tendrán la oportunidad de subsistir de cierta manera a base del comercio con los Estados Unidos; pero que si ellos prefieren la independencia, entonces los Estados Unidos los reducirán a la inanición (n. 1, 1958, p. 44).

Admitiendo que el proyecto de ley de Tydings fuese empleado por los círculos dominantes norteamericanos para ejercer presión sobre la opinión pública de la isla, Gatell oculta, sin embargo, el hecho de que no únicamente la burguesía portorriqueña se opuso al proyecto, sino inclusive los monopolios norteamericanos que controlan la economía de Puerto Rico.

Gracias a la presión de estos grupos el proyecto de ley de Tydings quedó sepultado en el Senado. El imperialismo norteamericano se inclinó ante la burguesía local, y de resultas de ello le fue concedida a la isla un restringido

autogobierno bajo el altisonante nombre de estatuto del “Estado libre asociado” (a los Estados Unidos). Durante los 19 años últimos transcurridos, la administración local de la isla ha estado bajo la dirección del Partido Nacional Democrático, partido dirigido por Luis Muñoz Marín con la colaboración de los monopolios norteamericanos y de las autoridades estadounidenses.<sup>16</sup>

Cuando Gatell escribe que el problema portorriqueño está resuelto, falsea los hechos. A propósito de esto obsérvese lo que dice al respecto el secretario general del Partido Comunista de Puerto Rico, Ramón Mirabal: “El temperamento anticolonial del pueblo portorriqueño se manifiesta en todos los aspectos de su vida”.<sup>17</sup>

No menos característico de la revista es su actitud ante la derrota del gobierno democrático del [presidente] Árbenz, a consecuencia de una descarada intervención de los Estados Unidos en Guatemala. Lo ilustra claramente el artículo de Julio Adolfo Rey, de la Universidad de Tulane, “Revolution and Liberation: A Review of Recent Literature on the Guatemalan Situation” (n. 2, 1958).

Rey no regatea esfuerzos para empequeñecer la importancia histórico-literaria de las obras que denuncian la agresión del imperialismo norteamericano contra Guatemala. Así, por ejemplo, intenta desacreditar el libro *Democracia e imperio*, escrito por el anterior presidente de Guatemala, Arévalo: una obra que condena las acciones agresivas del imperialismo norteamericano contra esa república. Con todo, Rey admite que, a juicio de la mayor parte de los autores, los Estados Unidos consumaron una acción agresiva contra Guatemala. El autor escribe: “La intervención de los Estados Unidos en el asunto de Guatemala es aceptada en mayor o menor grado por todos los defensores de la revolución y por muchos de los grupos libreaccionistas. Los primeros creen que el efecto de esta acción ha sido desastroso para el prestigio de los Estados Unidos entre las naciones de la América Latina, y los últimos sostienen un silencio comprometedor sobre este punto” (*ibidem*, p. 254).

En una reseña sobre el libro *La batalla de Guatemala*, de G. Toriello,<sup>18</sup> exministro de Relaciones Exteriores de ese país (n. 2, 1956, p. 297), R. Padden

16 Para más detalles sobre la lucha de liberación nacional en Puerto Rico, véase S. Padilla Pérez, *Puerto Rico al rescate de su soberanía*, Buenos Aires, Publicaciones del Partido Nacionalista de Puerto Rico, 1958.

17 *Noticias de Hoy*, La Habana, 13 de marzo de 1959.

18 Véase G. Toriello, *Bitva za Gvatemalu [La batalla de Guatemala]*, Moscú, 1956.

reduce al mínimo la significación de dicha obra. En ella Toriello prueba que el derrocamiento del gobierno de Árbenz fue organizado por el Departamento de Estado en colaboración con la United Fruit Company. Según Padden, esta es una explicación “simplemente absurda de los acontecimientos que ocurrieron en Guatemala en 1954”. Padden afirma que las acusaciones de Toriello provienen únicamente de sus particulares y personales puntos de vista, y se basan en sus propias fuentes de información. ¿Empero es posible que el testimonio de un ministro de Relaciones Exteriores, que tenía a su disposición numerosas fuentes documentales, no sea digno de confianza? En verdad, aparte de la narración de los acontecimientos en los cuales él mismo participó, Toriello cita muchos materiales, de los cuales incluye en su libro, *in toto*, una cierta cantidad.

La revista despliega gran interés por las diversas formas de los movimientos burgueses y pequeñoburgueses en Latinoamérica, los cuales aparecen ocasionalmente con programas demagógicos y pseudorrevolucionarios. La revista publica artículos sobre el peronismo, el aprismo y el “tenentismo”. La sociología burguesa considera a estos movimientos como expresiones de una sociedad de “clase media”. Sin embargo, ellos expresan realmente los intereses de los diferentes grupos de la burguesía nacional.

Una reseña de Robert J. Alexander está consagrada a la historiografía del “tenentismo” brasileño (n. 2, 1956). Alexander es notorio por sus trabajos que adulteran la historia del movimiento obrero en Latinoamérica. Apadrinado por la AFL realizó una “investigación” por diversos países latinoamericanos, estableciendo contactos con elementos renegados y oportunistas expulsados de los partidos comunistas. Las explicaciones sobre las pláticas sostenidas con estos tráfugas constituyen la fuente principal de los “trabajos” de Alexander.

El “tenentismo”,<sup>19</sup> un movimiento revolucionario pequeñoburgués que comenzó en el ejército del Brasil por los primeros años de la década de los veinte ejerció gran influencia sobre los acontecimientos políticos de los veinte y los treinta en dicho país. De las filas de este movimiento proceden Luis Carlos Prestes y cierto número de militantes, fieles a los intereses de la clase trabajadora. Alexander intenta por todos los medios posibles reducir al mínimo la significación de estas personas, desacreditar sus actividades y exaltar, por contra, a los tenientes que desertaron y se pusieron al servicio de la reacción

19 Del portugués “tenente”, teniente.

traicionando los ideales progresistas del tenentismo. Alexander no revela las raíces sociales del tenentismo ni las causas de su desintegración. Él opaca la orientación antiimperialista del movimiento. Alexander identifica al tenentismo con el aprismo,<sup>20</sup> movimiento burgués peruano cuyo ideólogo, Haya de la Torre, ha predicado hace tiempo la guerra contra el comunismo y propugna la defensa del imperialismo norteamericano.

La revisión de los materiales de la *HARR* muestra que los latinoamericanistas oficiales de los Estados Unidos falsean y desvirtúan la verdad histórica en aras del imperialismo.

20 De APRA, Alianza Popular Revolucionaria Americana.



# III

109

## Crítica a la crítica



## Recensión 1

# El primer abordaje crítico-histórico soviético

111

A principios de agosto del año en curso apareció un libro sugerente para nosotros por su título (*La Revolución mexicana*),<sup>1</sup> y estimulante de nuestra curiosidad por causa del origen nacional de los autores, los historiadores soviéticos M. S. Alperovich, B. T. Rudenko, y N. M. Lavrov. Este libro está constituido por dos trabajos historiográficos sobre la revolución, y por dos reseñas crítico-bibliográficas y temáticas sobre la historiografía norteamericana interesada en la historia mexicana pre y posrevolucionaria. El primer trabajo, el de Rudenko, “México en vísperas de la revolución democrático-burguesa de 1910-1917” (85 p.), se refiere, como puede verse por el título, a los antecedentes económico-políticos de la revolución de 1910; el segundo trabajo, el de Lavrov, que en realidad continúa el anterior, estudia ya propiamente el periodo revolucionario que culmina en la promulgación de la Constitución de 1917; comprende 38 páginas, las cuales se amparan bajo el título general siguiente: “La Revolución mexicana de 1910-1917”; el tercero, de Alperovich, intitulado “La historia de las relaciones entre México y Estados Unidos en la historiografía

<sup>1</sup> *La Revolución mexicana (Cuatro estudios soviéticos)*, México, Edición de los Insurgentes, 1960, 177 p.

mexicana de postguerra” (29 p.), es una interesante recensión crítico-temática sobre la bibliografía histórica norteamericana preocupada por el tema de las relaciones internacionales entre los dos países; y por último, el cuarto trabajo, también de Alperovich, es asimismo otra punzante reseña sobre “El enfoque de algunos problemas de historia moderna y contemporánea de México en la literatura burguesa norteamericana de postguerra” (19 p.).

\*

El trabajo de Rudenko, como lo irá viendo el lector, está montado sobre un método histórico rigurosamente sistemático y positivo –recuérdese lo que expusimos en nuestra introducción–, cuyo propósito no es sino el examen crítico de los fundamentos económicos, políticos y sociales del prolongado régimen porfirista (incluido el breve periodo del general González); un régimen que, como es sabido, acabó en la descomposición moral y material de una dictadura odiosa, que facilitó además la penetración y el dominio del capitalismo norteamericano e inglés –el primero fundamentalmente, si bien no fueron los únicos–, con grave pérdida de la independencia política, y peligro para el porvenir de la nación. El estudio de Rudenko explica, por tanto, las causas que motivaron la revolución, y justifica su reacción antiimperialista bajo la égida de la burguesía progresista del México de entonces. Empero no adelantemos las conclusiones y procedamos con un rigor lógico-expositivo semejante al utilizado por el historiador ruso en su estudio.

1) *La dictadura del bloque de los terratenientes mexicanos reaccionarios y los capitalistas extranjeros.* Comienza el historiador por situar la intervención imperialista que sufrió México dentro de la etapa general del imperialismo económico capitalista, que se inicia por medio del capital monopolista entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. La situación social inestable de la república burguesa (1860) permitió dieciséis años después el golpe de Estado reaccionario; posibilitó el dominio del clero y de los terratenientes (p. 12) y, por consiguiente, produjo el estancamiento económico del país. Porfirio Díaz petrifica esta situación al actuar como jefe de un grupo de hombres venales que se prestan a los amaños plebiscitarios, y anulan, por tanto, el contenido democrático de la Constitución liberal de 1857 (p. 12). Andando el tiempo, por medio del caciquismo y del empleo en grande escala de un terror sin precedente (p. 15), eliminará inclusive el principio consagrado de la no *reelección*.

Las críticas de Rudenko alcanzan también al grupo más tardío de los *científicos*, y al método civilizador positivista y científico. Los *científicos* quedan calificados como “agentes directos de los capitalistas extranjeros” (p. 13). Hay que convenir con nuestro crítico en que el programa económico-político de estos hombres era antipatriótico y reaccionario, supuesto que para salvar a México aconsejaban y aplaudían la importación de capitales extranjeros, al mismo tiempo que fomentaban la tesis odiosa del atraso, la ignorancia e incapacidad del pueblo mexicano para proseguir por sí mismo el curso de su natural desarrollo económico, estatal y cultural. A esta tesis reaccionaria a la que alude Rudenko la podríamos llamar una segunda especie de despotismo antiilustrado, ajeno, desconfiado del pueblo. La política oficial gobiernista, que se inspiraba en esta teoría, enajena todas o la mayor parte de las riquezas nacionales, las cuales van a dar a las manos de los capitalistas extranjeros, por las facilidades que se les otorgaban para colonizar tierras baldías o para especular y obtener dividendos fáciles y jugosos. “Díaz y sus secuaces –repite Rudenko– eran de hecho agentes del capital extranjero” (p. 17). El monopolio que ejercían los científicos y el presidente Díaz en toda clase de negocios, fue disfrazado mediante una fraseología patrioter que encubría ciertamente “la esencia reaccionaria de la política exterior del gobierno, que condujo a la progresiva entrega a los extranjeros” (p. 19), particularmente a los norteamericanos. Como escribe Rudenko, “no hubo ningún asunto sucio en el que no hubieran metido las manos [*los científicos*]; el soborno, el chantaje y el crimen eran sus métodos habituales de acción” (p. 18). En llegando aquí hay que advertir algo que, por lo demás, todo el mundo sabe, y es que los rusos no tienen pelos en la lengua y no disimulan ni eufemizan sus críticas. Su lenguaje va desde la franqueza hasta la grosería, y siempre está al servicio de su verdad histórica, lo que explica igualmente sus aciertos y desaciertos. El historiador José C. Valadés –según vimos– ha clamado justamente contra los errores científicos de Rudenko; mas conviene recordar aquí lo que ya dijimos en nuestra introducción: que la interpretación histórica de México que llevan a cabo los historiadores soviéticos es una reinterpretación o revaloración de los hechos a la luz del materialismo histórico y de la dialéctica materialista que lo informa. Sus fuentes son, pues, las tradicionales, ya impresas (mexicanas y norteamericanas); de suerte que la mayor parte de los errores hay que atribuirlos a dichas fuentes y al método empleado para manejarlas y utilizarlas. Rudenko prosigue con su tesis del entreguismo, y nos dice que para 1905

vira el gobierno del general Díaz buscando aumentar notablemente las inversiones inglesas a costa de las norteamericanas, con el propósito de equilibrar la balanza inversionista y repartir así el peso entre los dos poderosos capitalismos (p. 20). El círculo gobernante creía de tal suerte poder defender sus propios intereses económicos (*ibidem*).

ii) *La política internacional de estímulo a la penetración del capital extranjero en la economía nacional de México*. En esta segunda sección, la más nutrida (47 p.), nos presenta hábilmente el autor el proceso de penetración del capitalismo extranjero en los diversos renglones de la economía nacional, y nos pone de manifiesto la enorme influencia ejercida por los capitalistas yanquis sobre la economía y la política mexicanas; una influencia que el gobierno de Porfirio Díaz intentó inútilmente neutralizar o aminorar. Rudenko se refiere primeramente al débil desarrollo económico alcanzado por el país en la época de la Reforma, y después indica cómo a partir de ella comenzó la lenta penetración de los capitales extranjeros atraídos por las halagüeñas perspectivas que presentaba un país potencialmente rico y sin explotar. Vea el lector que el historiador Rudenko incurre en la ya tradicional sobreestimación de las riquezas de México, que desde antes de Humboldt y sobre todo a partir de su famoso *Ensayo político* novohispano, fue la comidilla inquietante y estimulante de los voraces inversionistas extranjeros. Esta segunda sección está también subdividida muy metódicamente en cinco apartados (latentes), los cuales, para una mejor comprensión analítica del lector, nos hemos permitido separar e indicar alfabéticamente en nuestro comentario, de la misma manera en que hemos numerado con romanos las grandes divisiones temáticas subrayadas. El capitalismo extranjero, al amparo de una legislación excesivamente protectora, realiza su penetración en todas las ramas de la economía nacional: a) agricultura, apropiación de tierras y bosques; b) construcción y explotación de ferrocarriles; c) minería, metalurgia e industria textil; d) riqueza petrolera; e) finanzas y comercio:

a) Después de Juárez y tras los intentos fallidos de éste para impedir el despojo de la propiedad comunal amenazada de hecho por las argucias de los encargados de interpretar las disposiciones legales, llega al poder la camarilla terrateniente y reaccionaria del porfirismo (p. 23) que consuma el despojo a base de deslindes de tierras, proyectos de colonización y declaraciones sobre supuestas tierras baldías. Esta camarilla se alía a los extranjeros y a sus famosas y nefastas compañías deslindadoras para saquear las tierras comunales e

inclusive las de los rancheros modestos. Rudenko no critica el optimismo romántico liberal reformista que puso todo su entusiasmo en la regeneración del agro mexicano mediante el proceso legal de parcelación individual; el historiador soviético ni siquiera toca este punto, y sólo se refiere a la circulación forzosa de los bienes de manos muertas, que favoreció también a los especuladores extranjeros y a los terratenientes y hacendados locales; la desamortización, como ocurrió también en España (1850), hizo más ricos a los ricos y más pobres a los pobres. A continuación, Rudenko analiza la serie de decretos y leyes que poco a poco fueron consumando la expropiación de las tierras y el robo de las mismas a sus dueños legítimos, y nos presenta también la magnitud numérica del inmenso despojo efectuado. De las cifras deduce Rudenko los terribles alcances sociales de este cambio: para 1912 había casi diez millones de peones en México; es decir, diez millones de semiesclavos frente a escaso medio millón de grandes propietarios: mexicanos, españoles y norteamericanos (p. 30-33). Esta concentración latifundista no facilitó el desarrollo del capitalismo en la agricultura, con lo cual se prolongó en el campo el sistema de estancamiento feudal antieconómico opuesto al florecimiento de la cultura. México se convierte en abastecedor de Estados Unidos (azúcar, plátanos, tabaco, caucho); se transforma en una semicolonía que tiene no obstante que importar cereales de la metrópoli para suplir el déficit alimenticio básico: maíz y trigo (1892-1893 y 1909). Además, la productividad de las haciendas es cada vez más baja; los precios cada vez más altos, y el salario permanece estacionario; es decir cada vez menor, provocando así la miseria, la inanición, la depauperación de las masas (p. 39).<sup>2</sup> Hacia 1910, afirma Rudenko, la masa de la población rural mexicana llevaba “las mismas condiciones de existencia que en la India, que era entonces la colonia más vieja del Imperio británico” (p. 40). Todo lo indicado en este apartado puede resumirse así: “El resultado directo de la política agraria de Díaz, de sometimiento a los grandes terratenientes y capitalistas extranjeros fue la decadencia de la agricultura y la agudización de la lucha de clases en el campo mexicano. La desmedida pobreza y la falta de tierras del campesinado fueron dos de las principales causas que engendraron la revolución de 1910-1917” (p. 41).

2 Rudenko no dice nada sobre la baja del precio internacional de la plata, ni de la resistencia porfirista a aceptar el patrón oro, que motivó en gran parte el alza de los precios, la devaluación y la pérdida del poder adquisitivo de los salarios.

b) Rudenko nos presenta brevemente la historia económica de la fundación y explotación de los FFCC mexicanos por las compañías inglesas y norteamericanas (1873-1910), y censura con vigor las facilidades que proporcionó el régimen de Díaz a los capitalistas extranjeros. Con datos y cifras de primera mano expone que en 1911 pertenecían a los norteamericanos dos tercios de las líneas construidas, con lo cual México adquiriría el inequívoco perfil de un país colonial (p. 44). Más todavía, el trazado de las líneas se hizo teniendo en cuenta los intereses yanquis extractivos de materias primas, con lo cual se perjudicaron fatalmente las típicas y tradicionales regiones agrícolas del país al quedar éstas aisladas, abandonadas y sin posibilidad de progreso. El mercado interno nacional sufrió un desplome, y los precios de las subsistencias vitales aumentaron. En suma, “en lugar de ayudar al desarrollo económico del país, los ferrocarriles desfiguraron su economía y frenaron su desarrollo” (p. 46). A continuación el historiador critica duramente el plan gubernamental mexicano de 1906, por el que eran fusionadas las empresas ferroviarias y se seudonacionalizaban las diversas compañías, asegurándose el gobierno la mayoría de votos entre los accionistas. Este famoso y “original” plan de Limantour fue simplemente, según nuestro crítico soviético, una reorientación en busca de capitales ingleses para desplazar a los norteamericanos, y como siempre sin tener en cuenta los verdaderos intereses de la economía nacional. Por si todavía fuera poco, las especulaciones y el turbio manejo del asunto enriquecieron al rapaz Limantour y a sus amigos, porque el sagaz ministro de Hacienda servía a su gobierno y a la compañía norteamericana Speer, es decir “era sirviente de dos amos” (p. 48). La nacionalización de los FFCC, resume Rudenko, “demuestra con claridad el carácter vacilante, la indecisión e ineficacia de la llamada política ferroviaria antinorteamericana del gobierno de Díaz” (p. 49). Pese a estas críticas habrá que convenir en que el intento gubernamental de diversificar las inversiones de fuera para establecer la competencia entre los financieros extranjeros, favorecía indudablemente a México.

c) A las inversiones en los FFCC siguen en importancia las mineras y metalúrgicas. Entre 1883 y 1887 surgieron treinta y tres nuevas empresas extranjeras, y en 1909-1910 “los empresarios norteamericanos dominaban casi por completo la industria minera del país” (p. 51). El inmenso monopolio minero yanqui montaba a veinte y seis millones de dólares, contra siete millones de capital mexicano invertido. Por lo que toca a la industria textil ésta se hallaba en manos de los capitales españoles (p. 53). Ahora bien, en su horror y odio

contra el capitalismo, Rudenko no hace distinguos. Empero nosotros no compartimos el pecado realista de Rudenko y nos interesa hacer destacar esencialmente que el capitalismo español de entonces no estaba tan avanzado como el norteamericano, y sobre todo no estaba respaldado por una gran potencia con poder financiero y político mundiales. La subordinación de los capitalistas españoles era casi nula en relación con el capitalismo de España, y el vínculo más sólido únicamente era sentimental o familiar; o dicho de otra manera, eran capitalistas vinculados realmente a la economía nacional.

d) La explotación económica del petróleo comienza de hecho en 1900. Como afirma Rudenko, el progreso petrolero propiciado por el régimen porfirista fue dejando en el olvido las restricciones que sobre la propiedad del subsuelo establecía la Constitución de 1857. Hace también historia del famoso “*comité especial*” de nacionalización, que ante la presencia del magnate petrolero norteamericano Doheny determinó (violando la Constitución) lo siguiente: “que los yacimientos petrolíferos no eran propiedad nacional y que sólo mediante la indemnización correspondiente podrían ser confiscados a empresas particulares” (p. 59). El comité, como se ve, legalizaba el saqueo. En 1911 “la parte fundamental de los valores invertidos [en la industria petrolera] estaba igualmente en manos de capitalistas de los Estados Unidos” (p. 59). Ante esta situación el gobierno mexicano recurrió al socorrido y ya conocido expediente de facilitar las inversiones de los capitales británicos en detrimento de los norteamericanos; de este modo, “el petróleo mexicano se [convirtió] en objeto fundamental de la rivalidad económica entre Estados Unidos e Inglaterra” (p. 64). Para el capitalismo, prosigue Rudenko, el petróleo de México llegó a ser desde 1905 “uno de los principales factores que determinaron, sin duda, la política de los Estados Unidos en México” (*ibidem*).

e) El enjuiciamiento que realiza el historiador soviético de la política financiera del porfirismo es también severo. El general Díaz prefirió los intereses extranjeros por sobre los nacionales; la paz y el progreso porfirianos se fincaban en las inversiones extranjeras, fundamentalmente norteamericanas (hipotecas y bienes raíces). Las inversiones extranjeras lograron efectivamente acabar con los tradicionales déficits presupuestarios de México; pero hipotecando toda la riqueza nacional y drenando la riqueza pública. El gobierno del presidente Díaz había logrado equilibrar el presupuesto; “mas a costa de los intereses del pueblo” (p. 65). Por lo que se refiere a la deuda exterior, el gobierno de don Porfirio la acrecentó cuatro veces; lo que no evitó que se

siguiesen haciendo empréstitos en el extranjero (p. 64). Y por lo que toca ahora al comercio exterior, éste se hallaba en su mayor parte monopolizado por los capitalistas estadounidenses. Aunque la balanza comercial fue favorable en cierta medida y aumentó bastante, Rudenko no se impresiona y escribe lo siguiente: “Es característico que un factor económico en la vida del país, como el balance comercial activo, al parecer favorable, en realidad no aportaba ninguna utilidad a los mexicanos, por cuanto que las fuentes de materias primas, las materias primas y las mercancías exportadas, y a la vez que el comercio mismo, se encontraban en manos de extranjeros, principalmente norteamericanos” (p. 68). Y para finalizar de modo categórico esta gran sección general segunda, añade el historiador soviético lo que sigue: “Al concluir el examen de la situación económica durante el gobierno de Díaz, no es posible dejar de señalar la dominación de los capitales ingleses y norteamericanos en la construcción y explotación de las empresas de servicio público. En particular, los norteamericanos realizaron la canalización y el asfaltado de ciudades, construyeron edificios públicos y establecieron la red telegráfica y telefónica” (p. 69).

III) *Las consecuencias económicas y políticas de la línea reaccionaria del gobierno de Díaz.* Mediante un buen acopio de datos estadísticos y cifras diversas, Rudenko hace resaltar lo que él llama “la política antinacional del gobierno de Díaz” (p. 69). En 1911 los capitales extranjeros, norteamericanos principalmente, dominaban casi la mayor parte de las ramas de la industria, así como las finanzas, e inclusive detentaban una buena parte de las tierras laborables. Al expresarse de tal suerte, el historiador soviético lo hace por boca ajena; es, a saber, presentando las declaraciones del famoso cuanto insidioso y falso “Fall Committee”. Acepta, por tanto, el crítico ruso que la influencia del capital extranjero reanimó evidentemente la vida económica de México; pero que estos “éxitos” costaron demasiado caro puesto que “el Estado cayó en las redes de la esclavitud financiera, y los extranjeros se convirtieron en dueños de casi todas las ramas importantes de la economía mexicana” (p. 71). Más aún, México dependía del exterior –primordialmente de Estados Unidos– para sus importaciones costosas de maquinaria, implementos agrícolas y elementos de transporte. Por consiguiente, en vísperas de la revolución, México estaba convertido en una semicolonias de Norteamérica y en un proveedor de materias primas. Esta conclusión así como las otras ya indicadas líneas arriba las respalda Rudenko con las propias declaraciones de

“los más destacados representantes de la diplomacia imperialista de Estados Unidos” (*cf.* p. 72). Insistamos en el hecho de que Rudenko no niega el aceleramiento producido en las relaciones capitalistas de México; empero subraya que la penetración del capital extranjero en la economía mexicana “contribuyó al mantenimiento de las relaciones semif feudales” (p. 72).

Una vez que el historiador ruso ha terminado el estudio económico, pasa a considerar las consecuencias políticas y sociales que produjo la penetración imperialista. Ante todo se fija en el fortalecimiento que recibió la clase feudal terrateniente, contra lo cual tuvo que levantarse la revolución. Para poder explicarse el alzamiento revolucionario, Rudenko resuelve dividir a dicha clase terrateniente en dos grupos: la reaccionaria y la liberal aburguesada (incluyendo dentro de esta última a la propia familia Madero). Ahora bien, los motivos materiales y por consiguiente ideológicos de la división no nos parecen muy claros. Según el autor, el grupo liberal –cuya cuantía e importancia se ignoran– resentía gravemente la situación monopolista del capitalismo extranjero, y por lo mismo le resultaba inaceptable la presencia de la dictadura gubernamental favorecedora de los monopolistas. Nosotros no percibimos aquí el típico proceso dialéctico, máxime que Rudenko se calla los móviles o intereses que guiaban a la clase terrateniente reaccionaria, los cuales coincidirían seguramente con los de los monopolistas extranjeros. Pero si miramos bien las cosas, la actitud monopolista tenía que dañar por igual a los dos grupos de terratenientes nacionales, que eran los dueños de un capital mexicano compartido e invertido en el campo, dado que ambos dependían igualmente para la industrialización del agro del mismo capital industrial y financiero refaccionador de maquinaria y casi absoluto prestamista. Además, los dos grupos, así lo admite el propio Rudenko, eran partidarios de la economía nacional y del desarrollo capitalista auténticamente mexicanos; de lo cual se deduce que los terratenientes reaccionarios y liberales aburguesados se veían igualmente estorbados en su desarrollo por la situación monopolista extranjera. Los dos grupos coincidían también, según el historiador soviético, en el pavor que les producía la posible explosión revolucionaria del campesinado, hartos ya de la miseria en que vivía y de la explotación intensificada que sufría sobre todo desde la segunda mitad del siglo XIX (p. 79). Al peligro de perder la independencia económico-política venía a sumarse el temor a la “anarquía política” de la masa. Los intereses de la propia familia de Madero, según lo indica Rudenko, se relacionan o comparten entre los dos grupos

(p. 79). Don Francisco I. Madero resulta ser, por otra parte, el típico representante del grupo liberal aburguesado, y ello explica el que encabezase el movimiento activo de oposición contra el régimen de Díaz, entreguista y antinacional. Madero refleja, así lo indica Rudenko, no sólo las aspiraciones de la burguesía nacional, sino también los sentimientos antimperialistas de las masas populares (p. 79).

A esta situación miserable de la vida rural mexicana hay que sumar ahora la que guardaba el proletariado urbano para así tener completo el cuadro. La crítica de Rudenko se dirige contra la incipiente organización del movimiento obrero, y echa la culpa de ello a la influencia ejercida por los elementos anarquistas y mutualistas, que son para el pensamiento marxista puro y ortodoxo los dos grandes enemigos del proletariado. Este *a priori* doctrinal negativo, originado y justificado por la Gran Revolución Socialista de Octubre, lleva a Rudenko a aplicar el método analógico o de identidad histórica, y por lo mismo a ocultar los valores propios de aquel movimiento. El lector se queda, por tanto, esperando inútilmente una explicación histórica sobre la fundación y proyección de la Casa del Obrero Mundial, de sus labores preparatorias, de sus luchas y de las persecuciones de que fue objeto. En la historia que escriben los profesionales soviéticos no cabe ni la menor concesión o reconocimiento de los valores positivos del adversario, sobre todo si éste se halla en la extrema izquierda ideológica; por esta razón la historia del Partido Liberal Mexicano, fundado en 1901, partido pequeñoburgués, se apresura a adjetivar Rudenko, solamente le merece 15 renglones de una apretada llamada (n. 105, p. 73), en la que afirma muy a la ligera que dicho partido, dirigido por los hermanos Flores Magón, “no pudo ejercer influencia seria en el movimiento obrero del país, aun cuando jugó un cierto papel en la lucha contra el régimen de Díaz”. Véase pues que el historiador ignora deliberadamente el tema. Lo que Rudenko no le perdona al Partido Liberal reformista nos lo expresa asimismo en la misma nota: “A principios de la Revolución se pasó [dicho partido] a las posiciones del anarquismo. Su dirección se encontraba en Estados Unidos y no estaba ligada estrechamente con el proletariado de México”. He aquí una manera peculiar de describir y presentar los hechos históricos utilizando una técnica psicológico-histórica que recuerda mucho el celebrado reflejo condicionado de Paulov, por cuanto aun siendo verdad el hecho, se asocia escuetamente el término Estados Unidos al floresmagonismo, fundiendo ambos términos en el mismo símbolo histórico

negativo. Ciertamente el historiador soviético podría haber dicho casi lo mismo al referirse al maderismo, y en general a todo el movimiento revolucionario mexicano, que en buena parte se incubó y alimentó allende la frontera norte, e incluso recibió el apoyo de ciertos círculos dirigentes norteamericanos. Mas como el historiador soviético no puede negar la popularidad del movimiento maderista –cosa sí cuestionable en el caso del floresmagonismo– las críticas contra el maderismo enfilarán, como verá el lector, por otros rumbos.

A continuación se describen las huelgas de Río Blanco y Cananea (1906), las cuales “desempeñaron un gran papel en la lucha general de las fuerzas progresistas” (p. 73). Estos movimientos huelguísticos, especialmente el segundo, “sentaron las bases para el movimiento antiimperialista entre los trabajadores mexicanos” (p. 76), por lo que el movimiento obrero adquirió “el carácter de masas” (*ibidem*). El problema que Rudenko tiene ahora frente a sí es el de sumar en el mismo bloque revolucionario antigubernamental fuerzas tan dispares como lo son la clase terrateniente liberal aburguesada, dirigida por Madero, los grupos obreros más o menos desorganizados, la pequeña burguesía y los intelectuales progresistas, la clase media urbana, los rancheros modestos y la masa del peonaje. Las dificultades ya comenzaron, según vimos, al referirse Rudenko nebulosamente a los distintos intereses que separaban a los dos grupos terratenientes por él considerados, y al presentar a la familia Madero como solicitada por ambos intereses extremos y opuestos. “Este doble carácter –escribe el historiador soviético– era la fuente de las vacilaciones, la indecisión y la traición por parte de los terratenientes liberales en la primera y posteriores etapas de la Revolución democrático-burguesa de 1910-1917” (p. 79). Mas como se da el caso, aceptado por el crítico, de que Madero fue el jefe representativo de dicha clase, las palabras de Rudenko hieren de rebote, quíerase o no, al héroe y mártir de nuestra revolución. Esto no únicamente es exagerado, sino que también supone un abuso de interpretación subjetiva de un método que se finca en la determinante objetividad o positividad legal del materialismo histórico. Igualmente injusto y restringido se muestra en sus críticas contra la plataforma política del Congreso Constituyente del Partido Nacional Antirreeleccionista, porque en ésta no se incluyeron reivindicaciones antiimperialistas, y porque en ella no se reflejaron las necesidades de las masas trabajadoras (p. 80). Efectivamente los puntos 39 y 59 del programa político antirreeleccionista sólo muy veladamente aluden a las necesidades económico-sociales de la población obrera y agrícola; pero no

se puede menos que admitir que en el programa se cristalizaban todas las aspiraciones políticas del pueblo mexicano; o dicho de otra manera, las necesidades materiales de las masas trabajadoras sólo podían por entonces proyectarse, si bien tímidamente, a través de la superestructura ideológico-política. El propio Rudenko así lo admite líneas más abajo, cuando escribe que el hecho mismo de postular a Madero “daba un nuevo empuje a la campaña contra la reelección”, como lo comprueba el que “verdaderas multitudes” acudían a escucharlo (p. 81). “Era tan fuerte el odio de las masas populares al régimen de Díaz –prosigue el autor– que veían en el enérgico caudillo de los liberales a su liberador capaz de salvarlos de ese régimen. Madero gozaba de especial popularidad en los estados del norte y centro, donde era activamente apoyado por los terratenientes” (*ibidem*). Este último párrafo es en extremo contradictorio, porque se hace difícil conciliar la popularidad del caudillo con el sostén terrateniente. En verdad, si no se pierde de vista ese sentido casi mágico que posee la historia de México, según la ha visto O’Gorman,<sup>3</sup> Madero, “el Apóstol”, representó una vez más la apelación angustiada y esperanzada del pueblo al mito o símbolo del héroe providencial, justiciero y salvador, capaz de restituir al solo conjuro de su voz (campaña política, Plan de San Luis) las libertades perdidas y el viejo ideal constitucional conculcado; y efectivamente los ingenuos tratados de Ciudad Juárez (1911) prueban que en su mayoría el pueblo confiaba en su caudillo salvador, excepción hecha del Sur y de Sinaloa. Con toda seguridad, al autor soviético le parecerá absurdo lo que decimos, si no es que cosa de locos el invocar el sentido mágico que para el pueblo encierra nuestra historia; empero resulta más que evidente que cuando la reacción creyó haber triunfado al asesinar al símbolo y pues al destruir el mito, es cuando verdaderamente estalló la violencia incontenible de la revolución, ahora sí de acusado carácter económico, social y político.

El Plan de San Luis, publicado en Estados Unidos, aunque redactado, según se sabe, en la cárcel potosina por Madero y Roque Estrada, es censurado igualmente por Rudenko por no contener consignas antiimperialistas y por asegurar el disfrute de la propiedad a los extranjeros (p. 82); mas la revolución pacífica que soñaba Madero se oponía terminantemente a la

3 Véase su “Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla”, en *Plan de Ayutla. Conmemoración de su primer centenario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Derecho, 1954, p. 169-204.

violencia expropiatoria, sobre todo cuando esperaba la ayuda y el reconocimiento de Norteamérica. Lo efectivo fue que el Plan de San Luis logró con todo el “milagro” (así lo califican inclusive algunos historiadores liberales de lo más agnóstico) de sumar todos los descontentos y de traducirlos en términos populares: “¡La tierra para los pobres! ¡México para los mexicanos!”. El historiador soviético afirma, y está en lo cierto, que esta interpretación popular del Plan aseguró a Madero el apoyo de las masas campesinas; por otro lado, la inclusión en dicho documento político de la garantía de la libertad de imprenta, reunión y palabra le confirmó “el apoyo de amplios sectores de la intelectualidad y de la pequeña burguesía de las ciudades” (p. 83). Por la manera como presenta y comenta Rudenko la elaboración del Plan de San Luis, da a entender que se forjó desde arriba, y que si se dio en él acogida a los deseos de las masas fue con el fin político de respaldarlo y darle fuerza. Pero de hecho el plan se forjó desde abajo; es decir a partir de una base amplia de la opinión nacional educada y orientada por toda una modesta y benemérita clase intelectual: la de los maestros de escuela citadinos y rurales, que siempre mantuvo viva la llama de la Reforma. La inclusión de las reivindicaciones agrarias y nacionalistas en el plan no fue pues cuestión de táctica política, sino cristalización de un viejo deseo fomentado en la base. Además, el despojo de tierras sufrido por los campesinos tenía que pesar reivindicatoriamente en la redacción del documento. Ahora bien, un plan político es una declaración general de principios y no un ordenamiento constitucional. Más todavía, ni Madero ni su Plan podían resolver al vapor una situación que databa de siglos.

Las tres últimas páginas del estudio de Rudenko constituyen un apretado resumen conclusivo del mismo. Desde luego su repetida explicación sobre la división de la clase terrateniente sigue siendo oscura; también resulta poco satisfactoria su otra explicación sobre la asociación política de la clase terrateniente liberal aburguesada con los enemigos de la clase terrateniente reaccionaria, porque el despojo de ésta significaba asimismo la expoliación de la otra a breve o a largo plazo. Subraya justamente el autor el carácter antiimperialista que adquirió la revolución, y apoya su aserción en un testimonio norteamericano incuestionable: *Foreign Relations* (cfr. p. 349); pero Rudenko podría además haberse referido al resentimiento antiyanqui de los mexicanos, que funciona a manera de un reflejo histórico condicionado, y que data sobre todo del nefasto año de 1847. Para terminar, el historiador soviético despliega su ortodoxo plan revolucionario y estudia sociológicamente el hecho de si se

cumplieron en efecto en México los signos fundamentales de una situación revolucionaria: 1) Crisis de los de “arriba”; 2) agudización al máximo de las necesidades y calamidades de la clase obrera y campesina; 3) acciones potentes y constantes de esta clase (huelgas) que muestran la considerable elevación de la actividad revolucionaria de las masas, y 4) madurez del proceso que conduciría a la revolución (p. 85). Precisamente la revolución mexicana que se había propuesto acabar con los restos de feudalismo (y con su anacronismo político), la dictadura reaccionaria del general (Díaz), y con la preponderancia del capital extranjero, tuvo una masa trabajadora que, a pesar de constituir la fuerza fundamental (p. 85), no pudo representar el papel que le era debido por su falta de madurez. La inmadurez la atribuye Rudenko, como buen marxista ortodoxo, es decir soviético, a la influencia anarquizante que sobre dicha masa ejerció el floresmagonismo: “En virtud de esto fueron los terratenientes liberales aburguesados quienes desde un principio estuvieron a la vanguardia del movimiento” (*ibidem*).

\* \*

El ensayo de Lavrov sobre la Revolución mexicana de 1910-1917 prolonga y completa el de Rudenko. No hay cosas más parecidas entre sí –como ya sabemos– que los trabajos históricos soviéticos, sobre todo cuando abordan el mismo tema. La personalidad del autor, su estilo propio, su toque metodológico, su subjetividad, en suma, son anulados doctrinalmente hasta el punto de no poder reconocerse a un historiador de otro. Se nota además la acción de una efectiva criba ideológica que no deja pasar sino lo que es necesario que pase en un momento determinado. De esta manera Lavrov rellena su esquema de modo semejante a como lo hizo el historiador anterior, y utiliza, por lo mismo, una lógica parecida. Las quince primeras páginas están dedicadas al estudio de las causas económico-políticas de la revolución, sin que se añada nada nuevo u original a lo ya sabido. Lavrov insiste, como Rudenko, en los efectos paralizadores que en un país produce la invasión de capital extranjero (p. 93); nos describe la consiguiente petrificación feudal que se produce en el campo, así como la debilidad y desorganización del movimiento obrero por falta de un verdadero y maduro proletariado industrial. Lavrov dirige también sus tiros críticos contra el movimiento anarcosindicalista mexicano, el cual, de acuerdo con la exégesis soviética, fue ajeno a la masa: “El pueblo mexicano

no tuvo dirección revolucionaria. El grupo anarquista organizado en 1900 por los hermanos Flores Magón tenía pocas ligas con el pueblo. Su contacto con la masa proletaria era nulo” (p. 97). Por ello, prosigue el autor, “los levantamientos (de 1906 y 1907) fracasaron debido a su desorganización, a la desvinculación de los anarquistas de las amplias masas trabajadoras. En vez de insurrecciones revolucionarias, la cosa se limitó a asonadas. Los grupos anarquistas fueron destrozados por las tropas gubernamentales” (p. 98). Es digno de observarse que los historiadores soviéticos no experimentan el menor sentimentalismo cuando se trata de escribir acerca de una cosa tan seria como lo es la revolución; el romanticismo histórico es rechazado y sólo se considera lo positivo: el éxito. Los fracasos individualistas y anarquizantes, por muy heroicos que hayan sido, no cuentan. Lavrov rechaza o ignora también las repercusiones emocionales que provoca todo fracaso revolucionario.

Lavrov subraya asimismo que el ascenso del movimiento popular revolucionario puso en actividad a un sector de los círculos burgueses terratenientes, que no estaban representados en el poder y que se hallaban desligados de las camarillas gubernamentales de Díaz (p. 100). El bloque burgués terrateniente liberal entra en escena con sus dos sucesivos representantes, Madero y Carranza, enarbolando la bandera del liberalismo. Desde luego, aunque resulta difícil precisar a los elementos burgueses componentes del bloque terrateniente liberal en tanto vivió Madero, todavía es más difícil hacerlo con los elementos que secundaron a Carranza, porque en verdad nosotros no hemos podido caracterizar como terrateniente a ninguno de los militares y civiles que constituyeron el ejército constitucionalista, ni tampoco hemos podido catalogar como tal a ninguno de los firmantes del famoso Plan de Guadalupe (1913). La ya conocida división de la clase terrateniente es también explicada con cierta oscuridad, y resulta difícil asimismo de comprender por qué el grupo sin delegación en el poder se lanza a la oposición revolucionaria exigiendo la representación total y no la proporcional representativa, tal y como la lograría a poco el propio Carranza en Coahuila. Como el factor romántico subjetivo, es decir, el papel de la inspiración individual en la historia, ha sido rechazado solemnemente porque conduce en derechura al “culto de la personalidad”, es natural que Lavrov rebaje la actuación de Madero al nivel del egoísmo o interés de clase. Mas lo que resulta cierto es que los sacrificios de Madero, Pino Suárez y Belisario Domínguez sublimizan y purifican los intereses de clase y los apetitos individuales.

Para poder explicarse el apoyo subrepticio que la revolución recibió por la frontera norte, el historiador soviético menciona el viraje porfiriano a favor de las inversiones inglesas (y tendría también que haber añadido alemanas), que inclinó a las compañías norteamericanas a impartir auxilios a Madero, en quien veían “al sucesor más viable del dictador” (p. 101). A continuación analiza el autor, como su predecesor, el Plan de San Luis, y abunda en críticas semejantes, haciendo hincapié en la astucia política de Madero para atraerse a las masas campesinas descontentas, dando cabida en el documento a las reivindicaciones de tierras exigidas por éstos. El 20 de noviembre de 1910 estalló, de acuerdo con el plan, la revolución, y “comenzó la lucha de las masas en casi todo el país”, la cual acabó por tambalear al ejército porfirista, ante los golpes que le asestaban los Villas, los Orozcos y los Zapatas. A este último lo alaba mucho Lavrov, y hace suya la idea de Foster, que lo consideró “uno de los jefes más grandes que promovió la Revolución” (cfr. p. 425);<sup>4</sup> para enjuiciar a Villa sigue a otro norteamericano, Reed, que acompañó al Centauro del Norte, y al que consideró siempre “como el amigo del pueblo” (cfr. p. 99). Hay que aceptar, con el autor ruso, que efectivamente Villa y Zapata comenzaron a combatir al régimen porfirista antes de que estallara la revolución (p. 100); pero su tránsito de “bandidos” (de acuerdo con la apelación peyorativa del porfirismo) a revolucionarios (de acuerdo con la calificación maderista-liberal) no podría haber acontecido sin la revolución maderista. La revolución, que había puesto en conmoción a grandes masas del pueblo, amenazaba también implacablemente al complejo grupo de liberales; de aquí que, según Lavrov, los dos grupos terratenientes hostiles llegaran rápidamente al entendimiento y se apresuraran a firmar los Tratados de Ciudad Juárez (21 de mayo de 1911). El temor a las masas hizo que los liberales concediesen serias ventajas a la reacción (disolución del ejército revolucionario y conservación del federal). De este modo aunque “la dictadura de Díaz fue derrocada como consecuencia de la lucha heroica del pueblo [...], el convenio de Ciudad Juárez asestó un duro golpe a la Revolución” (p. 105) y “maniató las operaciones de los ejércitos revolucionarios de Zapata y Villa en su lucha por la profundización de la Revolución agraria” (*ibidem*). Con impaciencia revolucionaria critica Lavrov el hecho de que tras la revolución maderista siguieron

4 William Z. Foster, *Ocherk politicheskoi istorii Ameriki [Ensayo sobre historia política de América]*, Moscú, 1953.

“como antes millones de peones doblando la espalda en las haciendas de los Terrazas, los Creels y demás latifundistas, como si no hubiese habido revolución” (p. 106). Mas hay que considerar asimismo y repetir de nuevo que una situación que databa de siglos no podía ser liquidada de la noche a la mañana, máxime con un vecino poderoso al norte, dueño en no poca parte de grandes latifundios en el propio México. El autor estudia después el Plan de Ayala (23 de noviembre de 1911), y lo considera como “un programa que [daba] solución revolucionaria al problema agrario”, aunque tenía “serios defectos” por causa de la “espontaneidad y débil organización de la lucha campesina, y además por el hecho de que los campesinos no contaban con verdadera dirección revolucionaria” (p. 106). Como comprenderá el lector, los mayores culpables del fracaso revolucionario no pueden ser otros para el historiador soviético que los elementos anarcosindicalistas. El Plan de Ayala, prosigue el autor, “jugó un importante papel en el ascenso posterior de la Revolución, y, ante todo, en la movilización de las masas campesinas en la lucha por la tierra, en el desenvolvimiento de la Reforma Agraria” (p. 107).

La reacción, aprovechándose de la debilidad del gobierno de Madero, atacado también por los campesinos sureños (Zapata), y hostilizado por el sector opuesto a los liberales, preparó el golpe contrarrevolucionario. Los imperialistas norteamericanos no quisieron quedarse atrás y, utilizando al embajador H. Lane Wilson, prestaron su apoyo a la reacción; empero ésta, aunque en principio resultó triunfante, duró bien poco en el poder. Villa y Zapata asestaron fuertes golpes al ejército profesional, destruyeron los latifundios y reivindicaron así las aspiraciones de las masas. Mas “la tragedia de la Revolución mexicana –continúa Lavrov– radicó en que la lucha de los campesinos, principal fuerza de choque de la Revolución, se realizó sin la dirección del único aliado y dirigente suyo, el proletariado. Éste se hallaba bajo el control de líderes anarcosindicalistas, aferrados a que la clase obrera no debía participar en la lucha política”. “Desde su comienzo mismo –prosigue el ruso, citando a Foster– la debilidad fundamental de la Revolución mexicana consistió en que la clase obrera no tomó en sus manos el papel dirigente” (p. 109). Observe el lector que a los historiadores soviéticos no les importa ser machacones; los ataques reiterados contra los anarcosindicalistas resultan casi patológicos y escolásticos; y se comprende, porque en la propia Rusia revolucionaria los enemigos más decididos de los comunistas fueron los anarquistas que se movían dentro y fuera del partido. También resulta curioso y aun extraño,

que para nada nombre al ejército constitucionalista y a sus jefes, que fueron realmente los que acabaron con el ejército federal. Con esto no queremos decir que desconozcamos por nuestra parte la contribución valiosísima de Villa (Zacatecas, Torreón). Para Lavrov así como, en parte, para Rudenko, el general Obregón no existe; no lo nombran ni tan siquiera una vez, lo que es absurdo y antihistórico. Carranza es ya otro cantar, Lavrov repite con Rudenko que el Varón de Cuatro Ciénegas fue senador bajo el régimen de Porfirio Díaz, colaborador de Madero y representante de la burguesía nacional. Al igual que Madero, pero con mucha mayor decisión y eficacia, utilizó a las masas campesinas para aplastar al bloque feudal-clerical, reaccionario y antinacional. “Al parecer –comenta con dogmático desaliento el historiador soviético– el destino del país se hallaba [en manos de Villa y Zapata]; pero el caso es que a pesar de haber triunfado sobre los enemigos [huertistas] –en ello reside precisamente su tragedia histórica–, los campesinos no fueron capaces de consolidar la victoria en el terreno político. Sin la dirección revolucionaria del proletariado, los campesinos deben sufrir inevitablemente la derrota. Y así aconteció en México” (p. 115).

La Ley Agraria de Carranza (6 de enero de 1915), según Lavrov, es una astuta maniobra política del bloque burgués terrateniente, destinada a engañar a los campesinos (p. 116) y a debilitar la lucha que sostenían éstos. Al referirse a la actuación gubernativa del Primer Jefe el historiador soviético es muy impreciso; a Obregón, como ya indicamos, lo desconoce a pesar de la fulminante campaña del noroeste y de la hábil victoria obtenida en Orendáin. Una vez más, y no será todavía la última, torna a la carga ideológica contra la “traición” de los líderes anarcosindicalistas de la clase obrera capitalina, por la colaboración que prestaron a Carranza los famosos batallones rojos para combatir a Villa y a Zapata (1915). Carranza consigue así vencer a los campesinos villistas y zapatistas, pero poco después reprimirá con mano dura a la clase obrera (Decreto del 16 de agosto de 1916), castigando inclusive con la pena de muerte a los huelguistas y ametrallando a los obreros.

El historiador soviético Lavrov estudia, por último, el proceso político del Congreso Constituyente de Querétaro y de la Constitución de 1917 emanada de aquél. Según el autor, este Congreso tuvo por objeto consolidar políticamente el dominio del bloque burgués-terrateniente; pero se vio forzado al mismo tiempo a tener en cuenta, en cierto grado, las demandas de las masas populares (p. 119). El propio Congreso resultó una típica manifestación

de la lucha de clases, como lo muestra, según Lavrov, su ala izquierda –Múgica, Molina Enríquez (!)– y su ala derecha –terratenientes, capitalistas, generales y políticos enriquecidos durante la revolución–. El proyecto constitucional y la propia Constitución son estudiados cuidadosamente por el soviético: el artículo 27 constituye el núcleo de la misma y refleja la esencia de la Revolución mexicana democrático-burguesa, antifeudal y antiimperialista; el artículo 123, que confiere amplios derechos democráticos a la clase obrera, hizo de la Constitución del 5 de febrero de 1917 la más radical y la más democrática de las constituciones burguesas de la época (p. 122). Para Lavrov, la Constitución fue fruto de la lucha heroica del pueblo contra las fuerzas de la reacción interna y externa (imperialismo), aunque aquélla dejó el poder político en manos del bloque burgués terrateniente. Censúrase también que inclusive los artículos 27 y 123 tienen cláusulas que tienden a fortalecer la posición de los terratenientes y de la burguesía (p. 122). Mas el crítico observa agudamente que la Constitución de 1917 “reviste el carácter de programa por el que todavía tiene necesidad de luchar el pueblo mexicano” (p. 122); verbigracia por la realización cabal de sus artículos 27 y 123. Esta circunstancia obliga todavía al pueblo mexicano –prosigue el comentarista– a luchar por la libertad y por los derechos democráticos (p. 123). Sin embargo, dentro de un régimen burgués y de una Constitución burguesa como la nuestra el defecto que apunta Lavrov es más bien una perfección, porque obliga a la clase trabajadora a estar siempre alerta y a no esperarlo todo desde lo alto, como el maná. Además, situado a medio camino entre la presión de *arriba* y la de *abajo*, al gobierno no le queda otro remedio que adoptar la postura *centro* (→*izquierda*) rectificadora del fiel de la balanza política, desnivelada frecuentemente por las presiones económico-sociales de la derecha conservadora y egoísta, y de la izquierda revolucionaria, extrema y necesitada. La crítica del historiador soviético es lógica si adoptamos su punto de vista marxista; empero considerada la Constitución de 1917 desde nuestras circunstancias nacionales, ella se nos presenta como un proceso no terminado todavía, y de hecho jamás completado; lo que ha permitido, por tanto, y sigue y seguirá permitiendo, la liquidación, pongamos por caso, de los latifundios, y pues la devolución de las tierras rescatadas a los campesinos. Por otro lado, una Constitución como la nuestra, tan entrañablemente dinámica, ha posibilitado y posibilita constantemente la nacionalización de la riqueza nacional enajenada al extranjero: ferrocarriles, petróleo,

electricidad... A fin de cuentas el propio historiador soviético no puede menos de reconocer que, pese a la hegemonía burguesa, la Constitución de 1917 fue radical: “Se refrendan en ella las conquistas logradas por el pueblo durante la Revolución” (p. 124). Con todo, puesto ya a terminar su ensayo resume conclusivamente su pensamiento crítico en estas palabras:

La Revolución democrático-burguesa de 1910-1917 no triunfó cabalmente. La burguesía, vinculada a los grandes terratenientes, se pronunció contra la Revolución agraria. La política antipopular de la reacción mexicana redujo a cero los logros de la Revolución. El bloque burgués-terrateniente gobernante sabotó la aplicación de la Constitución de 1917. México continuó siendo país dependiente del imperialismo [p. 124].

En realidad todo el ensayo acucioso de Lavrov así como las sucesivas concesiones que ha ido haciendo se reducen a este párrafo final negativo; empero no hay que perder de vista que el historiador soviético escribe para un público ruso ya convencido, y para el iberoamericano al que hay necesidad de persuadir; es decir de convencer –según ya sabemos– de que únicamente hay una verdad y que las demás sólo son pasos lentos, fallidos y simulados: en suma que el *modelo* mexicano es, como ya apuntamos, falso e inadecuado para los de afuera.

\* \* \*

Comienza Alperovich su reseña crítica presentando el descarado proceso histórico del imperialismo norteamericano frente a México. Para ilustrar a sus lectores destaca el hecho de que nuestro país es hoy día el segundo de Iberoamérica por su población y el tercero por su territorio, y que a fines del siglo XIX y comienzos del XX este México nuestro fue blanco de la política imperialista agresiva de Estados Unidos, de la que no se libró sino por medio de su triunfal revolución, que culminó con el presidente Cárdenas y sus decisivas medidas antiimperialistas. Tras el periodo cardenista, asegura el autor soviético, y sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial y después de ella singularmente “se intensifica la penetración del capital yanqui, aunque las formas y los métodos de esa penetración sufran algunas variantes”

(p. 129). Esta reseña constituye un breve esbozo crítico de la historia de las relaciones mexicano-norteamericanas, recurriendo para ello al examen de la literatura diplomática más importante elaborada por los especialistas de ambos países. La distinción inmediata que orienta todo el estudio de Alperovich la expresa él mismo por medio de esta contundente caracterización: “la historiografía mexicana se esfuerza en examinar y analizar objetivamente los acontecimientos y fenómenos; los autores norteamericanos, en cambio, falsean burdamente los hechos históricos que manejan, tratando así de encubrir el carácter agresivo de la política de los Estados Unidos” (p. 130). Por supuesto el análisis y la revisión del autor no son exhaustivos, pues únicamente estudia las obras que para él son más representativas, o sea las que están de acuerdo con la tesis apriorística expuesta ya por Lavrov, dejando aquellas otras que no encajan en su previo esquema. La segunda parte de su estudio se refiere a la historia de esas relaciones, limitando su enfoque crítico a los temas siguientes: Época de la Independencia; Guerra de Texas; Canal de Tehuantepec; Dictadura de Porfirio Díaz; Revolución (1910-1917); y, por último, Política de Buen Vecino. Alperovich dispone así su escenario y hace desfilar por él a cada autor, obligándolo a recitar la parte que le corresponde en el tema propuesto. Como su objetivo crítico principal está dirigido contra Estados Unidos, no le importa apoyarse en autores conservadores o reaccionarios cuando así conviene a su propósito histórico-polémico; asimismo excluirá y calificará de antiprogresistas a los tratadistas liberales o neutros cuando los puntos de vista de éstos justifican o disimulan la actuación imperialista norteamericana.

El historiador soviético percibe que hay una marcada diferencia entre los tratadistas norteamericanos de antes y después de la guerra, llevándose naturalmente el galardón de la objetividad los primeros. A continuación selecciona unos cuantos nombres entre los segundos y pasa a indicarnos el criterio básico que los agrupa y unifica: la idealización de la política norteamericana desde la década de los veinte del siglo XIX a nuestros días. Cline,<sup>5</sup> por ejemplo, escribe un libro tendencioso en el cual se desfiguran los hechos. El autor se las ingenia –prosigue Alperovich– para no recordar los planes agresivos de la Unión Americana; concede sólo unos cuantos renglones al

<sup>5</sup> H. F. Cline, *The United States and Mexico*, Cambridge, Harvard University Press, 1953.

periodo 1846-1848, y atribuye los triunfos estadounidenses a las diferencias “políticas surgidas entre los propios mexicanos” (p. 131). Del mismo sesgo justificativo norteamericano son las obras de Bill,<sup>6</sup> y Henry,<sup>7</sup> en las cuales, según el crítico soviético, se pretende disculpar el pillaje alentado desde Washington y hacer responsable a México de la guerra (*ibidem*). Vuelve otra vez Alperovich a la obra de Cline, y aclara que, si los norteamericanos ayudaron alternativamente a los conservadores y a los liberales juaristas, siempre lo hicieron teniendo en cuenta sus propios intereses y particularmente los planes de expansión territorial (p. 132). Censura también al autor norteamericano por el hecho de que éste calla en su libro la explotación que sufría el pueblo mexicano a manos del capital monopolista yanqui en la época de Díaz; le reconviene asimismo porque oculta el carácter popular antiimperialista de la revolución; y sobre todo le indigna el hecho de que Cline pretenda despojar las intervenciones de H. Lane Wilson, Fall y Sheffield de su manifiesto carácter oficial, y que disimule la intervención *pacifista* del “multimillonario” presidente Wilson en México. Contra lo que opina también Cline respecto a la “política de buen vecino”, Alperovich asienta que ésta “no era en rigor sino continuación y desarrollo del anterior curso expansionista, distinguiéndose de ésta sólo por los métodos empleados” (p. 133). A decir verdad, la afirmación del historiador soviético nos parece muy extremada, porque –cambiando lo que haya que cambiar– creemos que entre la política de garrotazo y tente tieso practicada por el primer Roosevelt y la de “buena vecindad” iniciada por el segundo existe la misma o parecida diferencia, pongamos por caso que entre la apocalíptica solución guerrera internacional y la política de coexistencia y competencia que prohíjan hoy día los propios soviéticos. Con todo y sus fallas y quiebras imperialistas, y no seremos nosotros los que intentaremos disimularlas, la política de buena vecindad estableció las bases para una auténtica comprensión y colaboración entre ambas Américas.

Con un espíritu semejante se aproxima Alperovich a la obra de Parkes;<sup>8</sup> las mismas críticas que destinó a Cline las aplica ahora a aquél. Frente al criterio subjetivo de estos dos autores opone la literatura progresista de otro

6 A. H. Bill, *Rehearsal for Conflict. The War with Mexico, 1846-1848*, Nueva York, A. A. Knopf, 1947.

7 R. S. Henry, *The Story of the Mexican War*, Nueva York, 1950.

8 H. B. Parkes, *The United States of America. A History*, Nueva York, 1954.

norteamericano, Foster, en la cual destaca la apreciación objetiva de la política estadounidense cara a México (p. 134).

Después de esta revisión pasa el crítico soviético al examen de las obras mexicanas seleccionadas por él, y alaba en ellas el carácter antiimperialista que casi todas presentan. Cuando se topa con un tratadista cuya actitud es más bien conciliadora y comprensiva, lo exhibe tranquilamente y le planta el sambenito de antiprogresista, que tantas y tan descalificadas cosas significa en la terminología política soviética. Sobre el libro de Carreño<sup>9</sup> opina que, a pesar de sus limitaciones es positivo, porque pone al descubierto las contradicciones existentes entre las declaraciones oficiales norteamericanas y la práctica política. El juicio de Alperovich sobre la obra de José C. Valadés<sup>10</sup> justifica acaso el indignado artículo de éste contra todo el libro; para el soviético la obra de Valadés, dedicada exclusivamente al examen de los problemas más importantes de la guerra del 47, no ofrece, a pesar de todo, una descripción sistemática de su curso (p. 135). La obra de G. Fernández Mac Gregor<sup>11</sup> así como el somero estudio de A. Cue Cánovas<sup>12</sup> le parecen interesantes; aplaude también a Daniel Cosío Villegas<sup>13</sup> porque utiliza en su obra materiales inéditos; anota de paso el pequeño volumen de C. Sepúlveda,<sup>14</sup> que es un breve resumen sobre las relaciones mexicano-norteamericanas durante la primera mitad del siglo XX, y no olvida las obras respectivas de los economistas J. Espinosa de los Reyes<sup>15</sup> y F. J. Castellanos.<sup>16</sup> Pero se echan de menos en esta revisión otros tratadistas importantes que ni siquiera nombra el autor soviético (T. Esquivel Obregón, Vito Alessio Robles, Antonio Gómez Robledo, J. Bravo Ugarte (S. J.), M. González Ramírez, Carlos Bosch García, César

9 A. M. Carreño, *La diplomacia extraordinaria entre México y Estados Unidos, 1789-1947*, 2 v., México, Jus, 1951.

10 J. C. Valadés, *Breve historia de la guerra con los Estados Unidos*, México, Patria, 1947.

11 G. Fernández MacGregor, *El istmo de Tehuantepec y los Estados Unidos*, México, Elede, 1954.

12 A. Cue Cánovas, *El Tratado McLane-Ocampo: Juárez, los Estados Unidos y Europa*, México, América Nueva, 1954.

13 D. Cosío Villegas, *Estados Unidos contra Porfirio Díaz*, México, Hermes, 1956.

14 C. Sepúlveda, *Las relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos en el siglo XX*, Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1953

15 J. Espinosa de los Reyes, *Relaciones económicas entre México y Estados Unidos, 1890-1910*, México, Nacional Financiera, 1951.

16 F. X. Castellanos, *México. Estados Unidos de América. Cinco años (1950-1954) de comercio exterior*, México, Talleres de Técnica Publicitaria, 1955.

Sepúlveda,<sup>17</sup> etcétera) (p. 136). Después de esta breve presentación de los autores mexicanos aborda Alperovich el tema histórico-diplomático de las relaciones entre los dos países durante el siglo XIX y lo que corre del XX. Asistido por L. Alamán, A. M. Carreño y V. Fuentes Díaz,<sup>18</sup> el comentarista soviético sostiene que desde el siglo XVIII (1787) el gobierno norteamericano había puesto sus miras expansionistas sobre México (Nueva España); y que a pesar de que el pueblo norteamericano vio con simpatía la independencia de sus vecinos sureños, el gobierno actuó políticamente con cálculo y frialdad para asegurar sus intereses y posibilitar en el futuro sus fines agresivos contra Florida, Texas, etcétera (p. 138-140). El problema de Texas y el de la guerra del 47 lo estudia en autores norteamericanos: Callahan, Bill y McCaleb,<sup>19</sup> “gran banquero y periodista” este último –escribe el ruso–, “que también se las da de historiador” (p. 138), para el cual la expansión agresiva norteamericana hacia el oeste contra indios, españoles y mexicanos” era algo natural, dado que la fuerza es el factor decisivo en las relaciones entre los hombres” (*idem*). La refutación de esta idea imperialista la lleva a cabo Alperovich utilizando los argumentos de Fuentes Díaz, Carreño y Espinosa de los Reyes, que en lo esencial consisten en atribuir a Washington el planeamiento y la alimentación del conflicto. El tratadista soviético se da el gusto de despedazar la historiografía burguesa norteamericana con la historiografía burguesa mexicana. Le

17 T. Esquivel Obregón, *Mi labor en servicio de México*, México, Botas, 1934; V. Alessio Robles, *Los tratados de Bucareli*, México, A. del Bosque, 1937; A. Gómez Robledo, *Los convenios de Bucareli ante el derecho internacional*, México, Polis, 1938; J. Bravo Ugarte (S. J.), *Historia de México (Libro 2o.)*, “Relaciones internacionales”; *idem*, “Una controversia diplomática de hace cien años. La concesión de Garay y la Luisiana Tehuantepec Company”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, IX (1950), p. 188-194; M. González Ramírez, *Los llamados tratados de Bucareli. México y los Estados Unidos en las convenciones internacionales de 1823*, México, Fábula, 1939; C. Bosch García, *Problemas diplomáticos del México independiente*, México, El Colegio de México, 1947; *idem*, *Materia para la historia diplomática de México (México y los Estados Unidos, 1820-1848)*, México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, 1957; César Sepúlveda, “Historia y problemas de los límites de México”, *Historia Mexicana*, VIII (1958), p. 1-34 y 145-174.

18 L. Alamán, *Historia de México*, 5 v., México, Jus, 1942, v. III, p. 588-590; A. M. Carreño, *La diplomacia extraordinaria...*, v. I, p. 176; V. Fuentes Díaz, *La intervención norteamericana en México [1847]*, México, 1947, p. 39-41.

19 J. M. Callahan, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, Nueva York, Macmillan, 1932; A. H. Bill, *Rehearsal...*, VII-VIII; W. F. McCaleb, *The Conquest of the West*, Nueva York, Prentice-Hall, 1947, XII.

interesa destacar el hecho de que la *solución* del conflicto entre la Unión Americana y México (con pérdida del 55% del territorio nacional de este último) creó una conciencia mexicana de animadversión hacia Estados Unidos (p. 142). Alperovich disiente enérgicamente de Valadés, que recomienda el perdón para el ofensor y expoliador yanqui. Según el historiador soviético tales exhortaciones no hallan eco entre los mexicanos, ni reflejan la opinión general dominante (*idem*). Sobre el espinoso asunto del Canal de Tehuantepec, por el que los historiadores liberales y conservadores andan a la greña, opina con Cue Cánovas que la diplomacia norteamericana de entonces no hacía distinciones entre ambos, ya que lo esencial era el logro de privilegios para Estados Unidos (*cf.* p. 143). En definitiva lo que impidió que se realizaran los planes agresivos imperialistas fue “la heroica resistencia del pueblo mexicano, amante de la libertad” (p. 144).

Ilustrado por la obra de Cosío Villegas hace notar que los Estados Unidos en un principio se mostraron recelosos de la política nacionalista (FFCC, etcétera) del gobierno inaugural de Porfirio Díaz; pero que desde el momento en que éste logró cambiar dicha actitud, Washington se tornó benevolente para el régimen, dando así comienzo al avasallamiento económico del país por el capitalismo norteamericano (p. 147). Aunque el crítico admite que el capital extranjero permitió el desenvolvimiento económico y social y la mejoría de la población del país, subraya también, por contraste, “que la dependencia de México respecto al capitalismo extranjero se acentuó en grado extremo”, y pues frenó el desarrollo de la economía nacional y de la burguesía mexicana (p. 148). A consecuencia de esto, prosigue el crítico, descendió el nivel de vida del pueblo, especialmente de los campesinos, “hecho que motivó el reforzamiento de los sentimientos antiimperialistas” (*idem*).

El tema de la revolución (1910-1917) es lógicamente el que posee mayor interés para el autor soviético. La primera crítica va dirigida inmediatamente contra la historiografía burguesa mexicana de la posguerra, que ha descuidado este momento crucial de las relaciones mexicano-norteamericanas. Alperovich insta a los tratadistas mexicanos a que completen rápidamente esta etapa, puesto que su ambición crítica radica en disponer de armas de combate polémicas con las que combatir al imperialismo de Estados Unidos. Lo que resulta sin embargo extraño es que desconozca (cuando menos no las menciona) las obras respectivas de Isidro Fabela, Manuel González Ramírez y

Eduardo Luquín.<sup>20</sup> Los historiadores soviéticos, según confiesa el propio comentarista, están particularmente interesados en este tema y época, y consideran que el problema diplomático precisa de una investigación científica mexicana que contrarreste “las falsificaciones descaradas de la historiografía norteamericana de esta etapa” (p. 150). Antes de terminar este apartado da un tirón crítico a A. M. Carreño, por haber dado éste cierta importancia a la ayuda material y moral que prestó Norteamérica al régimen del general Díaz (p. 148), y alaba, por contra, a César Sepúlveda por el hecho de haber exhibido las maniobras contrarrevolucionarias de la diplomacia yanqui en 1913 (H. Lane Wilson). Hábilmente Alperovich utiliza las razones de Sepúlveda contra las de Carreño, sosteniendo que el presidente Wilson actuó siempre respecto a México “en consonancia con los intereses de los monopolios yanquis” (p. 150).

Ataca también el historiador soviético la ingenua versión bondadosa y bien intencionada que se ha puesto en circulación en torno a la “Política de Buen Vecino”, y de su inevitable correlato imperialista (Cline, Parkes, Haring,<sup>21</sup> Sepúlveda), y haciéndose eco de la mayoría liberal mexicana (?) declara que “México continúa siendo país dependiente de Estados Unidos, cuyos monopolistas explotan al pueblo mexicano y tratan de obstruir a toda costa el desarrollo nacional del país, con la mira de mantenerlo como fuente de materias primas y mercado de venta” (p. 152). Lo curioso de esta información es que se da por cierta la intencionalidad subjetiva (superestructural) dentro del riguroso y normativo determinismo económico. Pero realmente los monopolistas egoísmos subjetivos son productos ideológicos *a posteriori* y no determinaciones apriorísticas. Para apoyar su tesis en pro del desarrollo de la economía nacional propia, Alperovich cita de nuevo a A. M. Carreño y a F. X. Castellanos, y utiliza sobre todo las opiniones del historiador y político Santiago Roel, quien

20 I. Fabela, *Historia diplomática de la Revolución mexicana*, 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1958-1959. Es probable que Alperovich no conociese esta obra cuando publicó en 1958 su resumen; pero no se le podía escapar el ensayo del mismo autor, “Los Estados Unidos y la América Latina (1921-1929)”, *Cuadernos Americanos*, XV, n. 1 (1955), p. 7-80; M. González Ramírez, “La política internacional de la Revolución mexicana”, *Ciencias Políticas y Sociales*, II (1956); E. Luquín, *La política internacional de la revolución constitucionalista*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1957.

21 K. G. Haring, véase la *Memoria del primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos*, México, 1950, p. 129-130.

se pronuncia contra el moderno malinchismo económico-espiritual; es decir contra la creciente influencia yanqui en la vida económica, política y cultural (p. 153).<sup>22</sup> Por último, utilizando la táctica crítica ya descrita, aprovecha la discusión o polémica de M. Germán Parra-Mosk-Tannenbaum para apoyar el plan nacionalista de industrialización absoluta de México combatido por los norteamericanos, los cuales son partidarios de la industrialización moderada y de la agriculturización del país (p. 155-156).<sup>23</sup> Después de rechazar también con M. Germán Parra la concepción subjetiva norteamericana en relación con el carácter del mexicano, el historiador soviético termina su revisión crítica con estas juiciosas palabras: “De este modo, en la historiografía mexicana de posguerra es patente la tendencia a examinar y apreciar con objetividad las relaciones entre México y Estados Unidos” (p. 156).

\* \* \* \*

El último trabajo, también de Alperovich, es un enfoque crítico sobre la historia mexicana tal y como ella es interpretada en la historiografía norteamericana de nuestros días. Este ensayo fue escrito dos años antes que el anterior, y de hecho le correspondería aparecer en tercer lugar crítico; empero como los traductores y editores no han tenido en cuenta esta circunstancia, nosotros nos hemos limitado al orden que presenta la edición en español. Sin embargo, el lector debe considerar esta particularidad temporal porque ella puede explicarle ciertos errores, omisiones o reiteraciones.

El historiador ya citado comienza recordando a sus lectores que en 1847 México perdió una inmensa extensión, que para Estados Unidos significó la tercera parte de su territorio presente; y que en nuestro tiempo dos tercios de la suma total de las inversiones yanquis en Latinoamérica están empleadas en México. A pesar de la política nacionalista posrevolucionaria (FFCC y petróleo) la situación actual presenta un nuevo fortalecimiento de las inversiones estadounidenses en México, y por consiguiente una nueva dependencia del país respecto al capitalismo extranjero (p. 159). Como México es la tercera

22 S. Roel, *Malinchismo nacional*, Monterrey, 195[6].

23 M. Germán Parra, *La industrialización de México*, México, Imprenta Universitaria, 1954; S. A. Mosk, “La revolución industrial en México”, *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, III, 2 (1951); y F. Tannenbaum, “México. La lucha por la paz y por el pan”, *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, IV, 2 (1952).

república latinoamericana en orden a su extensión territorial y número de habitantes, el interés intelectual norteamericano se ha incrementado bastante, como lo pone de relieve el hecho de que después de la Segunda Guerra Mundial se hayan escrito más de 30 libros sobre nuestro país. De estos libros, la mitad más o menos se refiere al tema de la conquista y al periodo colonial; otra parte describe al país, su población y cultura; y finalmente la sección restante estudia la historia moderna y contemporánea de México, falsificándola ciertamente “en gracia del imperialismo norteamericano” (p. 160). La tónica general de estos libros es que en ellos se pasa como de vuelo sobre los acontecimientos históricos del siglo XIX, en particular sobre los correspondientes a la primera mitad del mismo; por ejemplo, la pérdida para México de la quinta parte de su territorio (p. 161); la guerra de Reforma; la Intervención. La conocida obra del obispo J. H. L. Schlarman,<sup>24</sup> de criterio ultramontano, así como la de H. Cline y la de F. Tannenbaum son censuradas por el tratadista soviético: la primera por deformar la realidad mexicana y la verdad histórica, como lo comprueba el hecho de que no ofrece ningún comentario acerca de la política agresiva de Estados Unidos (1847); la segunda por dedicar únicamente tres páginas, de las 450 de que consta, al segundo cuatrienio del siglo XIX, a pesar de que durante éste tuvo lugar la anexión de Texas, la derrota de 1847, la “compra de Gadsden” (La Mesilla) en 1853; y la tercera por dedicar asimismo sólo cinco páginas, de las 60 de un prefacio, al siglo XIX mexicano, sin decir tampoco nada sobre las agresiones de Estados Unidos ni de los territorios arrebatados.

Según Alperovich, la historiografía burguesa norteamericana está empeñada en falsificar y denigrar el carácter nacionalista y antiimperialista de la Revolución mexicana, por el influjo que ella ejerce aún en México y en los demás países latinoamericanos (p. 162). Tal sucede, verbigracia, con la obra de Ch. Cumberland<sup>25</sup> y con la ya citada de H. Cline, que proporcionan un cuadro falso de la situación económica y política de México en vísperas de la revolución, y ocultan además el carácter antiimperialista de la misma. Lo propio acontece con el libro de Tannenbaum, en el cual se reduce la explicación

24 J. H. L. Schlarman, *Mexico. A Land of Volcanoes. From Cortés to Alamán*, Milwaukee, Bruce, 1950. (Hay edición en español publicada en México.)

25 C. C. Cumberland, *Mexican Revolution. Genesis under Madero*, Austin, University of Texas Press, 1952.

sobre la revolución a enfatizar acerca del nacionalismo ascendente y sobre los conflictos raciales (indios y mestizos contra blancos) (p. 163). De vuelta sobre Schlarman, Alperovich lo acusa de reaccionario y de panegirista de la dictadura de Díaz-Huerta; pero en su fuero interno no le parece que ande muy errado el historiador norteamericano cuando éste *desenmascara* a Carranza y lo acusa de complicidad con los terratenientes (p. 164). El poco aprecio que se gana el obispo obedece asimismo, por un lado, a su pretensión de ensalzar el papel representado por la Iglesia católica en México; y por el otro a los ataques que dirige contra Villa y Zapata (p. 161 y 164). Queda también al descubierto la animosidad de Schlarman al atacar los postulados anticlericales, antif feudales y antiimperialistas de la Constitución de 1917 (p. 164). Opiniéndose al elogio interesado de la historiografía burguesa norteamericana sobre el ininterrumpido y ascendente progreso de México a partir de la revolución (p. 163), Alperovich subraya que ésta “ni soluciona la cuestión agraria, ni pone fin al yugo imperialista, ni realiza transformaciones democráticas radicales” (p. 165). El desarrollo de México –prosigue– “se caracteriza de una parte por la “revolucionarización” de las masas populares que pugnan por la práctica de la Constitución de 1917; de otra, por la intensificación de la lucha de las clases dominantes contra el movimiento popular, por su renuncia a las transformaciones democráticas y por su capitulación ante el imperialismo” (p. 165). Los cambios y logros del régimen cardenista no traspasan incluso el marco de las reformas burguesas, y no garantizan el cumplimiento de los programas futuros revolucionarios. Cárdenas tampoco resolvió el problema agrario supuesto que no acabó con los latifundios (p. 166). Los gobiernos siguientes (Ávila Camacho, Alemán) significan, según el historiador soviético, un desplazamiento hacia la derecha y la renuncia a la política cardenista; este juicio lo toma Alperovich del libro de Parkes (p. 167). La mayor parte de los historiadores burgueses norteamericanos exageran las perfecciones de México y el carácter del progreso alcanzado; en este vicio optimista incurren, entre otros, los ya citados Tannenbaum y Nathan Whetten;<sup>26</sup> este último, expresa el crítico soviético, “embellece la situación de los obreros mexicanos y de los trabajadores en general” (*idem*). Prosigue su revisión de autores y encuentra que A. Mosk, quien ataca al gobierno de Cárdenas, vio en los sucesores de éste el inicio de la revolución industrial que cierra los dos decenios anteriores de

26 N. Whetten, “México rural”, *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, v. 2 (1953).

revolución agraria (p. 168). El historiador G. Wise<sup>27</sup> es considerado el apolo-gista del alemanismo, y ello explica que encarezca el impulso que el presidente Alemán dio a la industrialización, a la educación y la seguridad social (*idem*). Contraataca Alperovich sobre Cline y defiende las conquistas económico-sociales alcanzadas por el régimen de Cárdenas, las cuales sufrieron una buena merma en los regímenes siguientes. Hace destacar también el historiador soviético que, aunque Cline se entusiasma por el progreso industrial alcanzado por México a mediados de este siglo, este progreso se ha logrado desgraciadamente con la penetración intensificada del capital yanqui (p. 169). A pesar de la “revolución industrial” mexicana y pese a las mejoras introducidas por Ávila Camacho y Alemán, los campesinos siguen viviendo en la miseria; los obreros son despojados de toda una serie de conquistas; el salario real de los trabajadores disminuye; y se persigue a los elementos progresistas. Más aún, a partir de la Segunda Guerra Mundial se ha incrementado la dependencia del país respecto al imperialismo yanqui (p. 170). Es decir, las loas de los historiadores norteamericanos sobre el pretendido desarrollo industrial de México no son otra cosa sino un falso y peligroso optimismo.

La actitud de los autores norteamericanos, en conexión ahora con las relaciones entre México y Estados Unidos durante la Revolución, resulta hipócrita, porque todos pretenden soslayar la responsabilidad de Washington en los turbios manejos e intervenciones de sus embajadores (Lane Wilson, Sheffield), o porque la mayoría de ellos intenta presentar la intervención del presidente Wilson en México como fundamentalmente restablecedora de la paz y del humanitarismo, de la justicia y de la democracia (p. 171-173).

Por último, Alperovich procede a desnudar a la famosa “política de buen vecino” de su vestimenta sentimental, diplomática y cultural, para presentárnosla tal cual él la ve: relaciones de carácter imperialista, agresividad inversionista, mediatización industrial y financiera. Las opiniones conciliadoras y optimistas de los historiadores norteamericanos (H. Cline, J. Daniels,<sup>28</sup> S. A. Mosk) en relación con esta política igualitaria de buen entendimiento y colaboración son rechazadas por Alperovich, para quien todas estas manifestaciones aspaventosas son únicamente falsificaciones históricas. Según él, de lo que se trata en realidad es de lo siguiente: “1) Rehabilitar la política imperia-

27 G. S. Wise, *El México de Alemán*, México, Atlante, 1922.

28 J. Daniels, *Shirt-Sleeve Diplomat*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1947.

lista de Estados Unidos y enmascarar la dependencia de México respecto del imperialismo norteamericano, a fin de consolidar sus posiciones; 2) desviar al pueblo mexicano, y de paso a otros en semejante situación, de los métodos revolucionarios de lucha y forzarlos a someterse al dominio de los imperialistas” (p. 176). El final del ensayo es asimismo definitivo y demoledor: el enfoque de la historia moderna y contemporánea de México llevado a cabo por la historiografía burguesa norteamericana de la posguerra “está subordinado a los planes e intereses del imperialismo norteamericano” (*idem*). Alperovich podría haber continuado el tema al llegar aquí, presentando a continuación el punto de vista de los historiadores mexicanos sobre dicha política de buena vecindad; pero no lo hizo así y dejó el examen de la respuesta para un segundo artículo crítico: el que aparece justamente como tercer ensayo en el libro cuya recensión terminamos con el liberador punto final.



## Recensión 2

# Segundo abordaje: la Revolución mexicana a la luz del marxismo soviético

143

La inclusión de esta nueva recensión sobre el último libro soviético<sup>1</sup> referente a nuestro movimiento revolucionario, obra aparecida a mediados de noviembre del año pasado –aparición coincidente con la Feria del Libro– y que ha tenido un éxito asombroso entre el público y en las ventas, nos plateaba el peliagudo problema de tener que revisar y acomodar nuestro prólogo, el cual había quedado listo durante la primera decena de dicho mismo mes; empero a pesar de la dificultad únicamente hemos tenido que retocar ligeramente el texto, interpolar algunas notas explicativas y añadir algunas aclaraciones pertinentes. A decir verdad este segundo libro no es sino el desarrollo o ampliación del anterior, constituido por los cuatro estudios ya reseñados; de hecho esta *nueva* obra no ofrece ningún cambio sustancial, ninguna novedad temática o metodológica, ninguna contradicción interna o externa respecto a la anterior. Esto no quiere decir que el lector reincidente no encuentre algún tema profundizado, completado o enriquecido; se subsanan asimismo algunos

1 M. S. Alperovich y B. T. Rudenko, *La Revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*, traducción directa del ruso por Macedonio Garza y Armen Ohanian, María Teresa Franceso y Alejo Méndez García, México, Fondo de Cultura Popular, 1960, 344 p.

*olvidos* importantes, y se deslizan también nuevos y viejos errores y gazapos, cuya batida dejamos a los historiadores eruditos y puntillosos.

Con unas pocas palabras podemos indicar (adelantándolo) el contenido intencional de la obra: demostrar la ineficacia de nuestra revolución burguesa (idéntico objetivo, recuérdese, en los *Cuatro estudios*), no obstante la enorme influencia que ejerció sobre el desarrollo del movimiento revolucionario en Iberoamérica (p. 10), poniendo de manifiesto la recaída contemporánea; es decir la dependencia cada vez mayor del país respecto al imperialismo norteamericano. El lector presuroso puede leer el *Epílogo* conclusivo, donde se resume el proceso histórico revolucionario y se procesa tácitamente la revolución (p. 305-319).

Además de ese epílogo, la obra escrita al alimón por los dos historiadores soviéticos consta de seis capítulos y una introducción. Esta introducción nos presenta en primer término el motor que mueve a la obra: la exhibición histórica del imperialismo yanqui en su nefasta y constante acción sobre México, desde 1821 a nuestros días. Los dos autores confiesan que al no encontrar en la literatura histórica mexicana un libro donde se estudiase en conjunto la intervención y las repercusiones político-económicas del imperialismo estadounidense en México, especialmente desde 1900 hasta hoy, se decidieron a escribir una obra que rellenase tan sensible vacío. Por supuesto, se nota que a los autores les encantó la tarea: por un lado, exponiendo los resultados del monroísmo o del panamericanismo imperialista atacan o desprestigian al antagonista histórico; por el otro orientan en un nuevo sentido utilitario su historiografía americanista. Lo que resulta paradójico es que los soviéticos no han tenido que quebrarse mucho la cabeza para arbitrar argumentos antiimperialistas que descargar contra Estados Unidos; sus baterías de pruebas y contra-pruebas, y los reactivos más contundentes provienen casi exclusivamente de fuentes impresas norteamericanas. Naturalmente los testimonios mexicanos también las ayudan; más los decisivos son los otros. Alperovich y Rudenko consideran la agresividad yanqui “como el factor externo de mayor influencia en el curso de la Revolución” (p. 11); la política intervencionista norteamericana es de carácter contrarrevolucionario. El programa de los dos historiadores soviéticos consistirá, por tanto, en el examen de los acontecimientos fundamentales de la Revolución mexicana a la luz que arroja el análisis de la política agresiva y reaccionaria de Estados Unidos, y en el estudio del papel representado por dicho país en las luchas revolucionarias de México (p. 14).

Para llevar a cabo lo indicado, los autores no han escatimado ningún esfuerzo intelectual; en términos generales se puede afirmar que pocas obras esenciales, ya mexicanas o norteamericanas, han escapado *ahora* a su examen y estudio. A este indiscutible mérito hay que añadir la tarea recapituladora y ordenadora efectuada para articular los hechos y dotarlos de sentido: significación –creemos nosotros– subjetiva, que consiste en la pretensión de querer que ellos hablen por sí mismos. El método marxista soviético, sobre el cual tendremos que insistir más adelante, está hábilmente empleado; pero cojea del legalismo sociológico interpretativo y dogmático, y falla también en la recreación de la verdadera y vital atmósfera histórica humana: lo imperante son los hechos; y los hombres de carne y hueso –como diría Unamuno recordando a Goethe– desaparecen ante el vendaval fáctico y ante los intereses clasistas o masistas impulsores: títeres de la necesidad premoral operadora. Al terrorismo del método sucumben la vida y la verdad heterodoxa; el doctrinarismo metodológico impone antihistórica y dogmáticamente su única vía, y desdeña olímpicamente aquel sano precepto del propio Marx, quien aconsejaba cautamente que había que dudar de todo: “*omnibus dubitandum*”. Por supuesto no se trata de desconocer o desdeñar las circunstancias sociales, de producción y de clase en los hombres, actores de la historia, sino –como ya apuntamos en nuestro prólogo– de rechazar el valor absolutamente determinante y casi exclusivo que los marxistas ingenuos o los interesados atribuyen a los factores anteriores. La subjetividad e incluso la irracionalidad o la estupidez desempeñan su parte, y a veces estas últimas más de la cuenta, por desgracia. La necesidad racional no lo es todo; el espíritu de aventura, de curiosidad, de insatisfacción frente a cualquier clase de *status* no siempre puede calibrarse o medirse en términos económicos estrictos o cuantitativamente necesarios: materialistas.

El capítulo primero, “México en vísperas de la Revolución” de 1910-1917, coincide, como puede verse por el mero título, con el primer ensayo de Rudenko en los *Cuatro estudios*, y prácticamente es una repetición, aunque un tanto ampliada. Se analiza nuevamente el panorama económico-político del México porfirista, y se insiste en la situación miserable y esclavizada en que vivía la mayoría del pueblo mexicano, víctima del imperialismo anglosajón y de sus fieles servidores: los *científicos* y latifundistas antiprogresistas (p. 31). Aunque Rudenko enriquece este capítulo con las noticias sobre la situación de los indígenas, mayas y yaquis fundamentalmente, no saca partido del hecho

indudable de que la rebelión abierta de los yaquis en Sonora repercutió favorablemente en todo el sector campesino del país. La eterna “campaña del yaqui”, especie de guerrita colonial interna o casera que el propio régimen porfirista fomentaba y cuidaba, le servía a Don Porfirio para arrebatarles las tierras a los indios, para poder manejar a su arbitrio el escalafón castrense, para calar a los generales y jefes ya afectos o desafectos, y para premiar a sus paniaguados. Insistiendo en lo expresado unas cuantas líneas arriba, añadamos que se convendrá con nosotros, por ejemplo, en que sin el héroe yaqui prerrevolucionario Cajeme no es posible comprender a los héroes revolucionarios mestizos, tales como Villa, Orozco, Zapata, etcétera: la guerra del yaqui y la revolución se complementan así mutuamente.

Este carácter primordialmente agrario de nuestra revolución desconcierta un tanto a Rudenko, supuesto que su *modelo* resulta casi inaplicable a nuestra realidad. Aquí se encuentra con que no hay un partido obrero comunista acaparador de todo el papel histórico, no obstante poder sentir y verse éste también como una isla “proletaria” en medio del océano de la masa campesina. Las condiciones en México fueron diferentes que en Rusia: el *papel secundario* –contra lo que es norma leniniana–, corresponde aquí al movimiento obrero revolucionario, y esto explica, en suma, el fracaso de nuestra revolución: que ésta y no otra es la conclusión que no sólo Rudenko sino también Alperovich obtienen en su trabajo. (Ahora bien, estas críticas doctrinales y dogmáticas resultan inapropiadas, supuesto que la revolución china fue fundamentalmente agraria, y la cubana ha sido llevada a cabo por un grupo progresista de la clase media intelectual, apoyado en la gran masa campesina; es decir sin contar con el movimiento obrero-proletario, y sin contar con el papel dirigente del fantasmal PC cubano). Como la Revolución mexicana resulta a todas luces heterodoxa, ya por las razones indicadas, ya por haberse adelantado en el tiempo a la rusa (octubre de 1917) –aunque para salvar el inconveniente se la hace políticamente tributaria de la revolución moscovita de 1905, de acuerdo con el muy cuestionable testimonio histórico del profesor Jesús Romero Flores (*cf.* 11)–, hay que cargarle la mano al movimiento obrero, haciendo destacar, ante todo, su orientación anarquizante. La Revolución mexicana presenta también, además de su original rechazo de la dirección técnico-política del proletariado, una curiosa y novedosa actitud campesina antiestatal de repudio y rebelión contra el Estado, no importa el grupo o la facción que detente los poderes de éste. Nuestra mayor tradición política

occidental permitió sumar a estas fuerzas disolventes o antiestatales del campesinado las provenientes del movimiento obrero saturado de ideas anarquistas asimismo hostiles a toda concepción estatal; mas para los soviéticos resulta duro y casi absurdo tener que admitir este hecho –y se explica–, porque ellos, saturados de una tradición estatal bizantina, erastiana, no pueden concebir sino un Estado al que nada ni nadie escapa: un Estado, en definitiva, al que la propia vida le esté subordinada rígidamente; es decir, que casi no sea vida.

Esta vez el estudio del movimiento floresmagonista comprende bastante más que las pocas líneas que se le dedican en la nota de marras de los *Cuatro estudios*. El historiador soviético no tiene ahora otra alternativa, y ha de enfrentarse con un enemigo ya tradicional: el peligroso y odiado anarquismo. Las críticas que se le hacen al Partido Liberal, a la Casa del Obrero Mundial y al movimiento mutualista, con todo y ser en gran parte justas, no lo son por completo, porque hacen tabla rasa de las circunstancias históricas nacionales y especialmente internacionales, las cuales no eran nada favorables.

El otro punto importante de este primer capítulo es el estudio crítico de la burguesía latifundista mexicana en vísperas de la revolución. Aunque el autor mantiene la ya conocida división de dicha burguesía, esta vez no se insiste mayormente sobre ello. Se da por admitido el hecho –aunque antes no quedó demostrado, ni ahora fundamentado por la vía de la explicación económico-estadística–; sobre este *a priori* doctrinal descansa la explicación histórica que se da en torno a la actitud política de un Madero y de un Carranza: burgueses ambos, y, pues, representantes de esa burguesía latifundista, industrializada y progresista enemiga de los inversionistas extranjeros y de los vendepatrias locales. Respondiendo a los intereses de clase, de su clase, Madero y Carranza estaban interesados en encauzar a la revolución campirana y en desjacobinizarla por temor a la explosión incontrolada de la fuerza popular. Por lo que toca al primero, Rudenko y Alperovich hacen referencia al proceso emocional del joven y acomodado burgués que, a la vista del apaleamiento del pueblo regiomontano por el general Reyes (1903), decidió su vocación revolucionaria y se le “despertó su interés por la política” (p. 65); empero lo decisivo, según piensan los autores soviéticos, es lo primero, es decir, el egoísmo de clase. Una psicología así tan primaria y tan condicionada por las mezquinas necesidades materiales no explica mucho, y sobre todo no aclara el empecinamiento final que acaba en el propio sacrificio. La explicación psicológica elemental de ambos historiadores nos recuerda la ingenuidad de

la psicopedagogía soviética oficial, que no puede aceptar la paradoja que para ella representa el hecho de que en una sociedad como la suya, en tránsito hacia el comunismo, se den frecuentemente entre alumnos privilegiados de las escuelas, casos de robo. Que éstos ocurran en la sociedad capitalista –se piensa– es normal y lógico; pero que ocurran en la sociedad soviética es desconcertante. Sin embargo, en una sociedad sin clases es natural que más de un niño o joven quiera destacar y atraer la atención sobre sí, así sea por medio de un acto tan antisocial e inconcebible como el hurto. Al pedagogo o al psicólogo soviético, por definición antipsicoanalítico, se le hace difícil admitir que el robo puede ser la manifestación de un conflicto emocional infantil o juvenil. Los factores emotivos son rechazados sistemáticamente como instancia de explicación histórica o sociológica. Lo que se intenta decir es que en la actitud de Madero lo que cuenta esencialmente es el fundamento clasista, y lo que poco o casi nada cuenta es lo subjetivo o íntimamente personal; nosotros creemos, no obstante, que la explicación más satisfactoria será aquella que conjugue el mayor número posible de factores.

La explicación psicológica se queda, con todo, aún más corta, puesto que Rudenko y Alperovich desdeñan la terrible experiencia histórica revolucionaria de México durante casi todo el siglo XIX; dicha experiencia revolucionaria decimonochesca gravitó indudablemente en las resoluciones políticas de Madero, y después –doblemente– en las de Carranza. La vivencia histórica del pasado pesó y pesa siempre sobre las circunstancias históricas del momento, y de hecho los dos políticos revolucionarios la tuvieron presente en sus forcejeos diplomáticos con Estados Unidos. Creemos, por tanto, que yerran los autores soviéticos en sus críticas contra Carranza, fundados en que éste tuvo más de una vez que doblar las manos frente a los petroleros extranjeros. Si el Primer Jefe no apeló en 1919 a las masas, rechazando el respaldo popular necesario para luchar contra los imperialistas anglosajones, no fue tanto debido al temor a dichas masas, sino al riesgo mayor de una intervención yanqui con perspectivas mucho más peligrosas que las de la famosa “expedición punitiva” del general Pershing en 1916. En este año, como los dos historiadores soviéticos exponen, el presidente Wilson liquidó la intervención para poder presentar a una América unida contra Alemania (p. 260); pero tres años más tarde las circunstancias eran otras: una Norteamérica victoriosa con un potente ejército armado hasta los dientes. Lo prudente era ceder; lo que hizo astutamente Carranza. Lenin se burlaba de los populistas porque éstos, adoptando

la táctica pacífica de los famosos saínos, progresaban avanzando dos pasos y retrocediendo uno; sin embargo, ésta ha sido y de hecho es aún la táctica mexicana en nuestras relaciones con el coloso; con la diferencia específica de que a veces se han adelantado los dos pasos con osadía, conservando el espacio ganado sin perder ni siquiera una pulgada. Un avance de estos fue el que se realizó el 18 de marzo de 1938; el respaldo popular –ahora sí– y las circunstancias internacionales favorecieron la empresa, y el petróleo quedó nacionalizado. Es lamentable que Alperovich, a quien se debe indudablemente la parte de la obra que se refiere a las relaciones diplomáticas mexicano-yanquis durante la Revolución, no destaque de modo conveniente nuestro entrenamiento diplomático frente a Norteamérica. Junto a la denuncia que el historiador soviético hace del imperialismo yanqui en sus relaciones con México, no estaría de más subrayar nuestra gran capacidad para encajar los golpes, amortiguarlos o desviarlos. Sin la resistencia histórica opuesta por México quién sabe dónde estaría hoy la frontera política sur estadounidense. En fin, debemos de reconocer que el esfuerzo de comprensión e interpretación realizada por los dos historiadores soviéticos es, no obstante, digno de aplauso y merece nuestros plácemes; sin embargo, hubiéramos querido un reconocimiento justo del papel importante que hemos representado y que todavía representamos.

En la segunda parte de este capítulo se repiten y aumentan los datos sobre la expansión económica del imperialismo estadounidense en México (1910), que acabó casi por convertir a éste en una colonia (p. 51) desde el punto de vista económico: latifundios, industrias, explotaciones mineras, concesiones petroleras. Esta situación dependiente, semicolonial, abona el descontento de las masas y prepara el camino de la revolución. Estas críticas se hacen en el tono habitual soviético de denuncia antiimperialista; en un tono contundentemente eficaz, aunque a veces poco académico.

El capítulo segundo (“La caída de la dictadura de Díaz y la política de los Estados Unidos”), así como el tercero, que más adelante reseñaremos, están montados sobre las ideas ya conocidas de Lavrov, cuya *eliminación* resulta sorprendente e inexplicable. Según parece, en el trabajo en equipo se permiten estas anomalías; a menos de que ocurra con los componentes del mismo algo parecido a lo que acontecía con los cronistas de las órdenes religiosas durante los dos primeros siglos de la Colonia: los buenos frailes entraban a saco en las obras de sus hermanos, pues que consideraban las ideas plasmadas

en éstas como un fondo comunitario del que cada quien podía obtener provechosos dividendos espirituales, para gloria de Dios y de la orden; es decir no tenían ni la menor idea de lo que hoy llamamos plagio. A los historiadores rusos actuales parece sucederles algo semejante; pueden utilizar las ideas elaboradas por cualquier colega, a la mayor gloria no de la historia, en cuanto instancia reveladora de lo humano, sino de la utilización política de la misma: pragmatismo histórico de orientación colectivista, que tiene como remate la socialización de las ideas.

La parte original de este capítulo se refiere a la descomposición moral y política del régimen porfirista, y a la bancarrota económica producida por el impacto imperialista estadounidense. México y Estados Unidos entran en conflicto al pretender el primero “despegarse” de la excesiva influencia inversionista norteamericana, dando entrada al capital financiero inglés para equilibrar la presión económica (ferrocarrilera, petrolera, minas). Alperovich y Rudenko insisten en que la oposición de Washington se debía a sus vinculaciones con las firmas petroleras yanquis que actuaban en México, unido además a las viejas pretensiones de arriendo de la Baja California (Bahía de Magdalena). Los coqueteos del régimen porfirista con el Japón y la proyección continental panamericanista de la diplomacia norteamericana conducen en derecho al apoyo de Madero por parte del gobierno y de las compañías estadounidenses. Según los dos autores soviéticos, la selección de Madero garantizaba las inversiones capitalistas norteamericanas en México, además de ser aquél el representante de una clase que no estaba interesada en la profundización de la revolución (p. 84). Con todo, prosiguen los dos historiadores soviéticos, los cálculos norteamericanos resultaron fallidos, porque ni Madero ni el pueblo mexicano estaban dispuestos a perpetuar una situación de dependencia como aquella. En este punto hay que aclarar, pese a lo que sostienen Rudenko y Alperovich, que Madero sólo prolongaba la herencia diplomática y económica porfirista, y proseguía y acentuaba el viraje iniciado ya con anterioridad.

En este capítulo se dedican tres páginas a la presentación de los manejos turbios del embajador yanqui en México, H. Lane Wilson, así como a la crítica de sus ambiciones, subrayando de paso los intereses que representaba. La intriga del embajador prospera para que se preste ayuda a Madero y se desampare al dictador Díaz. Los dos autores rechazan las interpretaciones históricas burguesas, ya mexicanas o norteamericanas, según las cuales la “democracia americana” se esforzó en ayudar a la revolución: para ellos tal interpretación

desfigura el carácter del movimiento mexicano (p. 92). Los esfuerzos, sostienen ambos críticos, fueron interesados, conservadores. Con gran copia de datos y fuentes nos presentan también los manejos de la diplomacia yanqui para eliminar a Díaz –lo que al final se consigue– y las veladas amenazas y alardes bélicos para obligarlo cuanto antes a dimitir. Además, los dos historiadores dan gran importancia –y no se equivocan– al acoso revolucionario que culminó con la captura de Ciudad Juárez (9 de mayo de 1911), que dio paso al famoso convenio del 17 del mismo mes y que obligó al dictador a salir del país.

Naturalmente la firma de este convenio atrae las censuras de los dos comentaristas, porque significó el triunfo de los elementos conservadores de la burguesía nacional y de los terratenientes liberales inclinados al compromiso con la camarilla gubernamental, y dispuestos siempre a detener el desarrollo del movimiento revolucionario (p. 102). Rudenko y Alperovich, para que no se les tome por críticos parciales, insertan la opinión del señor Ponce de León, “liberal moderado”, que asimismo censura el espíritu de compromiso que prevaleció en el convenio, que anulaba todos los radicalismos expresados en el Plan de San Luis (p. 102).

Este capítulo es un modelo por lo que toca al estudio que en él se hace de las relaciones diplomáticas mexicano-norteamericanas; en él se analizan lo mismo la intriga que la intervención descarada, pasando naturalmente por la ayuda a terceros, el contrabando de armas y el amago fronterizo: capítulo que es un dechado de experiencia histórica para toda Iberoamérica.

En el capítulo tercero (“Los Estados Unidos y el gobierno burgués-terratiente de Madero”) comienzan los autores analizando el compromiso contrarrevolucionario del maderismo con las fuerzas derrotadas, cuyo objeto era debilitar el ardor de las masas y distraer su atención. Esta actitud proporciona al gobierno de Madero una situación inestable y lo deja expuesto a los embates del ala derecha (burguesía conservadora y latifundista) y del ala izquierda (pequeña burguesía), amén de las fuerzas que prácticamente hicieron triunfar al maderismo: masas campesinas y movimiento obrero. La debilidad que presenta el gobierno de Madero se avenía muy mal con las esperanzas que se había forjado el embajador Lane Wilson, quien había creído ver en Madero al hombre fuerte que los intereses norteamericanos necesitaban. La rebelión campesina en el sur (Zapata-Plan de Ayala) y en el norte (Orozco); la presión del movimiento obrero anarquizante, que obliga al presidente a la creación de un departamento de trabajo; las primeras huelgas eficaces y organizadas;

la defección de los Vázquez Gómez, enemigos radicales de los terratenientes; y la reacción y la Iglesia católica son los opositores. Rudenko y Alperovich deploran que en esta etapa del proceso revolucionario el floresmagonismo no se apoyara en bases reales y enmascarara su actividad con lemas formalmente “revolucionarios”; pero demasiado generales y vagos de hecho (p. 117). La segunda parte del capítulo estudia las relaciones entre México y Estados Unidos, de 1911 a 1912 (viéndose aquí la huella de Lavrov y la mano magistral de Alperovich). La insumisión del gobierno de Madero frente al imperialismo yanqui, unido a la suma de todas las malas voluntades internas y externas, posibilita la conspiración del embajador norteamericano, que es apoyado indirectamente por su gobierno. Washington recurre al ya conocido juego de fomentar las fuerzas opositoristas para así erigirse en árbitro entre el gobierno maderista y la oposición radical y conservadora. De hecho el testimonio de la señora O’Shaughnessy, esposa del diplomático norteamericano encargado de negocios en México (1914), citado por los dos autores soviéticos, es incontrovertible, revelador y aplicable al caso: “Siempre me acompaña el atormentador sentimiento de que estamos matando a este pueblo y lo hemos arrastrado a un callejón sin salida. Parece que nos hemos empeñado en aprovechar cada una de sus desdichas” (cfr. 202). Provocando el rompimiento de las facciones y partidos, Washington tenía siempre a su favor la regla de oro de la política internacional: el *divide et imperas*. La amenaza de la intervención norteamericana ensombrecía todavía más el panorama político de México (1912), y contribuía al incremento de la confusión. Mas a pesar de todas las dificultades, el gobierno de Madero se iba afianzando, aunque muy lentamente. Siguiendo la tendencia ya iniciada por el porfirismo, insistamos en esto, el gobierno maderista se decide a la diversificación de las inversiones, principalmente las europeas (inglesas, sobre todo). Por supuesto los dos autores soviéticos, aunque señalan el hecho, no se dan a las reflexiones que el mismo provoca; queremos decir que el maderismo prolongó en gran parte ciertas medidas salvadoras iniciadas con anterioridad por el gobierno de Don Porfirio.

Marcan muy bien Alperovich y Rudenko el hecho de que ante el intento de aproximación de Madero a los campesinos revolucionarios, la reacción mexicana, agrupada y encabezada por H. Lane Wilson, decide la eliminación de Madero y de su gobierno (p. 146). Los autores estudian a continuación el hediondo y terrible golpe contrarrevolucionario de Victoriano Huerta, y no dejan de censurar acremente la participación que en el mismo tuvo el

embajador norteamericano Lane Wilson. Se nota que los autores se complacen, con técnica histórico-detectivesca, en desenredar la trama y en exhibir por último a los causantes del crimen; y para que no se les acuse de parciales echan mano del contexto de un historiador norteamericano (E. Gruening), en el que se condena la intervención de su gobierno: “Los Estados Unidos, en la persona del gobierno de Taft y con ayuda de su representante Henry Lane Wilson, han desempeñado un papel decisivo en el derrocamiento [...] del gobierno de Francisco I. Madero. Sin el estímulo combativo y el apoyo del embajador de la Unión Americana, la traición de Huerta no hubiera podido surgir jamás” (cfr. 161). Esta técnica historiográfica soviética, de hacer que los textos de los propios contrarios hablen por sí mismos y entonen el *mea culpa*, resulta ingeniosa y hasta cierto punto eficaz; sin embargo –hay que aclararlo–, esta táctica testimonial es tan antigua como la propia Historia, y Rudenko y Alperovich la emplean más de una vez, y muy eficazmente, a lo largo de su libro.

El capítulo cuarto (“Las relaciones entre México y los Estados Unidos durante el periodo de la dictadura de Huerta”), que como todos los demás, salvo el segundo y el sexto –este último más bien conclusivo, según apuntamos– presenta la típica división tripartita tan cara al positivismo como al método dialéctico materialista, exhibe ante el lector meditante el problema de por qué después de empeñarse tanto el gobierno estadounidense en ayudar a Huerta acabó no reconociéndolo. El terrible y diabólico juego diplomático de ayudar a Madero contra Porfirio Díaz, a Huerta contra Madero, y a Carranza contra Huerta [...], que encuentra en el mesturero embajador yanqui un Mefistófeles ideal, sólo puede ser interpretado como una serie de fracasos sucesivos al no encontrar Washington un hombre a la completa medida de sus deseos. Es decir, los repetidos e infructuosos ensayos muestran claramente la persistencia de una conciencia histórica antiimperialista en *todos* los hombres utilizados, no importa su filiación burguesa liberal o reaccionaria. Todos ellos, una vez llegados al poder, viran en la dirección tradicional buscando el despegue mediante el auxilio del imperialismo inglés, alemán o –a última hora– japonés. Es una constante político-económica de nuestra historia contemporánea, en la que los autores soviéticos no insisten como debieran. Ellos prestan más atención a la clase a la que pertenece el gobernante, y, pues, a los intereses clasistas que éste representa, que a la conciencia histórica (superestructural) patente en todos y señalada incluso, como vimos, por el propio Alperovich. Podría afirmarse que todo mexicano, representativo o no, es dueño de

un subconsciente psichistórico cuyo origen se remonta al traumático año de 1847, con todo y sus terribles consecuencias históricas y psicológicas. Esta herida jamás cicatrizada influye incluso, y así lo reconocen los dos autores rusos, en un hombre tan indigno como Huerta, cuando los norteamericanos ocupan Veracruz. Claro está que Rudenko y Alperovich atribuyen la actitud desafiante de Huerta al temor mayor de éste frente a la “explosión de la indignación popular” (p. 196); pero se contradicen tres páginas más abajo al tener que admitir que inclusive el felón general contaba con que la invasión yanqui cerraría las filas de todos los disidentes en torno a su persona. Mas como la invasión no prosiguió tierra adentro, los cálculos de Huerta fallaron, y Carranza, por su cuenta, se aprestó al rechazo de los intervencionistas. Lo curioso ahora es que si Carranza actúa de tal modo es porque teme, según ya podemos colegir, “perder el apoyo de las masas de no adoptar una posición antiimperialista” (p. 203). Francamente para nosotros resulta absurdo reducir el patriotismo a la conciencia de clase, de una clase. Podemos estar de acuerdo en que la conciencia social depende del ser social; pero no podemos rechazar, por ello, las mutuas interdependencias. ¿Quiere insinuar lo expuesto por los rusos, que sin este temor Carranza y los suyos hubieran aceptado simplemente la invasión? Vaya esta malicia a trueque de la soviética; en suma, las virtudes patrióticas no las consideramos nosotros patrimonio de una sola clase, y en todo caso, la más ignorante y baja –por fuerza y desgracia de su propia situación miserable y marginal– es la más indiferente a los efluvios patrióticos, salvo que éstos sean cultivados intencional y demagógicamente. Los dos rusos admitirán más adelante que incluso las capas pudientes ardían de impaciencia por luchar contra Estados Unidos (p. 255). Rudenko y Alperovich tienen que aceptar y explicar a su modo el hecho de que precisamente Villa y Zapata fueron los que menos se percataron de los alcances reales de la invasión norteamericana, y no se declararon contra ella porque suponían ingenuamente que iba dirigida únicamente contra Huerta (p. 205): la conciencia de clase y la conciencia histórico-patriótica no se conjugaban tan fácilmente en la cabeza de un Zapata o en la de un Villa; lo contrario de lo que sucedió en la de un Obregón o en la de un Cándido Aguilar.

Este capítulo cuarto está muy bien medido para provocar en el lector la condena del contubernio reaccionario de Huerta y del agente diplomático de Estados Unidos, que culminó, según se sabe, en la Semana Trágica y en el asesinato del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez. Desde luego

los acontecimientos se prestan de modo admirable a la utilización de una redacción metódica y objetiva, en la que se procura que toda la condena surja de la exposición sustancial de los hechos mismos, y no de una adjetivación indignada. Una vez entronizada la dictadura de Huerta comienzan las fuerzas opositoras revolucionarias (carrancistas, villistas y zapatistas) su tarea quebrantadora. Como ya sabemos, los autores soviéticos caracterizan a Carranza como un representante de la alta burguesía latifundista de carácter liberal; pero no analizan convenientemente a los elementos y fuerzas que lo siguen. En este libro ya no se ignora tanto a Obregón, según hemos dicho, como en los cuatro ensayos; pero con todo no se le estudia ni se lo sitúa claramente; el maniqueísmo histórico antidialéctico sigue absurdamente funcionando frente a esta figura. Ocurre con ella algo parecido a lo que acontece con el escamoteo de la de Trotsky en la propia Unión Soviética.<sup>2</sup> Tampoco se ahonda convenientemente en las diferencias que separaban a la masa campesina sureña que seguía a Zapata, de la que arrastraba Villa; mucho menos se insiste en las reivindicaciones agrarias de Zapata, que tenían en un principio un carácter puramente regional o local, a diferencia del programa villista, que aunque proyectado en escala nacional no fue propiamente un programa.

El capítulo se cierra con la huida de Huerta al extranjero (15 de julio de 1915) ante el acoso revolucionario. Los dos autores soviéticos aluden todavía a los intentos de Washington de retardar la caída del dictador y buscar el *arreglo* entre la reacción y Carranza en la Conferencia de Niagara Falls (2 de junio de 1914). No fue posible el compromiso porque la revolución popular no sólo terminó con la dictadura de Huerta y destruyó los planes intervencionistas norteamericanos (p. 211), sino que impidió por su propia fuerza todo intento de reconciliación con el enemigo reaccionario tradicional.

El capítulo quinto (“La guerra civil en México y la intervención de los Estados Unidos”) estudia el conflicto entre las fuerzas liberales burguesas carrancistas y la masa campesina villista y zapatista. Cabe preguntarse de dónde surge la contundente clasificación soviética de considerar, como ya sabemos, al carrancismo como el representante de los intereses de los terratenientes

2 La escuela histórica de la revolución octubrista así como la pictórica interesada en fijar y reproducir los momentos cruciales no tienen empacho en eliminar la figura del creador del Ejército Rojo, y cargan (o cargaban) el énfasis interpretativo sobre la figura de Stalin, presentado siempre a la diestra de Lenin.

liberales y de la burguesía nacional ligada a la tierra, y, por tanto, opuesto a la solución revolucionaria del problema agrario tal y como lo exigían los campesinos (p. 220). Desde luego esta caracterización parece correcta, aunque no está *montada* ni *demonstrada* siguiendo el método histórico estadístico. Se trata, pues, de un *a priori* o hipótesis marxista que requiere un adecuado tratamiento y una demostración científicos. Se hace difícil, cuando ya no se trata de generalizar, de aplicar a un Obregón o a un Pablo González las categorías históricas adelantadas. Recientemente el historiador F. Chevalier ha visto claramente que la derrota zapatista hay que considerarla sólo de modo relativo, supuesto que las reivindicaciones agrarias tradicionales, comunitarias, coloniales –inspiradas en las Leyes de Indias– e incluso prehispánicas quedaron plasmadas primeramente en la famosa ley agraria carrancista del 6 de enero de 1915, y más tarde en la Constitución de 1917.<sup>3</sup> Los dos autores soviéticos subrayan que fue la presión de las masas campesinas la que obligó a la promulgación de la citada ley; pero consideran que con ella sólo se establecieron unas premisas ideológicas (p. 226). Desde luego, los campesinos mexicanos, victoriosos en un principio, no pudieron “consolidar sus éxitos” y establecer un gobierno nacional que llevara a cabo las transformaciones económicas, políticas y sociales indispensables en un sentido democrático. El fracaso se debió, según los dos historiadores soviéticos, que vuelven a remachar sobre el clavo, “a la falta de dirección de la clase obrera, lo cual condicionó la espontaneidad y la debilidad política y organizativa de los campesinos, ante un adversario tan fuerte y peligroso como la clase terrateniente-latifundista”. Para el método histórico marxista de los dos soviéticos no hay rasgos o matices diferenciales determinantes. Por ejemplo, extraña, y mucho, que el sistema ejidal, típica y positiva *re-creación* de la Revolución mexicana, en el que se conjugan en forma moderna la tradición prehispánica y la hispánica-colonial a favor de la masa campesina, no haya merecido ni un solo comentario crítico de los dos historiadores soviéticos, y se comprende. La proletarianización de las masas rurales en Rusia y el desarraigamiento de las mismas de la tierra, de acuerdo con la orientación político-agraria soviética, no les ha permitido tal vez el examen de un sistema que vincula al campesino

3 *Id.* François Chevalier, “Un factor decisivo de la revolución agraria de México: ‘el levantamiento de Zapata’, 1911-1919”, *Cuadernos Americanos*, año XIX, v. CXIII, n. 6, noviembre-diciembre 1960.

a la tierra, que lo mejora en todos sentidos, que aumenta la producción agrícola y que tiene por meta mediata e inmediata la liquidación de la gran propiedad latifundista. La Revolución mexicana –se insiste–, la obrero-campesina, fracasó porque no se desarrolló de acuerdo con las normas generales, pragmáticas y científicas que permitieron, por ejemplo, el éxito de la rusa. Rudenko, Alperovich y los ideólogos escriben nuestra historia utilizando los siguientes recursos: la zarandeada y cada año retocada *Historia del partido comunista de la URSS*; el método, por supuesto, del materialismo dialéctico e histórico; un exhaustivo acopio de fuentes, datos y hechos; y, por último, un libro importante de Lenin, *¿Qué hacer?* Esta última obra es, sobre todo, el *modelo*: sin caer en la cuenta de que en ella precisamente insiste Lenin en que para el análisis de la lucha de clases y de la estructura diversa de las clases hay que tener presentes las variaciones en los periodos históricos, las diferencias de los países, los grados de desarrollo social, la correlación de las fuerzas sociales en cada periodo histórico, etcétera. El hecho de censurar nuestro proceso revolucionario por no haberse apegado a un dechado inventado *a posteriori*, nos parece por una parte injusto y, por otra, hasta poco marxista. Está bien que el pragmatismo histórico que anima a ambos historiadores los lleve a hacer patentes las enseñanzas positivas y negativas que proporciona el caso nuestro (cartilla ejemplar para Hispanoamérica de errores previsibles para el futuro); empero –por otro lado– aceptar también sin restricciones la tesis leninista, bolchevique del *salto* en las etapas económico-históricas es negar la *necesidad* –aparte la injusticia– de las etapas económicas e históricas postuladas ya por el propio Marx. El problema consistiría en saber cómo habría podido la Revolución mexicana saltar sus etapas, si, como enseña el marxismo ortodoxo, ningún estamento social puede desaparecer sin que antes no haya desarrollado todas sus posibilidades. Lamentar tácitamente el hecho de que en México las exigencias revolucionarias del *salto* o asalto proletario no pudieran cumplirse, es desconocer a sabiendas que el progreso industrial mexicano, por aquel entonces, no se había desarrollado tanto como en la Rusia zarista; desarrollo, por otra parte, que no era tan menguado por 1917 en dicho país, si considerado relativamente, como han pretendido algunos historiadores soviéticos.

Carranza utiliza el incipiente movimiento obrero para contrapesar la presión de los campesinos. Tal táctica es considerada típica y extraída del arsenal liberal-burgués; pero en México, por aquel entonces, los antagonismos

de estas dos clases se acentuaban todavía mucho más a causa de las complicaciones étnicas.

La última parte del capítulo insiste sobre las ya conocidas críticas al gobierno de Carranza por demostrar cierta tibieza frente a las presiones diplomáticas e imperialistas de Estados Unidos (p. 250). Adoptar en 1915, apoyándose en las masas, una actitud violenta, ya lo hemos dicho antes, hubiera sido suicida; con todo, a favor del gobierno carrancista está su denuncia y rechazo en nombre de México, y pues de toda Hispanoamérica, de la famosa doctrina de Monroe; lo que no merece, por parte de los historiadores soviéticos, ni siquiera una línea de comentario. Por otro lado, el incidente de El Carrizal (21 de junio de 1916) prueba antes bien que la actitud de Carranza era enérgica, aunque comprendía que había que ceder para evitar males mayores. El estudio de Rudenko y Alperovich de las conspiraciones alemanas en México, por medio de las cuales se trataba de atraer al país a la esfera de los intereses germanos, en vísperas de la participación norteamericana en la Primera Guerra Mundial, es interesante, y pone de manifiesto un tema que ha sido poco o nada estudiado por nuestros historiadores. La bibliografía y demás fuentes utilizadas acusan estudios de primera mano, entre los que destaca un cierto número de obras alemanas que había pasado desapercibido hasta ahora.<sup>4</sup>

El capítulo sexto y último (“La nueva Constitución mexicana y la posición de Estados Unidos”) nos plantea la siguiente reflexión crítica: ¿Cómo es que, no siendo la Constitución de 1917 un documento político de creación popular, ha beneficiado y sigue beneficiando a las masas del pueblo? Como para los soviéticos los conceptos de verdad, bondad, bien, etcétera, dependen de la estructura social clasista, o por mejor decir, que ellos sólo acuerdan tales valores a la clase proletaria y a los representantes de la misma, no les es posible aceptar una valoración proveniente de un sector clasista que por definición es considerado contrario. A regañadientes tienen que aceptar Alperovich y Rudenko que nuestra Constitución es progresista, democrática, antiimperialista y nacionalista, aun cuando haya emanado de la representación pequeñoburguesa liberal. La explicación que encuentran es objetiva y aceptable: la presión revolucionaria de las masas hizo posible la promulgación de la Constitución de 1917, no obstante encontrarse sujeto México a la dependencia del

4 Se trata de cosa de una docena de libros en lengua alemana, relativos a México, cuya importancia histórica hacen destacar los dos autores soviéticos.

capital extranjero (p. 290). Con todo, siempre será posible preguntar cómo es posible legislar utópicamente e ir convirtiendo paulatinamente la utopía constitucionalista en topía constitucional. ¿Cómo pudo surgir una Constitución progresista y programática en un terreno político, social, económico e histórico en el que se daban difícilmente las condiciones materiales para obtenerla? Como es sabido, la presión de las masas no pudo ejercerse directamente en Querétaro, porque no estuvieron representadas en la Asamblea Constituyente (p. 285); sin embargo, la representación pequeñoburguesa redactó y aprobó una Constitución, que:

en modo alguno [reflejaba] el orden existente en aquel tiempo en México. En su mayor parte era un programa de reformas a realizar, reformas que casi no fueron llevadas a la práctica. Con todo, el solo hecho de haberse incluido esos postulados [artículos 27, 28, 32, 123] en la Constitución tenía ya un gran significado histórico, sobre todo porque se declaraban, por primera vez en la historia de México y a diferencia de las constituciones de 1824 y 1857, no sólo las libertades democráticas, sino también esenciales reformas económicas [p. 290].

Desde luego la explicación de los dos historiadores rusos no es de desdenar, pero convendrá aclarar que la Constitución de 1917 surgió de una clase que llevaba consigo un entrenamiento histórico notable. Aunque solamente sea a título de ilustración conviene repetir lo que han dicho nuestras más capaces plumas: la vieja legislación de Indias inspiró también a los legisladores de Querétaro y permitió no únicamente la reforma agraria, sino la fundamentación legal para nacionalizar la industria petrolera, proclamando a la nación propietaria de las riquezas inalienable del subsuelo, al igual que antiguamente lo era la Corona. El pasado histórico, hecho vivencia presente, tuvo mucho que influir en la redacción de una Constitución que hacía justicia a los campesinos, despojados desde 1856, y devolvía a la nación las riquezas que los antiguos liberales habían, aun sin quererlo, malbaratado.

La segunda parte del capítulo es una nueva y última arremetida contra el gobierno de Carranza, por no haber puesto éste en vigor la política económica antiimperialista postulada en la Constitución (cuestión petrolera). Lo correcto, según Rudenko y Alperovich, que parecen olvidar la simple ley histórica de que lo que pudiera haber sido no cobra sentido en la Historia, es que

el gobierno hubiera exhortado “al pueblo mexicano a luchar contra el imperialismo” (1919). Si así lo hubiera hecho Carranza, acaso –perdónesenos incurrir en la falta que en renglones atrás censuramos– se hubiera cumplido la agorera y terrorífica sentencia de la VI estrofa del Himno Nacional: “[...] De mil héroes la patria aquí fue [...]”, y sin duda los dos historiadores soviéticos podrían disponer así de un omega espectacular y grandioso, todo él preñado de acusaciones contra la horrible e inmisericorde actuación del imperialismo yanqui. Pero nosotros preferimos el error de Carranza..., que nos ha permitido y permite seguir viviendo, soñando, nacionalizando y aspirando como nación. En 1919 la situación de México llegó a ser hartamente peligrosa y comprometida; sólo la resistencia de todos los mexicanos, incluso los pudientes, como ya vimos, obligó al intervencionismo yanqui a replegar sus alas (p. 255, 260). El gobierno de Carranza tuvo que frenar, efectivamente, más de una vez la revolución, y la presión norteamericana lo obligó a ello (p. 310); mas esto no disminuye en nada su habilidad para defenderse de las exigencias y marrullerías yanquis, cosa que los mismos soviéticos tienen que admitir (asunto del telegrama interceptado) (p. 279). ¿Por qué censurar el oportunismo político y diplomático de Carranza, si la propia historia moderna y contemporánea de la Unión Soviética presenta casos extremos y dramáticos, aceptados únicamente para ganar tiempo y consolidar la obra del socialismo?

Por último es necesario declarar que la aportación soviética a nuestra historiografía es importante y de suyo posee grandes méritos objetivos y subjetivos. Nuestros historiógrafos marxistas, que hasta la fecha no han podido darnos una obra de conjunto tan bien trabajada y montada como ésta, se hallan pues en la obligación social e histórica de elaborar una interpretación marxista de nuestra historia, empero desde México.

Diciembre de 1960